

La guerra civil del género

sus implicaciones epistemológicas

NAVARRO-HERNÁNDEZ, María del Refugio. PhD
VÁZQUEZ-SÁNCHEZ, Salvador. PhD

ECORFAN®

ECORFAN-México

La guerra civil del género sus implicaciones epistemológicas

Autores

NAVARRO-HERNÁNDEZ, María del Refugio. PhD
VÁZQUEZ-SÁNCHEZ, Salvador. PhD

Diseñador de Edición

ESPINOZA-GÓMEZ, Luis. MsC

Producción Tipográfica

TREJO-RAMOS, Iván. BsC

Producción WEB

ESCAMILLA-BOUCHAN, Imelda. PhD

Producción Digital

LUNA-SOTO, Vladimir. PhD

Editor en Jefe

RAMOS-ESCAMILLA, María. PhD

Ninguna parte de este escrito amparado por la Ley de Derechos de Autor, podrá ser reproducida, transmitida o utilizada en cualquier forma o medio, ya sea gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo, pero sin limitarse a lo siguiente: Citas en artículos y comentarios bibliográficos, de compilación de datos periodísticos radiofónicos o electrónicos. Visite nuestro sitio WEB en: www.ecorfan.org

ISBN: 978-607-8324-68-2

Sello Editorial ECORFAN: 607-8324

Número de Control B: 2016-01

Clasificación B (2016): 160916-0101

A los efectos de los artículos 13, 162 163 fracción I, 164 fracción I, 168, 169,209, y otra fracción aplicable III de la Ley del Derecho de Autor.

Contenido

Prólogo	1
Capítulo I	2
El inconciente de la diferencia	2
Vocación del inconsciente femenino. Mujeres de Edipo	13
Introducción	13
Capítulo II	23
Epistemología de lo femenino	23
Gestión del valor e identidad de la mujer mexicana	31
Presentación	31
Capítulo III	41
La “diferencia” en la teoría social	41
Cuerpo, tramoya y libertad	51
Integración del sujeto. Pobreza y libertad	60
Capítulo IV	67
Particularidad y universalidad de lo femenino	67
Las Ciencias Sociales y los estudios de género	78
Capítulo V	86
Espacio y digitalización de lo femenino	86

Prólogo

La preocupación más importante que podemos plantear en el siglo XXI es el de ubicar las problemáticas de los diversos espacios que ocupan los géneros y el funcionamiento estructural del sistema patriarcal, como la base para entender cómo pueden conformarse en el próximo futuro las diversas tareas del trabajo intelectual, de concienciar las diferentes posturas (e ¿imposturas?) en las que, más allá del debate de las ideas, se establecen los rigores de las diferentes posiciones de fuerza de los sujetos en permanente contradicción de intereses y perspectivas de lucha.

La serie de textos que constituye el presente volumen, obedece a temáticas que mantienen una unidad central y que es la preocupación por definir los fundamentos desde el punto del que se desprende una serie de conceptos que como pensamos, pueden orientar ciertos criterios para el análisis y la crítica sobre las cuestiones de género, después de la serie de “movimientos” que marcaron la segunda mitad del siglo XX y, por otro lado, cada tema es una profundización tanto en análisis como en la teoría, sobre temáticas que fueron abordadas en Congresos en la segunda decena del presente siglo, por lo que son textos elaborados para el diálogo y el intercambio en los foros bajo imperativos del momento y las inquietudes de académicos y expertos con los que se tuvo oportunidad de hacer los intercambios necesarios para adquirir la capacidad de llegar a conclusiones, que pudieran ser valiosas en la discusión, o polémica, que ilustraran las posibilidades de comprensión y desarrollo de supuestos y fundamentos de las teorizaciones sobre la condición de la mujer contemporánea.

Capítulo I

El inconciente de la diferencia

Los procesos de deshumanización en que se ha instalado la posposmodernidad con sus estructuras de la globalidad policéntrica, han modificado el esquema general de la interculturalidad y el faccionalismo. Mientras tanto, ¿qué ha sucedido al interior de la mujer? ¿Las relaciones de géneros se han desplazado de la zona de conflicto a un parque de colaboración en lucha contra la servidumbre del otro y a favor de la armonización de fuerzas que definen una arquitectura de liberación del paradigma masculino-femenino?

Uno de los obstáculos para la incorporación de la mujer a un feminismo posposmoderno, es la impotencia generada por la victimización en su fase autogeneradora de causalidades justificantes de la violencia aceptada por los procesos de significación y semánticas sistemáticas de la opresión. El desplazamiento de lo masculino a lo femenino, y viceversa, ha creado una plataforma más amplia a la que se podría llamar *entre géneros*, estancia donde se procesan los conflictos y se plantean nuevas conformaciones de relaciones cuerpo- sexo-género, por lo que la conflictualidad, que quedaba en un espacio oscuro se vuelve más claro y hasta brillante; esta problemática presenta nuevos retos de reflexión epistemológica sobre la masculinidad y la feminidad bajo los criterios de nuevas formas de problematizar las relaciones.

Desvictimizar la condición femenina es una tarea de desbrozamiento de los caminos de la subjetividad de la mujer (pensada como espacio en el que se articulan y se construyen los aparatos operativos de la conciencia especialmente aquellos sobre sí misma, sobre la otra y los otros), para hacer planteamientos de liberación femenina y de conformación como sujetos específicos en contraposición con los modelos de la masculinidad de la posposmodernidad; esto parece ser viable a través de la solidaridad, que acompaña la lucha por las capacidades que hacen, de la mujer actual, un factor de cambio y de construcción de realidades más humanas.

El espacio de la solidaridad permite el encuentro, en forma virtuosa, de las dos grandes perspectivas de género, esto es, la masculina y la femenina y puede evitar los procesos de dominación que, de manera atávica, se reproducen en las sociedades contemporáneas; estas tareas, creemos, pueden hacer frente a los retos que la mujer de hoy tiene ante su destino.

La nueva arquitectura de la subjetividad femenina

Una de las características esenciales de la situación actual de la consciencia femenina se centra en revisar las perspectivas que pueden conducir, a corto plazo, a una redefinición de las posibilidades de establecer una homeostasis dinámica, que estructure las plataformas en que las mujeres pueden sustentarse como sujetos en acción, más allá del faccionalismo y la heterogeneidad de los frentes feministas que han abordado los diversos aspectos de la deconstrucción de categorías analíticas en las propuestas de liberación femenina, y crear nuevos caminos éticos que potencien la lucha de las mujeres en el establecimiento de nuevas relaciones de géneros.

Las tareas actuales de la formación de la subjetividad femenina parecen ser, dentro de la solidaridad, un nuevo planteamiento de las adquisiciones que, la lucha de las mujeres de los últimos cincuenta años, ha venido configurando y que la postpostmodernidad hace posible como encuentro “entre” géneros; para esto, es necesaria la desvictimización de la interioridad particular de la mujer.

La victimización ha creado su propia justificación epistémica al interiorizar la racionalidad que la procura y mantiene los rituales de la conducta de las víctimas; por eso, debemos continuar impulsando los mecanismos de deconstrucción (desvictimización) que es una tarea elemental y primaria que tiene que desarrollarse antes de plantear nuevas estrategias de más largo alcance.

Las teorías del sujeto (Foucault,1980;Lacan, 1979;Elliott, 1995) hasta ahora son esencialmente masculinas y se carece de una teoría específica que cubra los aspectos programáticos del desarrollo de la integridad femenina (Haraway1991, Butler,2001). No basta una consciencia histórica de clase, sino una línea general alrededor de la cual se tejan las individualidades, intersubjetividades y los nodos de la red que constituye lo femenino. En el presente ensayo se delinear algunos aspectos que pudieran ser de interés para la reflexión sobre la condición femenina en la posposmodernidad y que puede ofrecer oportunidades de desarrollo, así como planteamientos para la elaboración de una teoría integradora de los géneros sobre la subjetividad.

Las oportunidades de la posposmodernidad en la liberación femenina

La solidaridad es un campo de encuentro entre los actores principales de las relaciones humanas; el hombre y la mujer como sujetos que se interrelacionan para construir la civilización, y cómo esta última se ha sostenido en los últimos 10,000 años bajo relaciones de procesos de dominación y de poder (Watson, 2012; Gordon, 1975), en la que la mujer se ha convertido en la víctima propiciatoria y, lo masculino, se ha constituido en el verdugo que usufructúa, a su favor, las estructuras formadas a través de la conformación de identidades de género.

¿Por qué cambiar estas arquitecturas de poder? ¿Dónde tendríamos que poner estos factores de dominación, si los separáramos en estos dos géneros? ¿Seguimos cuestionando y viendo el mundo como centro del poder, de dominación, hay que dominar a uno u otro? ¿La lucha va a seguir existiendo sobre quien domina a qué y a quién? ¿No será esta pregunta producto del temor de la masculinidad sobre una posible supremacía de lo femenino? ¿No podríamos imaginar que tendríamos que ver una supremacía femenina primero, antes de conformar una verdadera igualdad? ¿Es posible crear un espacio donde las identidades de género pudieran reunirse para construir una nueva arquitectura, donde la equidad e igualdad sean valores fundamentales y en las cuales se basaran las nuevas relaciones humanas sin aceptar su género?

Estamos en la etapa de problematización de nuestro tiempo, donde hay más preguntas que respuestas. Las tareas inmediatas son quitar los obstáculos fundamentales y primarios donde se construye esta arquitectura del presente. La propia denominación de hablar de una nueva modernidad diferente a la de antes del 2008 que parecía que la crítica a la modernidad podría ser un desmantelamiento de los principios de la modernidad, sin embargo, condujo a la crisis de ese año de la que aún no nos reponemos, por lo que la crítica de la postmodernidad se prolonga a una radicalización de nuevas posturas y posponer el desmantelamiento de otras. ¿Pensar que es posible un espacio para discutir, de igual a igual, en la postpostmodernidad? No como trincheras irreductibles donde se dirimen las posturas y las oposiciones, sino como una pregunta fundamental respecto de las estrategias de las luchas feministas y las representaciones eidéticas de las nuevas generaciones de mujeres; donde se planteó la no violencia, en tanto posición básica para alcanzar objetivos inmediatos y concretos; ¿si las mujeres plantearan un espacio de solidaridad donde confluyan los dos géneros, donde dependamos el uno del otro, en donde la sociedad misma se base en estos dos polos, sin exclusión de ninguno? ¿Sería viable el intentar definir este espacio de deconstrucción-construcción de las nuevas relaciones sociales de géneros?

¿Cómo deconstruir lo masculino existente para que se convierta en esta nueva masculinidad, aquella que recupera lo positivo de las quejas de la identidad femenina que promueve nuevas caracterizaciones? ¿Cómo hacer para que la feminidad tradicional se cambie por una que se inscriba en procesos de reconstrucción como sujetos? Ello implicará una lógica transformacional distinta, donde los dos géneros modifiquen sus paradigmas ontológicos.

Por supuesto, se sabe que esta lógica no se impondrá automáticamente o que no haya desgarramientos de posiciones, en las que se obtienen ganancias de poder en cada uno de los conjuntos y que articulan la subjetividad de género; es decir, representan un cambio de paradigma con nuevos supuestos donde la no violencia es una estrategia posible pero la disposición de las “batallas” impondrá lo consecuente.

Si esto se llevara a cabo, se abriría una brecha gigante: el camino recorrido en los años 80's (el feminismo de la diferencia, el reconocimiento como un ser total) quedaría atrás, y con ella, surgiría una nueva sociedad (un nuevo territorio donde las dos entidades masculino-femenino y las inter y los espacios entre, pudieran integrarse a las tareas de construir un mundo de igualdad y solidaridad), con procesos y conflictos sociales, económicos y éticos diferentes. Sin embargo, en la última década, esto que parecía utópico y lejano, y hasta imposible, se está haciendo realidad; el campo de acción no se presenta en la forma tradicional de la confrontación de sujetos, en forma directa, sino en los espacios de la virtualidad y la deshumanización, vía las nuevas tecnologías.

La tecnología de la comunicación invade nuestras vidas transformando la virtualidad en vida cotidiana y en la conformación de personalismos distintos, es ahora una "realidad", que por sí misma, borra los géneros –ya no se exige ser uno u otro y, a la par, borra los límites- se está llegando al planteamiento original de no saber quién se es

¿Cuál es mi identidad? Hay una pérdida de la perspectiva del sujeto que surge de esa búsqueda constante del sí mismo y, como consecuencia, recupera la salud de sí mismo a través de la acción del espejo; hay que realizar un redimensionamiento del cuerpo frente a la cosificación de la otredad. Las repercusiones que tiene esta realidad, con la que vive el resto que aún no se incorpora a esta virtualidad, recibe el impacto cada vez más integracionista hacia el manejo de lo "irreal-real" y del poder cada mayor de los medios masivos de comunicación sobre el sujeto y su presente. Estamos viendo cómo estas redes virtuales crean macro sociedades capaces de transformar las relaciones de poder en simples relaciones humanas; ¿estar en una plaza pública virtual convocados por la red en qué nos hace diferentes?, en esta plaza hay una constante interacción que ¿crea y recrea nuevas subjetividades? (Piaget, 1967). En esta convocatoria, en la que no hay promesas, ni utopías, ¿se nos da un poder subjetivo que permite identificarse con el grupo y hacer la diferencia?, ¿se crea un grupo indefinido por estar en una "red", un grupo que los mueve, una motivación que puede ser momentánea o de mediano plazo, cuya fuerza radica en la posibilidad de reestructurar su tiempo? Es la fuerza que pueden tener las mujeres a mediano plazo, un supuesto, que determina la estructuración subjetiva del poder social, de la acción de las mujeres y los hombres en el nuevo sentido existencial.

¿Cómo crear una solidaridad a partir de la mujer actual? Entiéndase, "la cuarta mujer" después de lo dicho por Lypovesky (1997) ¿Hasta dónde se podrá "liberar", hasta dónde realmente se podrá romper el paradigma de la subjetividad de dominación? ¿Hasta dónde la histericidad le puede permitir edificar un mundo femenino y feminista a la vez? ¿La perspectiva de género será un parámetro sinérgico de las nuevas relaciones sociales igualitarias, vía una nueva virtualidad asertiva?

¿En qué momento la mujer, desde su historicidad, puede hablar y escribir un nuevo discurso de las relaciones humanas? Considerando a la histeria como el desplazamiento del deseo, la satisfacción y el placer están en el simple desplazamiento de un objeto a otro, en la erranciahiática de su formación como persona (Lacan, 1979). Esta “cuarta mujer” representa una avanzada que ha dejado detrás las legislaciones aún vigentes sobre las relaciones familiares, al demandar y practicar una individualidad independiente de sus relaciones con los hombres, esto es, un ejercicio permanente de la individualidad sin tener compromiso permanente en sus relaciones de pareja y las implicaciones jurídicas que puedan derivarse.

¿Cómo concebir un espacio sustentado en este constante desplazamiento? La vía de la diferenciación de género, si se toma como referente, plantearía una imposibilidad, pero este espacio solidario es una convergencia de lo masculino y lo femenino, como lo diría Scott, (1990, citado en Lamas, 1997) “la información sobre las mujeres es necesariamente información sobre los hombres, pues no hay un mundo de las mujeres aparte de un mundo de los hombres”.

La subjetividad femenina implica constructos por reflejo de los hombres lo que traslada a la mujer a establecer una disforia entre la representación de lo masculino con la identidad femenina (Buttler, 2012).

Las guerras y las batallas de la desvictimización

Las relaciones sociales que forman parte de la estructuración de la subjetividad (Elias, 1987) son comunes a ambas posiciones, por lo que estratégicamente se debería considerar como un espacio de privilegio las interrelaciones entre lo masculino y femenino, del cual no solamente la mujer es un proyecto –“no se nace mujer, se hace”- (Beauvoir, 1998), sino también el hombre es un proyecto; son proyectos que se interrelacionan y se conforman a sí mismos en esta interacción, como un sistema de fuerzas, una política en donde tradicionalmente al género femenino se le subordina y entonces la lucha por la equidad y por la igualdad se convierte en una acción fundamental para las mujeres. Toda mujer está obligada a defender su igualdad en el sistema de fuerzas. Un espacio de solidaridad está constituido por la utopía de construir un género igualitario.

La guerra resulta inútil si sólo se queda en una acción por el poder, más bien la lucha profunda se establecería después de la conquista del poder que visibilizaría las contradicciones, y mantendría un status que estaría dominado por la equidad y la necesidad de la otredad en la integración de una egología (Khosrokhavar, 2001; Kaufmann, 2001; Touraine, 2000) funcional entre los dos géneros;podría incluso hacer habitar, en este mismo espacio, las formaciones intermedias -homosexualidad, transexualidad, etc.,- (Bersani, 1995).

Así como también las batallas por las capacidades, y una oportunidad del desarrollo como mujer; esto es, su reconocimiento, su identidad, sus libertades, su integridad, el ejercicio libre de sus emociones, la no discriminación y las oportunidades para el juego y el ocio (Nussbaum, 1993).

El campo solidario es una vía de encuentro entre los géneros y sus teorizaciones, donde se va construyendo una egología integradora funcional que proporciona las fortalezas de construcción de una subjetividad distinta a la que los feminismos políticos pretendían en otras épocas (Nozick, 1995), es decir, una formación para ser libres en una perspectiva de oposiciones y atavismos, frente a una esperanza de vida exenta del desgaste situacionista de las posiciones básicas.

Crear un campo solidario sería crear un campo de excepción que permita edificar un aparato que contribuya a significar las acciones sociales de la mujer, y evitar los desgastes que generalmente conducen a tareas que no son fundamentales y se pierden en objetivos cortoplacistas y políticas presentistas que pueden llevar a la desesperación o a la rendición de propósitos. Una egología que elimine los contaminantes tóxicos que generan las luchas ideológicas de toda índole y que impiden la visibilidad de un orden igualitario e incluyente; esto no significa olvidar la guerra invisible de los sexos, las contradicciones de clase, las diferencias culturales, los diferentes micro poderes que se ensamblan en estructuras de poderes históricos, sino el establecimiento de campos de guerra o de batalla en donde se crea el tiempo para la convergencia y los “tratados de paz”, sin las claudicaciones derrotistas de algunos de los interventores. En los procesos del establecimiento de estructuras igualitarias rescatan los mitos que implican generalizar las diferencias para hacer funcionar las contradicciones con la igualdad.

Los términos de justicia considerados como la fantasía que permite el tránsito de las oposiciones, hacia espacios de comprensión, así sea ésta, arbitraria; es el puente moral que hace las sociedades y que devela los actos de violencia en los intercambios simbólicos que se van recubriendo a través de los constructos históricos (Tugendhat, 1993).

La solidaridad implica dismantelar, en una primera fase, los velos que la historicidad ha tendido a través del tiempo; en una segunda etapa, deconstruir aquellas partes que inciden sobre las diferencias destructivas de la convivencia, y sobre la progresión de atractores deseables (Maslow, 1943) de relaciones virtuosas del desarrollo social, económico y espiritual de los y las agentes de la comunidad.

Arquitecturas de poder desde la fundación del yo femenino

Si la construcción del poder son las relaciones sociales, estas tienen sus raíces en el cómo se introyecta en la autodefinición de sí mismo; es decir, en la metodología real en la que el sujeto teje sus vivencias para definirse y situarse frente al mundo.

Entonces el sujeto femenino, desde su individualidad conforma su visión como un tránsito constante de los objetos en los que no vale la pena sujetarse a uno en particular y abarcar, como una posición de fuerza, el mayor número de objetos (Braidotti, 1994). Se podría ver como una tendencia, como una afición al coleccionismo, pero por encima de esta apreciación inmediata está la del ejercicio del poder sobre todo el mundo.

El diseño de las estrategias por la constructividad del yo femenino ponen en juego, sobre todo, las luchas por el reconocimiento de la igualdad para el establecimiento de perspectivas consideradas como plataformas entre iguales y cuyos soportes mantengan a raya los reflejos de las máquinas del poder androcéntrico.

Es en la virtualidad donde el imaginario femenino cruza no solo las posiciones edipianas androcéntricas sino también las fantasmagorías a las que están sujetas los referentes del otro, como el espejo de lo femenino y, por lo tanto, las tareas de la desvictimización (las consecuencias de la opresión masculina) serían aquellas que revelen las contradicciones y el absurdo en el que se encuentran los procesos de vinculación entre los cuatro campos -yo, tu, nosotros y vosotros- (Khosrokhavar, 2001; Touraine, 2000) en que es atrapada la autoconciencia de la mujer (Queau, 1995).

La postpostmodernidad presenta como uno de sus rasgos fundamentales la digitalidad de lo cotidiano; como un volver a velar las diferencias de género y hacer más difícil la tarea de una conciencia propia femenina; este fenómeno recubre la victimización como natural, en una sutil reingeniería del sometimiento de la mujer contemporánea. La liberación en nuestro tiempo es una tarea ineludible e inmediata, antes que la virtualidad de la sociedad logre una velación más profunda de las diferencias de género y recubra, una vez más, los lazos de opresión tradicionales. Se emprendería una campaña que develaría los intentos de las nuevas tecnologías mediante estrategias que innovaran nuevas relaciones del yo con la otredad.

Una vez logrado el objetivo primario, la plataforma elaborada con esta egología podría señalar modelos en los que las mujeres podrían transitar de víctimas a ser líderes de una nueva sociedad más igualitaria; donde no solamente se liberaran de sí mismas sino, incluso, liberarán a los hombres, que cambiarían sus tensiones y neurosis por mantener su supremacía, por espacios de disfrute de satisfactores (Maslow, 1991) en común. En el mejor de los casos, también se definiría una formalización de una nueva teoría de la liberación femenina.

¿Hasta dónde esta novedad es estrictamente contemporánea? Una teoría de liberación que pasa por una lucha de clases en la que no se distingue el género como una contradicción fundamental de la evolución de la especie humana, no podríamos considerarla adecuada al sistema de debates de nuestro tiempo.

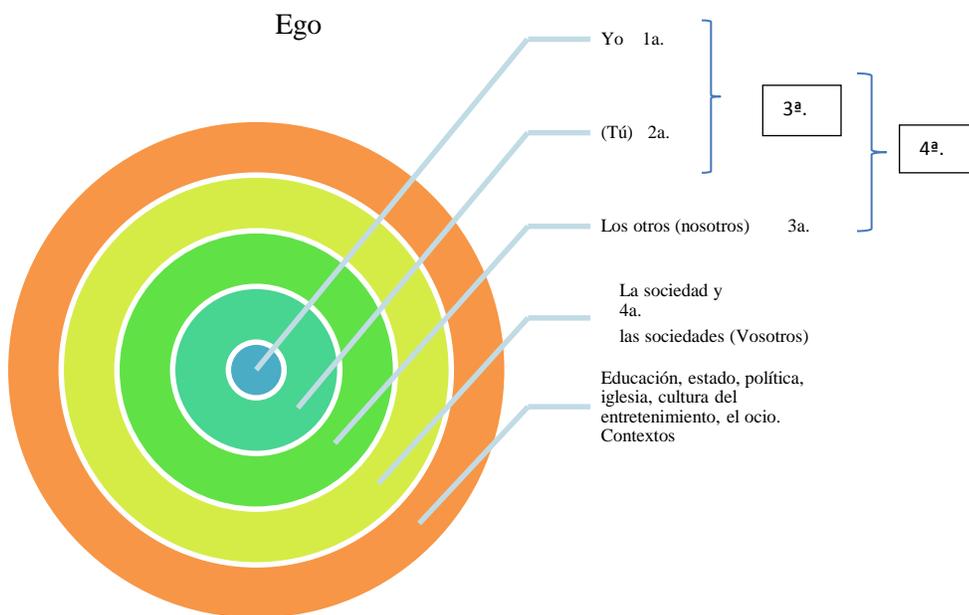
Esto es, abordar el desmantelamiento de las contradicciones claves del desarrollo de arquitecturas de dominación y opresión en que, no obstante el desarrollo de la civilización, perduran no solamente en las relaciones sociales, (Blumenberg, 1999) sino en los arquetipos que organizan nuestra subjetividad, la cárcel o la “jaula de oro” en que aprisionamos o habitamos nuestra interioridad.

Las revoluciones tecnológicas que constituyen la sociedad del conocimiento son oportunidades históricas desde el momento en que la mujer tiene libre acceso a ellas y esto significa que las estructuras, largo tiempo planteadas en la sociedad patriarcal, pueden irse desmantelando estratégica y sistemáticamente; entonces es la gran oportunidad del siglo XXI.

Algunas estrategias

Los procesos de desvictimización interior son condiciones necesarias para poder elaborar los principios que regulan los cambios que la propia reingeniería social y los desarrollos tecnológicos perfilan como nuevas sociedades globales. Aprovechar el acceso indiscriminado a factores de poder de cambio que, las nuevas generaciones de mujeres, tienen bajo su sensibilidad; nuevos dominios y, por lo tanto, nuevos espacios de liberación para constituirse como sujetos que reflexionan sobre las problemáticas que la vida contemporánea ofrece para su desarrollo.

Las condiciones de relación sobre el volumen de circunstancias en que se han categorizado las expectativas feministas tendrían una “línea general,” en la que se revisarían los elementos constitutivos de un sistema teórico que aborde los planes de largo aliento, una vez liquidada la desvictimización.



La desvictimización parte desde un concepto del yo donde se distinguen las expectativas del género con precisión y se provocan las condiciones de un imaginario que construye las estructuras teóricas y prácticas necesarias para una nueva visión de los intercambios humanos y que ordena, a su vez, las perspectivas de género y sus interrelaciones.

La constitución del yo femenino es el resultado de una interacción igualitaria que puede pasar por los sistemas educativos o las conquistas por los derechos y una conformación de perspectivas de género que integran la correlación de fuerzas en una visión que incorpora los campos masculino y femenino dentro una relación virtuosa, sin considerar la negatividad, ya sea de sí misma o del otro. El yo femenino, dentro de esta problemática, es un yo que se quiere completo de sus facultades y competencias, es decir, desbrozada de los impedimentos estructurales de una pseudoconciencia, disfórica, para definir su gramatología (Derrida, 2005) del mundo. Podríamos considerar esta posibilidad como el trabajo del desempeño de la reproducción educativa de las propuestas políticas y de los enfrentamientos dentro del esquema del conflicto social y la movilidad del desarrollo de las organizaciones del tejido social donde están implícitos los roles de la vida de las mujeres, es decir, la arquitectura que ordena los espacios de la acción y el desarrollo como entidad, como individuo.

Las circunstancias en la que cada sujeto se sitúa, en su espacio existencial, desarrolla sus propias posibilidades de adaptación de acuerdo a las oportunidades vitales, por lo que no podríamos hablar de una egología universal sino, desde la individualidad, construir la generalidad; una egología que desde la particularidad y especificidad del individuo, su psicogénesis y su faccionalidad, elabore el entramado simbólico-comunicativo y pueda intercambiar experiencias con las otras mujeres y con los diferentes espacios geopistémicos; crear una corriente cognoscitiva desde la interioridad de la mujer hacia una expansión de su “voluntad de poder” y su expresión histórica (Nietzsche, 2000).

¿Cómo considerar la victimización más allá del sometimiento, el autosometimiento? Si la mujer se atrapa en las “jaulas de oro” de la victimización -que es la prisión más grande en la que se encuentra el universo femenino- pierde la oportunidad existencial de constituirse como dueña de sí misma. La invisibilidad corresponde a una ceguera provocada por la delectación perversa de las diferencias que nos ofrecen los sistemas productivos de satisfactores e impide deshacer los nudos de conveniencia entre géneros, como un acuerdo de contrarios sin que se destruya al otro, porque es parte de sí mismo.

En la postpostmodernidad se han reproducido todas las contradicciones que los neoliberalismos han estado ofreciendo en los procesos de globalidad, y toma por sorpresa a las mujeres que no tienen una teoría de su liberación. Estamos ante la posibilidad que la transmodernidad (Rodríguez, 2004) de ésta etapa histórica reelabore una antropología filosófica de la mujer, que rescate, por un lado, la especificidad femenina y, por otro, reescriba la historia de su evolución como entidad separada.

Para que la invisibilidad que la antropología general ha recubierto a través de los estudios del hombre, revele el propósito de dilucidar, mediante un programa que vaya desde la invisibilidad y la victimización, hacia estadios de libertad, y desactive los caracteres, estereotipos, arquetipos y atavismos en los que se ha envuelto el concepto que tiene la mujer de sí misma.

Conclusión

La postpostmodernidad como el estatus que presenta una globalidad real, funcional, sostenible, ofrece a la mujer la oportunidad de construir una subjetividad específicamente femenina.

Como en ninguna otra época, la mujer tiene en sus manos el ambiente necesario para elaborar las estrategias que la conduzcan, desde la diversidad cultural e histórica, las nuevas utopías que puede habitar. Las tareas que implica una teoría de la liberación pueden ser muy complejas, y sobre todo, no fácilmente asimilables por los grupos que están al frente de los movimientos, sino también para el orden común de las individualidades; pero resulta urgente definir con claridad cuáles serían las tareas fundamentales para que, a través de la difusión, discusión e intercambio, puedan ser accesibles a los y las interesadas en resolver los retos que presentan las problemáticas y obstáculos que las estructuras de sometimiento, han creado a trav Bersani, Leo (1995). *Homo*. Cambridge, Harvard UniversityPress

Buttler, Judith (2001). *Géneros en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Buenos Aires, Paidós.

Buttler, Judith (2012) *Deshacer el género*. Ed. Paidós. Barcelona, España

Blumenberg, H. (1999) *Las realidades en que vivimos*. Ed. Paidós, Barcelona, España

Derrida, Jacques (2005). *De la gramatología*. Ed. Siglo XXI. México, D.F.

Elias, N. (1987) *El proceso de la civilización*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México

Elliott, Anthony (1995). *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires,

Gordon, Childe (1975) *Los orígenes de la civilización*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid, España

Foucault, Michael (2005). *Hermenéutica del sujeto*. Ed. Akal. Madrid, España

Haraway, Donna (1991). *Simians, Cyborgs, and Women*, Routledge, New York,

Kaufmann, Jean-Claude (2001). *Ego. Pour une sociologie de l'individu*. Ed. NATHAN. París, Francia

Khosrokhavar F. (2001). *L'instance du sacré*. Ed. cerf. París, Francia

Lacan, Jacques (1979). "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos I*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Lipovetsky, G. (1997). *La troisième femme*. Ed. Gallimard. París, Francia.

Maslow, H. A. (1991). *Motivación y Personalidad*. Ed. Diaz Santos. Barcelona, España

Nausbaum, M. (1992). *Women and Human Development: the capabilities approach*. CUP 2000.

Nietzsche, Friedrich (2000). *La voluntad del poder*. Ed. Edaf. Madrid

Nozick, R. (1995.) *La naturaleza de la racionalidad*. Ed. Paidós. Barcelona, España

Piaget, J. (1967) *Psicología de la Inteligencia*. Ed. Epsique. Buenos Aires, Argentina

Queau, Ph. (1995) *Lo virtual. Virtudes y Vértigos*. Ed. Paidós, Barcelona, España

Rodríguez Magda, R.M. (2004) *Transmodernidad*. Ed. Anthropos, Barcelona España

Scott, Joan W. (1986). "Gender: a Useful Category of Historical Analysis", en *American Historical Review*, num, 91. Hay traducción: "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en James Amelang y Mary Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Ediciones Alfons el Magnanim, 1990. Citado en Lamas M 1997. "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría "género". Diferencias de idioma, analogías y confusiones conceptuales". En: *El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. M. Lamas (Compiladora). PUEG, Edit. UNAM-Porrúa, México, pp. 327-366.

Tugendhat, E. (1993) *Autoconciencia y autodeterminación*. Ed. Fondo de Cultura Económica México.

Touraine, Alain y Farhad, Khosrokhavar (2000). *La recherche de soi. Dialogue sur le Sujet*. efeeeeee Ed. Fayard. París, Francia

Watson, Peter (2012) *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*. Ed. Crítica. Barcelona, España.

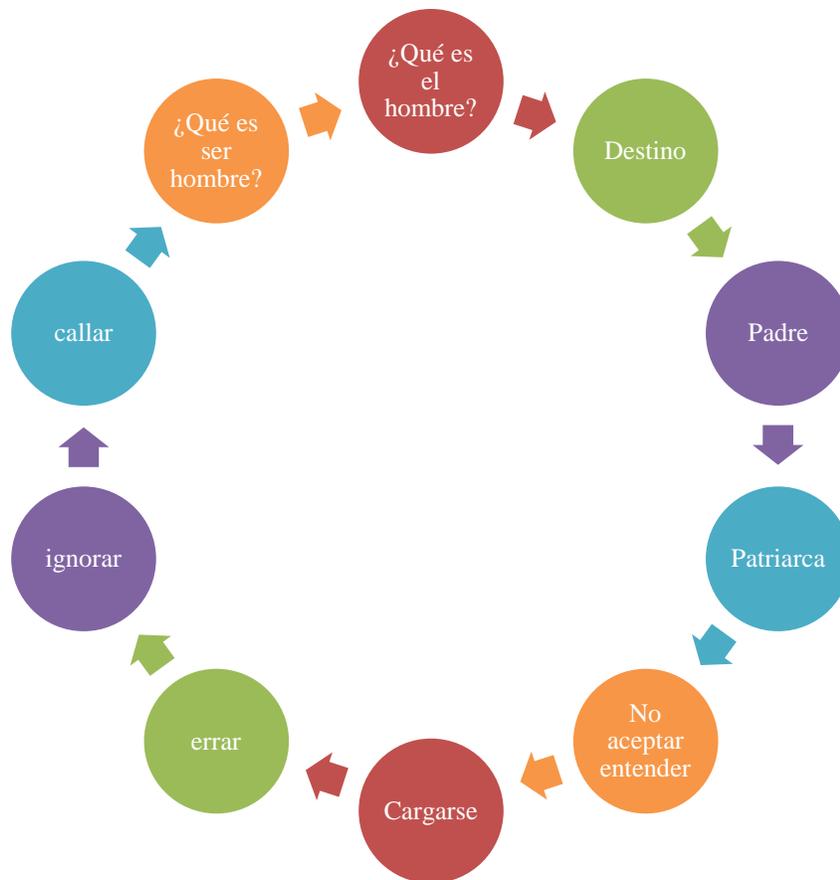
Vocación del inconsciente femenino. Mujeres de Edipo

Introducción

La estructura dinámica del espacio escénico del Edipo Rey, (Sófocles siglo V a. c.) se ha convertido en una referencia explicativa de la instauración del patriarcado en la civilización griega y, por ende, en la cultura occidental. Esta escenografía constituye una serie de volúmenes simbólicos de representación, que se estructuran mediante la arquitectura que inscribe la figura del padre como el centro de las unidades de articulación de los signos con los que se modula la intercomunicación social y, por lo mismo, donde se ubican los personajes, en tanto cuerpos en acción y sistemas de relaciones de dominación. La civilización occidental en tanto expresión patriarcal, recibe también al modelo patriarcal del medio oriente como otro pilar, superponiéndose ambos entre sí y formando una sola centralidad en el padre, de una teoría de la simbolización y fundamentos de la mentalidad occidental. La crítica actual a la modernidad, en su propósito de deconstrucción o desmantelamiento de esta centralidad, se propone dar cabida a la intervención de la mujer como la otra parte (invisible) del sistema, pero requiere de explicaciones o de exégesis que develen los procesos de simbolización que, desde la visibilidad se reacomode el patriarcalismo y convierta el rol de la mujer, en una doble centralidad, esto es, que la madre recupere su integralidad e igualdad frente el avasallamiento del padre. Los propósitos contemporáneos serían en base a plantearle al egocentrismo masculino una relación más elíptica para que jueguen, en una misma órbita, una nueva centralidad; con las dos figuras o personajes, armando los campos de la conciencia de la equidad de género.

A mayor abundamiento, la senda recorrida por Edipo, en su interés de burlar al destino lo conducen inexorablemente, a cumplirlo: “nadie escapa a los designios de un sistema” y, por tanto, la pregunta esencial que se hace la mujer contemporánea es si ¿el destino del hombre puede seguir siendo el mismo destino de la mujer?

La ecuación griega, como decíamos arriba, se complementa históricamente, con las aportaciones de otra civilización (Medio Oriente) y así, se termina de configurar la subjetividad occidental, esto es: la relación del hombre Job con Dios, quien le aporta, a la exterioridad de Edipo, las posibilidades de la interiorización y el diálogo consigo mismo.



Estas dos perspectivas consolidan una estructura del Yo occidental con el Super-yo, trascendental sí mismo. Dentro de esta topología encontramos espacios transparentes los cuales son ocupados por Yocasta quien representa la referencia constructivista del *kosmós* propiamente Edípico; de ahí la importancia de su relevancia: Yocasta es Reina, en cambio, la mujer del Medio Oriente es el Hogar (la agricultura frente al pastoreo del patriarca) por lo que es más incorporable al esquema de la referencia y, finalmente, tanto Sara-María como Yocasta, se complementan en los elementos constructivos de la nueva interioridad.

El Proceso

El paso del matriarcado al patriarcado, representa muchos siglos de relatos que van de lo profano a lo sagrado, es decir, de lo cotidiano a la ley. “La ruta antigua que anduvieron los hombres perversos” (Libro de Job 22, 15-20) Edipo, siempre Príncipe, (primero entre los hombres) sólo puede ascender a Rey por la intermediación del poder constituido de la Reina Yocasta. ¿Si ella hubiera investigado los antecedentes reales de este triunfador? ¿Si cuando encontró los signos y marcas ya conocidos en el cuerpo de Edipo, hubiera reaccionado? Se calló y encontró más completo el goce de vivir. Los hijos, en las luchas del poder patriarcal, destruyen el reino anterior y edifican el nuevo, con sus contradicciones feministas en la posición de Antígona. [El patriarcado ya había sido instituido en Corinto y fue llevado a Tebas, por Edipo].

La hija rebelde de Edipo, Antígona, la otra cara de Ismene, enfoca el feminismo transgresor más no constructivo de una perspectiva propia y liberadora, recuperable al fin por el sistema o por la ley. Antígona es la única protectora del modelo roto por la anagnórisis de la verdad oculta y ofertadora de la catarsis social.

En la filogénesis intrínseca creada en el proceso de la formación de la subjetividad de Edipo, encontramos la serie de fantasmas que se van resolviendo en las posturas de varias mujeres, “las varias mujeres” que encuentra a su paso: las mujeres corresponden a las diferentes etapas del proceso de integración de la psicodinámica en tanto sujeto edípico: la mujer ideal. Estas mujeres “que parten de una castración simbólica vivida con rencor y humillación corre el peligro de engendrar neurosis (histeria, narcisismo exacerbado, depresión o inhibición sexual). Sólo la llegada de un hijo, piensa Freud, colmará la envidia incoercible de pene que estructura por lo tanto su personalidad. “Pasiva, masoquista, llevando a arrastras un Edipo mal resuelto, la mujer tendrá una peligrosa tendencia a delegar en su compañero sus sentimientos ambiguos por la madre, primer objeto de decepción amorosa” (Skittecatte, 1995).

Las mujeres de Edipo son partes que no constituyen una sola, integral, sino un “monstruo”, un “frankenstein” que es enfrentado como un enigma, una Esfinge. Misterio que se resuelve a través de un solipsismo de su propio especulum y sus recursos autoanalíticos, fundando con esto, una ética hermenéutica, base de su teoría del amor: Edipo entiende a la mujer a través del lenguaje; sonidos y silencios que configuran códigos y matrices, signos, palabras...

La posición edípica es un significante que se define como un sistema que va resolviendo todas las articulaciones y conexiones entre objetos y sujetos. Ensamblaje de maquinarias semánticas y arquitecturas semióticas que le dan sentido al fenómeno patriarcal.

Los enigmas de Edipo, como la verdad de sí mismo

La mujer produce temor (Fraisie, 1992) porque es la única que lo conoce como “monstruo”; miedo que lo atormenta durante su infancia y juventud. Miedo que se produce en la lucha consigo mismo, por dominarla y someterla, domesticarla, y lo hace navegar “de mujer en mujer,” aprendiendo algo de todas y de ninguna. El misterio no desaparece nunca....

La navegación de Edipo hacia su interior y, de este hacia el exterior, es un constante repetirse: ¿Qué quiere la mujer? y cuando tiene una respuesta, la mujer, ya ha desplazado su deseo y vuelve a distorsionar el sentido supuesto dado por Edipo, convirtiendo esta persecución en una búsqueda permanente de sentido de sí mismo, respecto de la mujer.

¿Qué soy? se pregunta Edipo. El Oráculo de Delfos le dice que es un “parricida”, y un “incestuoso”. Sobreviene el horror y el rechazo absoluto al destino y, en consecuencia, la fullería para burlar el designio de los dioses; huyendo de su territorialidad va directo al abismo de enfrentarse a la mujer ideal: la esfinge. Es esta mujer la que le da la verdad de sí mismo, es decir: un hombre dotado de falo y de poder, frente a la supuesta castración de la mujer.

Los temores a lo insondable de la interioridad femenina, se reduce a establecer una plataforma de poder que subsana la ignorancia sobre la fecundidad y la reproducción, y observa a la mujer sin que le importe el ¿“por qué ella, y yo no”?

La interioridad femenina es sofocada por ese temor hacia los “poderes ocultos” de la mujer arcaica, que subyace en la mujer que tiene ante sus ojos. Mujer arcaica, devoradora, madre primigenia de todas las mujeres. Fantasmagoría instalada como una estructura semiótica cuyos significantes los encontramos desde la primera separación del bebé con el seno materno.

La peste generada por la “mujer ideal” termina en un happyend para Edipo pero, en el desplazamiento hacia el futuro, se transforma en “miedo a la mujer”, a “la madre ancestral” y se proyecta, ciegamente, sobre Yocasta.

Sí mismo y la vinculación con la otra

La felicidad [como liberación] de Edipo es alcanzada cuando es convertido en el Rey de Tebas: poderoso, rico, prominente, dominante, majestuoso, hermoso, galante, educado, gentil y todos los atributos ideados a través de la historia moderna. Todas las mujeres de Edipo, la esfinge, han desplegado, en esta etapa, todas sus diferencias y son capitalizadas en una entronización de “la mujer que me ama”.

En esta etapa la bonanza del sistema patriarcal es la Arcadia en la que Edipo es un fin en sí mismo, y la mujer, está sojuzgada y oprimida, pero “contenta”.

La subversión de la mujer a la felicidad edípica es asimilada por la “prosperidad”; la tendencia al consumismo (shopping) que desde la antigüedad ha sido una conducta propia de la mujer (en la cultura islámica, las mujeres del harem gastan lo más que pueden obtener del marido para, cuando ya no sean favoritas, tener un capital suficiente para vivir). La sustitución del valor-felicidad por el objeto de consumo, es un truco usado con frecuencia por las relaciones con “el brillo de la cosa que se desea”. (Lacan, 1991)

Esta felicidad arcádica no es sana, porque en secreto está sustentada en otra mujer que va a ser definitiva para la verdad que busca Edipo, es decir, es una etapa en la que no cabe la pregunta sobre el incesto, puesto que él ha logrado burlar al destino. La sorpresa que subvierte la felicidad de Edipo era el silencio que había desplegado Yocasta y en vez de ser el Rey de sí mismo, en realidad habría sido un esclavo sometido a la dominación de esa mujer arcaica, devoradora que es su MADRE.

El estupor frente a lo que está detrás del espejo; al más allá del sujeto femenino imaginado en el especulum de Edipo, prefigurado por la presencia de estas “madres imaginarias”, (Marbeau-Cleirens, 1988) se vuelca hacia la búsqueda de su malestar, apenas vislumbrado desde su felicidad.

La peste, el dolor y mi malestar general

Edipo, nuevamente, en problemas. ¿Por qué no soy totalmente feliz? Esta pregunta empuja a Edipo hacia un torbellino de preguntas que lo hundan en una desesperación existencial más profunda: consulta de nuevo al Oráculo, a los sabios Tiresias, a los implicados en la fullería en la que estaba armada la felicidad edípica y a Yocasta misma. Yocasta le miente, le oculta la verdad, ¿por qué?

El mundo de Yocasta es un mundo de ficción y una trampa mortal. En la búsqueda de la felicidad, Edipo nunca previó encontrarse con su madre y ésta, aun cuando se encontró con su hijo, a pesar de reconocerlo, no lo aceptó como tal, sino como “el nuevo Rey” y coparticipó en esta “felicidad insana”. Su “silencio” se volvió “discreción” y, ésta, en “complicidad” con el destino en tanto océano insondable y eterno. Pero nadie escapa a su destino. Nadie está fuera de la historia.

La exigencia de Yocasta sobre Edipo para que callara y dejara en la sombra de la comunicación a la verdad, es una pretensión de sometimiento de la verdad a designios que, supone, “que los dioses no se darán cuenta”. Posición que Edipo no acepta, porque sabe que nadie puede contra el poder del que todo lo sabe y todo lo ve.

Edipo se estrella contra su propia condición de ser un “iluminado”, y no puede estar cobijado bajo la sombra que domina Yocasta. La sombra del silencio. “Silencio que habla” a través de la morbilidad que aqueja la personalidad de Edipo.

El entrecruzamiento de conocimientos entre Tiresias y el pueblo (coro) enmarcan la pertinencia política en el que, el drama, se desenvuelve. Proceso hermenéutico de correspondencias del juego de luz y sombras en que se teje el espacio epistémico de la necesidad de conocer, pensar y visualizar el mundo.

¿Por qué la mujer ha hecho de la discreción un sistema de vida? Para evitar el escándalo, evitar que el sol le dé a la cara a Yocasta. El reconocer que, el trasfondo de la luz, es un signo de muerte: el incesto.

¿Qué es lo que salva a Edipo de la muerte? Lo salva, justamente su fortaleza de enfrentarse finalmente, a su verdad. En una visión de futuro enlazaríamos la **salvación edípica** con el **desplazamiento del egocentrismo hacia la periferia o exterioridad** en la que se sitúa la salvación con un Dios (Jesús); esto es, Dios es la figura que asume la responsabilidad que le compete al Edipo trágico, y que en su tiempo podría recurrir, de nuevo, al destino.

¿Qué es lo que condena a Yocasta? El silencio de su verdad. Edipo quitándose los ojos, ¿ve mejor? Yocasta ahorcándose, ¿pagó su culpa? Ella simplemente, se silenció.

Trashumancia de Edipo, errancia de las sombras

Edipo, después de salvar el horror de la verdad, ciego, se dedica a explicar al mundo, el destino del hombre. Pretensión imposible. ¿Quién estará de acuerdo con él? Un ser maldito, un pervertido, ¿Confiable? ¿De qué verdad habla? No tiene validez más que para sí mismo, según el coro. El pueblo no tiene nada que ver en este asunto; es un asunto particular, privado.

Desde milenios, Edipo, vaga explicando cosas que nadie entiende. Antígona “la rebelde”, es la única que lo acompaña por amor al padre y, desarrolla las estrategias explicativas desde una “¿nueva Yocasta?”: el patriarcado. Para Antígona, la luz y sombra del drama de su familia sólo se mantiene por el amor trascendente: el amor que levanta los paradigmas de la separación de las diferencias y promueve la complementariedad de los contrarios, la unidad de las diferencias: el amor como una dialexis, es decir: una lógica de las relaciones y las estructuras.

En los templos en que se adoraba a Edipo, se le representaba como un educador de los adolescentes; como un Dios de la juventud. ¿Por qué los jóvenes, de la mano de Edipo, encontrarían la vía de sí mismos? Para los griegos no había otro camino.

Los jóvenes soñaban con encontrarse una Antígona comprensiva que ayudara a entender la parte oscura de Yocasta y evitar, así, el que se presentara después del drama de la existencia cuando sería demasiado tarde. La búsqueda de la vocación, del adolescente, situada en un espacio de esfinges y Yocastas, sólo Antígona podría colaborar en evitar el dolor y el sufrimiento y, como esta no puede llegar a tiempo, entonces, todas las mujeres del adolescente son burladas por ser “falsas Antígonas”, “Ariadnas”, instrumentos, y en el mejor de los casos un soporte en la conquista de la imagen reproducida al infinito del héroe, del dispuesto a sacrificarse por la virtualidad del espejo de sí mismo.

La ruta de los templos dedicados a Edipo, en Grecia, obedecían a una *agogé* catártica que aseguraba un cierto tipo de conciencia sobre los valores de la existencia para deshacer el absurdo del orden del mundo y que minaban la autorrealización del sujeto. Esta peregrinación hacia sí mismos establecía las veredas ocultas del inconsciente personal con el inconsciente colectivo de la polis y, en consecuencia, del ciudadano. Edipo era concebido como un rito de iniciación e inserción social.

La política, la economía, la cultura y la historia, son situaciones donde el sujeto griego se incorpora con mayor tranquilidad a los retos de la realización personal.

Job / Edipo, eje y articulación más no estructura

Los postes -Job/Edipo- (Meyer Fortes, 1974) de transmisión de la corriente de los procesos edípicos encuentran un conductor que le imprime una velocidad de integración mayor que el simple proceso de la cultura griega: la inducción del cristianismo en el helenismo y, de esta forma, nos encontramos con un sistema de sinergias en el que está atrapada nuestra versión occidental de hombre. Job, chivo expiatorio, víctima de Dios y solución de las subjetividades surgidas en el desierto, provenientes del Punjab indostánico, complementa la función del “lugar propiciatorio” para que Dios desplace a los dioses. Este desplazamiento, del politeísmo al monoteísmo, constituye la confirmación y certificación del movimiento, que no cesa, patriarcalista, y falocentrista de nuestra cultura. Hombres perversos, víctimas propiciatorias y mujeres invisibles, “madres nutricias, devoradoras, vestales, bombas sexuales, vírgenes, prostitutas...” (Skittecatte, 1995) forman un conjunto de anclajes para cubrir, con la manta de las lenguas occidentales, el espacio pervertido de la ceguera y el silencio incestuoso, como subsistemas de la existencia y los géneros, como constructos simbolistas y fundadores de la personalidad occidental.

Job hombre prominente y rico, rodeado de la amistad y de la comprensión de su mujer, se encuentra en su Arcadia disfrutando de una existencia plena de felicidad y reconocimientos; situación que lo hace susceptible a la acción de Dios, y lo somete al rigor de la prueba. ¿Por qué probar su fidelidad a Dios? ¿Qué pretende Dios probar de Job hacia su omnipotencia? ¿Inseguridad de Dios, su miedo a los “Dioses ancestrales”? ¿Miedo al retorno del politeísmo?

¿Quién es la víctima que sirva de ejemplo para evitar esta regresión subversiva? Job tiene que ser inocente para que Dios pueda mostrar el ejemplo de la verdad del hombre, es decir: hombre feliz, hombre inocente, objeto del castigo divino, semidestruido en su exterioridad pero conservada su filiación hacia la referencia fundamental de Dios; por tanto, se salva una vez demostrada la injusticia/justicia del modelo aplicado por Dios. “En la Biblia es la víctima quien tiene la última palabra, y esto influye sobre nosotros aunque no queramos rendir al libro santo el homenaje que le debemos” (Girard, 1989).

Una vez que Job es sometido al rigor del castigo: pierde sus riquezas y su salud, también pierde a sus amigos y a su mujer, quienes se convierten en instrumentos ciegos de la “ira” injusta de Dios.

Con los griegos esta instrumentación corresponde al “coro” y en Job, al “pueblo”. Las “masas”, como se diría ahora, linchan torpemente las posibilidades de defensa de Job. Su mujer es una voz que resuena en los oídos de Job, como la condena más alta del pueblo, pero esta es una voz hueca, ventrilocua; quien habla es “el pueblo” y, “el pueblo, es Dios”. Los amigos acicatean cada uno de los castigos infringidos por Dios al cuerpo y los bienes de Job que todo lo ha perdido... menos su fe. ¿Su fe en qué? ¿Qué es su fe: tontería, ceguera, locura? ¿Su fe en la promesa de que Dios es bueno? ¿Confirmará Dios que es el padre protector y dueño del alma de Job? ¿La esperanza de que los bienes podrán alguna vez retornar a la identidad del éxito, visión del pueblo como felicidad?

Job criminal, juzgado y castigado, consciente de su inocencia ve el mundo como trascendencia y no como la acción corrupta de la interpretación general, de la opinión, de la audiencia... Él está por encima de la visión mediática, cambiante, vulnerable, frágil, no sustentada en la materia, en la *physis*, sino en lo inmanente del espíritu; en la metafísica trascendental es donde se refugia la interioridad de Job y, de ésta, surge la seguridad de que se hará justicia y, el pueblo, en su veleidad, volverá a rodear de amor a la imagen de Job “héroe de todas las batallas”. Edipo camino, Job ejemplo-sendero. La relación entre estas estructuras funciona como paralaje en el que se han edificado los espejismos del falocentrismo de nuestra cultura; en síntesis: son dos epónimos que representan una continuidad asincrónica del *continuum* de la historia de los totalitarismos y revueltas subversivas o reivindicadoras.

La tradición que niega la revelación del “otro”, porque es “otra” y lo “mismo”, ¿es un malestar que recorre las rutas andadas por los sujetos que jalonean los parámetros de la cultura?

El recorrido de transmisión de los significantes-significados de la realidad edípico-jobsiana, funda la reproducción del imaginario que atrapa a la mujer como un vacío o una separación natural y simbólica de la realidad femenina, en tanto sujeto ausente.

Conclusión

El sujeto de la historia, es en realidad, el recorrido de los hombres perversos sobre una “ruta antigua” que no termina nunca de alcanzar la “*cit *”; observados por un Leviatán o por Dios; donde son constantemente masacrados y redimidos, en un proceso que Sísifo mantiene como esquema de promoción de la producción simbolista de los *agalmata* (Lacan, 1991) que hacen feliz al hombre y lo impelen a constituirse en familias, clanes, gens, tribus, clases, etc. y, de esta manera, definir sus sociedades y sus representaciones culturales.

La pregunta  qu  es el hombre? No es simétrica con él  qu  es la mujer?, no es un simple cambio de vocales sino una ontología distinta. No conocemos la voz de la mujer, sino el grito y, en consecuencia, recurrimos al imaginario sobre ella. El juego de espejos en la que atrapamos la realidad de las mujeres nos impide saber qué es la mujer, sin el referente masculino (por lo menos hasta ahora).

 Qu  es la mujer? el silencio, la discreción y, ocasionalmente, la transgresión. La experiencia de los límites masculinos, como otro espacio propio de la enseñanza de Antígona, señalan la  tica femenina del amor materno, capaz de atravesar los esquemas del deseo y la racionalidad; esto es, la ley que no abarca la profundidad de lo femenino. La transgresión de la ley es también un desplazamiento erótico como un espacio lúdico que la somete a los juegos del deseo masculino y vivido como una liberación fantasma, como mujer de segunda, recuperada y atávica. La función femenina en el sentido en que se ha presentado el liderazgo de las mujeres pese a su transversalidad y concertación no muestra una estructura del inconsciente propio, y s  mucho de la trampa-red de los emblemas deterministas de lo masculino. Mujeres a las cabezas de los gobiernos no son necesariamente una expresión de lo **femenino absoluto** sino de lo **relativo masculino**.

Ni Edipo, ni Job, serían nada sin las mujeres. La feminidad como el silencio, el vacío, la hiancia, el cero....la diferencia, la deconstrucción, el miedo, la “castración...”, es el referente que hace posible funcionar lo masculino y, en fin, el tormento de existir.

Referencias

Fraisse, G. (1992). *Laraison des femmes*, Paris, Plon.

Freud, S. (1985). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires. Amorrortu, 1985, vol. 7

Girard, R. (1989). *La ruta antigua de los hombres perversos*, Barcelona, Anagrama.

Lacan, J. (1991). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 20*, AÚn. Buenos Aires, Paidós, 1991

Leclerc, A. (1988). *Hommes et femmes*, Paris, Grasset, 1984

Marbeau-Cleirens, B. (1988). *Les meres imaginées*, Paris, Les Belles Lettres.

Meyer Fortes (1974). *Oedipe et Job dans les religions ouest-africaines*, Ed. J-P. Delarge.

Skittcatte, L.A. (2005). *Los silencios de Yocasta. Ensayo sobre el inconsciente femenino*, México, Siglo XXI.

Capítulo II

Epistemología de lo femenino

*Escribo porque yo,
un día, adolescente,
me incliné ante un espejo,
y no había nadie
Rosario Castellanos (1972).
Poema “Entrevista de prensa”*

Diseño del sujeto y perspectiva femenina

Presentación

Cuando se habla de lo femenino, es una referencia a un complejo de estructuras que definen la diversidad y la plurinomial que constituye la lógica de las conductas sociales de más de la mitad del género humano. No basta el abordaje que puede constituir una posición científica o técnica de la problemática implícita en esta forma de conceptualizar a la mujer; sin embargo, es un camino didáctico para establecer una parametría de los aspectos que pueden considerarse cruciales y que críticamente se pueden establecer procesos que aclaren y hagan, lo más fácilmente posible, el manejo de la complejidad en una visión de simplicidad de los objetos que se pueden construir, a partir de establecer los instrumentos que hagan posible una apreciación, lo más cerca de la operación de los constructos y las representaciones e imágenes en las que se puede realizar una apropiación y difundir las adquisiciones teóricas o metodológicas que esta tarea puede ofrecer al quehacer académico. En este tramo del texto, se reflexiona sobre el sujeto como “un diseño” y se asocia con el montaje de la representación, o escenografía, en que la mujer desplaza su cuerpo y define los valores de su identidad, por lo que una teoría del valor y de la identidad pasan por el reconocimiento que enmarca la actividad, cotidiana y trascendente, que como sujeto practica y, en este caso, se ejemplifica con un sector importante de la productividad de valores sociales en la docencia; así mismo se incursiona en los formatos en los que el valor y la identidad son administradas desde una teoría de la gestión, que involucra permanentemente el hacer con el ser del sujeto; es decir, la productividad ontológicamente considerada, y el procedimiento operativo que lo permite.

Introducción

Las teorías sobre el sujeto (Foucault, 2005), en general son relativamente recientes; fue cuando se presentó la necesidad de definir las categorías en las cuales trabajar la ciudadanía a través de los procesos educativos, por la problemática de las democracias, especialmente por la terminación de la guerra fría; entonces, había que profundizar en todos los sistemas de la organización de la conciencia personal, frente a una conciencia cívica e histórica.

Los filósofos encontraron desafíos para poder abordar, desde la declinación de la modernidad, cómo hacer planteamientos que pudieran establecer las plataformas epistemológicas; de hecho, sería un nuevo sujeto cuyas referencias se habían modificado y se encontraba en otro nuevo espacio general por el que había que transitar, por lo menos en las primeras décadas.

¿Cuáles serían las definiciones del modelo en el cual basarse para la proyección de categorías que fueran conformando las estructuras de integración de este nuevo sujeto?, en dónde se incorporarán no sólo la crítica a la modernidad, sino a la apropiación de las nuevas corrientes que le dan sustentabilidad a los planteamientos de constructos necesarios para una nueva arquitectura del saber y la conciencia de los nuevos ciudadanos. La otra cuestión fundamental era ¿qué hacer con la mujer? Si era “invisible” y estaba encajonada en compendios transparentes y limitados ¿cómo podríamos inscribirla en este largo proceso de construcción de las nuevas subjetividades? En principio, a las feministas no les quedó otra opción que seguir en paralelo las investigaciones, y apropiarse de algunas adquisiciones de la investigación masculina, adaptándolas a cuestiones no tocadas y reinventando nuevas problemáticas específicas de la mujer; esta situación contrajo compromisos que terminaron frenando la búsqueda de “ideas propias” y nos lleva a replantearnos (en la segunda década del siglo XXI) qué hacer con esos intentos de definir *los modelos del sujeto femenino autónomo* a las doctrinas sobre el sujeto masculino.

El propósito de trabajar sobre la importancia del tema de la mujer como una entidad integrada, o en vías de integración, al mundo en general, que implica visibilizarlo y que corresponde más bien a la política, a la igualdad, a la equidad, a la inclusión, la tolerancia, el reconocimiento de derechos, a la educación básica y profesional; pero sigue siendo prioritario el establecer una teoría completa sobre la subjetividad específica de la mujer. En los últimos Congresos sobre estos temas, la parte dedicada a la “epistemología”, es muy reducida y poco discutida, en parte, porque se repiten los errores de las investigaciones sobre masculinidades; tal vez, lo que podemos por ahora destacar, es sobre problemas de identidad; sin embargo, nuestras propuestas van por otra vía y creemos que pueden ser más rica en cuanto a conceptualizaciones y, eventualmente, enderezar el debate sobre una teoría general de la subjetividad femenina.

La máscara vacía de la identidad

La mujer cuando nace se encuentra ante un proceso de simbolización que la convierte en un producto réplica dentro de los canales de las relaciones sociales que constituyen las diferencias de género, y funda sus referencias frente a lo masculino, como de sí misma, y como “otra” (Gauntlett, 2002). El dimensionamiento de las etapas de desarrollo de los procesos de paralelismo-disyunción en que se teje el imaginario femenino, a través del acto ríjoso del espejo en el cual permanentemente se mira como otra, pero es ella misma.

La distorsión que acompaña el diálogo entre el ser y la imagen del ser que es la mujer, permanece por largo tiempo como el hilo conductor de la genealogía de su identidad; proyecta la máscara de un rostro que se vuelve “máscara” del otro, y así sucesivamente, hasta definir una colección de formas en las que va definiendo el tránsito de los imaginarios a la realidades de la cotidianidad.

Uno de los problemas en que la mujer recurre a las fugas de identidad es cuando se pregunta ¿quién soy yo?, y esto le permite imposter cualquier identidad que responda mejor a sus deseos. Este proceso que va haciendo complejo el manejo del imaginario, requiere de una legitimidad para poder realizar las operaciones de presentación y sustitución rostro-imagen-máscara por lo que recurre, de nuevo al soporte masculino, que proviene de las reglas que la masculinidad ha planteado históricamente y ha ido entrapando al “monstruo-sombra” que aterroriza al hombre, es decir, la mujer enigma, esfinge, serpiente o medusa. Bajo estas condiciones se plantean las relaciones entre géneros de la que resulta una dialéxis de las relaciones en la cual la esfinge mantiene su aurea de virtualidad fantasmagórica, como la fuerza de atracción a través del deseo o la pasión y el encono de la transgresión de la normalidad impuesta por la trama normativa de la masculinidad. El sujeto masculino se entrapa asimismo en tratar de ver una sola mujer a través de los pedazos que encuentra de todas las mujeres en su ruta hacia su propia integración e identidad. El atractor de “la mujer ideal” y el despeñadero que lo conducen a su perdición, escenifica el drama de la representación simbólica del sujeto masculino.

La profundidad del espejo

Como habíamos señalado anteriormente, los juegos de transparencia y reflejo en los que delimita las maniobras del ejercicio del poder de la mujer, representan una etapa muy importante en la formación del sujeto femenino, desde el momento en que se hace ver no como totalidad, (Lacan, 1966), sino como parcialidad, de acuerdo a la estrategia del deseo que puede provocar en el sujeto masculino; la cartografía de las estrategias posibles entre la subjetividad femenina y la subjetividad masculina construyen un entarimado de propuestas de las cuales podemos oír el susurro de sus pasos de un encuentro y desencuentro permanente más como un pasillo que encubre las estrategias de la seducción, la entrega, la ruptura y es decepción en los intercambios, no sólo de las emociones, donde parece una inteligencia particular o el arte de la convivencia; es, una cartografía de las diferentes rutas por las que se transita en esta poderosa búsqueda de sí mismo, desde el que podemos dibujar los múltiples retornos, y avances, en los que diseñamos nuestra disformidad y alteralidad, bajo los imperativos de sí mismo y que arrastramos la vía implícita de sí mismas. Sin embargo, la particularidad de la feminidad hace una estructura diferente en que hay una egología concreta, hecha de la disforia del ir y venir entre lo profundo del espejo hacia la superficie, como en un lago interior en el que no es posible introducir la mano porque se trata de una superficie plana que refleja la imagen distorsionada de sí misma.

Distorsión que mantiene las relaciones masculino-femeninas en un estatus de poder en que los procesos de dominación entre una y otra subjetividad no se aceptan como “viabiles” para la definición de la individualidad, puesto que se trata de mecanismos de simbolización en los que los signos forzosamente deben revelar una condición diferente, pero complementaria, a una individuación y que resulta del sincretismo, o de la separación, de diferentes perspectivas; lo que ocasiona el vaciamiento de identidad por largos lapsos en los que se desplaza la imagen que tiene de sí misma la mujer y en la que adopta una progresiva personalidad en la que no se ve a sí misma, sino al “otro sujeto masculino”; de esta contradicción surgen la diversidad que conforman las “diferentes mujeres” que modelizan los perfiles de una generación o de un grupo de consideraciones modales como el espacio donde se trabaja el perfil simbólico de la cultura personal.

Cuando señalamos la subjetividad nos referimos a esta religión interior en la que se estructuran no tanto los saberes como las creencias, que pueden formar sistemas teóricos que vamos definiendo dentro de certezas transitorias que definen nuestra verdad interior que asimismo edifica no sólo con las propuestas o desafíos-retos-soluciones-experiencias-resultados... en donde la versión del “trauma” es importante como el basamento de una semántica delineada por mitologías, verdades a medias, buenos deseos, políticas correctas, etc. La administración de los flujos del conjunto de significaciones lo podemos asumir como los rasgos de una personalidad o la colección de máscaras de las que dispone el sujeto, como la expresividad ante el mundo y como sistema receptivo de los demás sujetos. Los algoritmos que se van estableciendo y diseñando de acuerdo a las interrelaciones de “la sujeto” con sus referentes masculinos en las interacciones, como actores del mismo espacio, plantean una generación de asimetrías y contextos comunes con diferentes resultados; como estereotipos o arquetipos que van sembrando los subsistemas de creencias, idiosincrasias o interpretaciones, que integran una personalidad; aquí lo importante es visualizar que lo que llamamos subjetividad femenina, es fundamentalmente la asimetría que, con su referente, forma una unidad semiótica, en la que actúan como si fueran una sola entidad pero que, en su accionar, representan dos individualidades que se atraen y se repelen constantemente. La operación de vaciamiento es una transferencia hacia el otro masculino para asumirlo bajo condiciones de negación, y a partir de esta contradicción, construir la dialéctica de considerarse “ella” como “él” y, desde ahí, mediante disforias, tanto semánticas como certezas complejas, forma el aparato de los montajes, generalmente como paradojas de la personalidad y las representaciones.

Las máscaras de la invisibilidad

Conforme la mujer crece va aprendiendo, mediante las traumatologías en las que va colocando las piezas del rompecabezas de su identidad; va aprendiendo el mejor manejo de los desafíos que le arroja la virtualidad de su espejo personal, constituyendo la manipulación cotidiana de sus máscaras dentro de la escenografía en la que trabaja.

Por un montaje de estructuras que le permiten ser un experta del ocultamiento y de la invisibilidad del género, como de la proyección de las categorías valorativas que hacen una ética personal productiva, y un programa individual de la felicidad. En la manipulación de la máscara está “el truco” que motoriza las líneas básicas que conforman la red donde es posible el desenvolvimiento del manto que ha tejido el sistema patriarcal entorno a la invisibilidad de la tragedia de la feminidad, donde el confort desmotiva los actos de rebelión y liberación de las ataduras de lo que sería un destino ligado al género, sujeción que limita el crecimiento de la mujer como ser humano, y que enmarcan las luchas que tienen los grupos avanzados de la conciencia femenina.

Para los efectos de una conciencia femenina, se traspasan los elementos de una conciencia histórica y se revierte la necesidad de analizarse a sí misma, antes o al mismo tiempo, de propugnar los cambios sociales que cambiarán su perspectiva y, de esta manera, paliar las desventuras de la ruta trágica de la identidad frente a la invisibilidad.

Si nos mantenemos en la línea clásica de la filosofía antigua diríamos que el manejo de las máscaras son las mujeres que le han enseñado a Edipo cómo ser él mismo, pero ante eso, a la mujer antigua, le quedaba solamente el silencio; pero a la mujer posmoderna le queda la voz y el grito de la reclamación, la rebelión y el empoderamiento; sin embargo, esto que pudiera ser transparente, se vuelve opacidad cuando se simula el silencio que puede ser, al mismo tiempo, una estrategia virtuosa, o una trampa, que hacen nugatoria toda rebelión; de ahí que la máscara puede no cubrir un rostro sino representar un vacío insondable de la constitución estructural de la personalidad femenina. No basta que la conciencia femenina se traduzca en una serie de enigmas de las que nadie tiene la llave de su decodificación, sino que es necesario que se muestre la habilidad en el teatro de las representaciones, y establecer el diálogo en la anagnórisis en la que la conciencia refleja su valor y la función más importante para el establecimiento de plataformas que trasladen los valores de la simulación que invisibilizan a la mujer hacia la simplificación de las representaciones de sí misma, como realidad y como sujeto.

El control que va marcando y delimitando las diferentes fases del desarrollo de la personalidad femenina es un alto que, periódicamente, somete a una evaluación las experiencias con el ideal que es dibujado por la intencionalidad masculina, y el trauma va indicando los diferentes niveles y estratificaciones que el deseo personal se conforma con el modelo y, de la suma dinámica de las vivencias, las que van recubriendo de piel el rostro falso de la identidad. Necesariamente, el transitar por una traumatología que colecciona los momentos más importantes de la formación interior, trae consigo una disponibilidad del tiempo, que no permite mirarse a sí misma y es, en este momento, donde el imperio de la invisibilidad domina el espacio de las decisiones y la voluntad para transformarse en sujeto.

Lo uno, lo otro y sí misma

Es relevante mencionar que la identidad tiende a definir una individualidad, que en el caso de la mujer, resulta complejo construir una entidad que al mismo tiempo individualice las condiciones del sujeto porque a partir de que no hay un control fehaciente, independiente y que abarque todos los elementos de la individualidad, permite las fugas de la realidad hacia utopías que no representan una viabilidad para una construcción sólida de sí mismas; entonces, no se puede identificar una unidad en cada una de las mujeres y sólo se ve una línea de referencia en la modalidad o en el comportamiento colectivo (Rhode, 1990). Para poder integrar todos los elementos que pueden conformar “el uno” se requiere recorrer diversas instancias que el trauma permite conectar la vivencia con la experiencia teórica o la reflexión sobre los contenidos que pueden ser susceptibles de conectividad y definición tanto interior como exterior de la fenomenología interna entre instancias; esto es, ir pavimentando el camino que los pasos del impulso vital va dibujando en la ruta de vida de cada sujeto y es posible aplanarlo en un discurso lineal y comprensible. El relato que puede explicar este sendero pavimentado es, en parte, la máscara y, en parte, el rostro del “uno”, identificado desde el cual se puede establecer la comunicación con “el otro”. La identidad es la figura retórica comunicable entre el “uno” y el “otro”, por lo que identidad y unicidad van juntas, pero dentro de una estructura retórica que asimila una configuración y, otra, es lenguaje construyéndose y, en acción, es dinámica y estabilidad, como una constante evolución y revolución de las formas que comunican al “uno” con el “otro”.

La progresión en la que encierra la mujer su identidad de “uno” con el “otro”, determinan su rango existencial desde donde establece su mirador y el horizonte de sus interrelaciones sociales, las mismas que la entranpan en el modelo masculino del sistema patriarcal y, en consecuencia, su proceso *kenótico* de jugar con la mascarada siendo mujer, y adopta las acciones masculinas que deforman e instalan de nuevo el “sí misma”. ¿Qué ocurre con la sexualidad mientras transcurre la mascarada de “sí misma”? En la mujer contemporánea podemos observar, en la constitución de sí misma, un manejo de las representaciones de la sexualidad bajo un plano de mejor comprensión de la influencia que tiene su sexualidad en la conciencia y, por lo consecuente, las problemáticas que van desde una erótica a la maternidad, que es un espacio más amplio que se le da al disfrute del cuerpo y no a la responsabilidad de la reproducción, lo que plantea una gestión más equitativa entre el accionar del cuerpo y su representatividad en la conciencia femenina. Es conveniente señalar que hay una combinación entre la estructura del “yo del sí misma”, y la estructura del “otro”, y esta combinación estructural, forma una arquitectura permanente que sustenta la escenografía donde se representan los dramas de la cotidianidad, como contenidos trágicos de la personalidad y definen el campo de acción particular de la mujer con los fantasmas de un proceso de vaciamiento y complitud de cada instancia que va definiendo paulatinamente las acciones, tanto ofensivas como defensivas, de la integralidad interior.

Gestión del sujeto femenino y codependencia

La existencia de la mujer constituye un paralelismo asimétrico, lo que la correspondencia no necesariamente arroja una figura geométrica fácil de establecer las relaciones del intercambio de valores o categorías que son asimilables a la formación de la-sujeto; esto es, hay una administración de los recursos disponibles como el cuerpo, las habilidades intelectuales y emocionales que arman y desarman los imperativos de una prognosis establecida por un sistema patriarcal aplicable en la vida cotidiana a través de las instituciones sociales y que es un techo que pesa sobre el desarrollo de la personalidad (Goldner, V. 1991); lo que quiere decir que la gestionalidad de las categorías se conjuntan mediante la presión ejercida de una manera permanente contra un proceso de integración libre, y deforman la conducta hacia derroteros que le llevan, a cada mujer, gran parte de su vida. Establecer un modelo decisional acorde a las características del modelo masculino implica una codependencia del modelo femenino hacia la dialéctica del modelo masculino, en parte, porque al marchar en paralelo los tropiezos de cada uno de ellos, se pierden o se acercan, hacia el referente de cada modelo y, ésta relación, se vuelve asincronía o asimetría cuando se revierten los procesos críticos que la dominación de uno por el otro, y configuran la esfera de las relaciones de sujeto.

Es conveniente indicar que para establecer una gestión sana de las categorías femeninas es necesario mencionar que la praxeología que hace operar el apego o el desprendimiento del referente, el sujeto mujer, hace una doble acción de seguimiento del modelo masculino, marcando las diferencias aún cuando el referente puede ser el mismo, como una acción auditora de las operaciones que pueden derivarse del trabajo o del esfuerzo que realiza la mujer, existencialmente, para diseñarse la imagen necesaria con la cual se identifica como totalidad y como diferencia.

Dentro de una gestión insana; es decir, cuando no es una gestión “para ser” sino “para parecer”, entonces, el procedimiento del modelo se basa solamente en las máscaras y no en el juego del simulacro de las mascaradas que se vio arriba, sino se instala un simulacro total, donde el sujeto no puede ser “sí mismo” sino “otro como sí mismo”; con esto, se quiere decir que puede surgir un ámbito que puede corresponder a una patología y, en consecuencia, se cae en el terreno puramente médico.

En el montaje de la escenografía en la que se articulan todas las fantasmagorías de la personalidad, se establecen retículas en las que permanecen atrapadas la vergüenza y la culpa primarias, establecidas por la cultura, y constituyen un marco referencial para la incorporación de los ligamentos entre cuerpo-sexualidad y civilización; a veces son verdaderos crímenes o pecados que jalonean las virtudes éticas, reconocidas como el carácter o las manías de la conducta o la perversidad, en crímenes perpetrados contra aquello y a quienes intervienen como personajes reales-imaginarios en el espacio escénico de la verdad femenina, y se convierte en fortaleza de las imposturas y del síntoma; es decir, la mudez o la proclama de una forma de ser, como el carácter o el *pathos*.

Referencias

Castellanos, Rosario (1971). "Entrevista de prensa" Ensayo *Buscándose a sí mismas: cuatro personajes femeninos ante el espejo* Disponible en: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/.../buscand.html> de E. González-Muntaner - 2007

Foucault, Michel. (2005). *La hermeneútica del sujeto*. Ed. Akazl, Madrid.

Gauntlett, David. (2002). *Media, Gender and identity*. London. Routledge.

Goldner, Virginia (1991). Género irónico-sexo auténtico. *Revista Clínica e Investigación Relacional* vol.3 (3) octubre 2009; pp 619-637. Localizado en 25 de enero 2015. Disponible en: [http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen3\(3\)Octubre2009.aspx](http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen3(3)Octubre2009.aspx)

Lacan, Jacques. (1966). *Le stade du miroir comme formateur de la fonction du je; telle qu'elle nous se révèle dans l'expérience psychanalytique*, en *Écrits*, Seuil.

Rhode, Deborah. (1990). (ed) *Theoretical Perspectives on Sexual Difference*. New Haven; CT: Yale University Press.

Gestión del valor e identidad de la mujer mexicana

Presentación

Los procesos de agencia y resistencia de la mujer mexicana se dan dentro de una cultura de la colonialidad que configuran un modelo centro-europeo-norteamericano; pero las nuevas condiciones de la globalización planetaria hacen que se generen perfiles que rebasan esta primera clasificación por lo que hablamos de una “cuarta mujer”, después de Lipovetsky (1997), que responde a las categorías de contemporaneidad, y en tránsito de construcción. La cuarta mujer en tanto sujeto sostiene posiciones de liderazgo que van más allá de la división del trabajo y sí establece soportes de sus propuestas de vida como un sistema decisional dentro y fuera de la pareja. Aparentemente la cuarta mujer encuentra un campo propicio para sortear las desigualdades.

Las desigualdades de la cuarta mujer están delineadas por tres estructuras que obedecen a la educación, productividad y empoderamiento que configuran un perfil estándar del comportamiento social contemporáneo; el ir sorteando las diferentes construcciones de esos tres sistemas la hacen una mujer flexible, educada, ocupada económicamente y con pretensiones de empoderamiento en base al éxito profesional. Es capaz de regresar a valores como la maternidad, pero busca embarazarse sin requerir de la presencia permanente del hombre; es una “mujer emancipada”, “dueña de sí misma y de la situación”; sin embargo, las condiciones de resistencia a los peligros de regresar a la tercera mujer hacen, que los valores, se transformen en negociaciones con la pareja. En este proceso ¿dónde queda la masculinidad? La masculinidad que funciona con la cuarta mujer es una que ha abandonado el disfrute del poder total o del goce de la dominación. Este texto profundiza el análisis sobre la influencia de la globalidad en el *estatus* de la mujer mexicana contemporánea, y de los pormenores e implicaciones que tiene la lucha por edificar el sujeto femenino.

Introducción

La evolución de las luchas feministas a partir de los 70's, ha ido planteando diferentes frentes que han culminado, en la posmodernidad, como antecedentes de un ciclo amplísimo de perspectivas. Atrás quedó la inventiva por los derechos de la mujer y, ahora, se administra el acceso y dominio de posiciones políticas y administrativas de los estados y de las instituciones sociales. La mujer mexicana, de clase media, que es la que ha participado con mayor presencia en todos estos años, se ve con características que no concuerdan con los modelos eurocentristas y de América del Norte, pero comparte algunos elementos y mecanismos en común con ellos; el resto de la población femenina de México (indígena, rural, y ciertos sectores urbanos) espera de una manera desigual, que sus contemporáneas de clase media desborden sus conquistas para integrarse, más tarde, a los niveles alcanzados en mejoras sociales.

La organización de frentes definen líneas de acción que se complementan y que aprovechan las oportunidades que la sociedad mexicana, a través del desarrollo por la democracia y la integración de la mujer al aparato productivo nacional, le permiten a ésta ir acumulando no sólo el reconocimiento de derechos sino el poder real, especialmente a través de la educación, de tal forma que en los últimos años, aprovechando el cambio democrático del año 2000, las mujeres representan mayoría en la enseñanza superior; esto es, que ha mayor democratización de la sociedad, mayor feminización de la educación superior nacional. ¿Pero qué sucede al interior de estas cifras y cuáles son los nuevos mecanismos en los que las mujeres se encuentran incorporadas a los procesos de transición democrática y cuáles son los retos que delimitan su acción política?. Las clases medias mexicanas han sido el soporte de los desarrollos económicos, políticos y sociales del país (de los 50's a la fecha) en los que siempre han estado en la cresta de la gloria y del infierno cuando hay procesos de buenos ingresos con crisis profundas, prácticamente en forma continua.

A finales del siglo XX Naciones Unidas lanzó la propuesta para enderezar un programa de metas a mediano y largo plazo que llamó Objetivos del Milenio, donde se destaca que la *equidad* y la *igualdad de género* es el objetivo fundamental exigible a los gobiernos de América Latina para ir aterrizando los derechos de las mujeres y del cual se desprenderían una serie de metas concretas, medibles, en las que se irían acumulando los resultados de las medidas adoptadas por los gobiernos. A la fecha se notan los avances significativos en lo que se ha dado en llamar *el empoderamiento de las mujeres* de clase media y, en menor medida, para mujeres de origen rural o de marginación social.

Asimismo, estas conquistas se han convertido en un nuevo velo de invisibilidad, de contradicciones, desviaciones y manipulación de las fuerzas de las mujeres; de tal manera que podríamos señalar que estas conquistas pertenecen a un tipo de manipulación de las banderas de los movimientos de cambio social real por lo que han luchado las mexicanas. La selección de candidatas, dentro de los partidos, se hace bajo la consigna de las de mayor filiación tradicional y las contestatarias o feministas con un perfil más militante y que comparten sólo algunas de las estructuras de los partidos, son segregadas de los mecanismos del poder en México. Lo vemos en el número de mujeres y los perfiles biográficos que demuestran que escritoras, artistas, periodistas profesionales con una imagen pública reconocida como feministas, no aparecen en ninguna posición promovidos por los mecanismos de poder de los partidos; bastaría referirse al fenómeno de las “juanitas” para entender el esquema de “equidad de género” entendido por los partidos tradicionales.

Desde los años 70's a través del diseño de políticas públicas por ir incorporando los compromisos con Naciones Unidas, los gobiernos locales de América Latina, fueron implementando medidas que se han transformado en instituciones que para 2014.

Forman una red estructurada entorno a sistemas de dominación que, en nuestros términos, han naturalizado el empoderamiento de las mujeres dentro de los cauces que han marcado los gobiernos conservadores y liberales que se han sucedido desde los años 70's de las mujeres pobres.

Encerradas en atavismos de la cultura tradicional patriarcalista, les ha resultado muy difícil, y complicado, poder romper los ritos de su sometimiento, sólo en contadas ocasiones han surgido liderazgos que se han ahogado en el proceso de naturalización. ¿Tendríamos que esperar a que Naciones Unidas revise estructuralmente sus políticas para hacer que se muevan las medidas de desarrollo de nuevos liderazgos feministas que rompan con el marasmo de la naturalización? Justamente en este trabajo exploramos algunas de las líneas de investigación de este nuevo velo que se ha tendido sobre las mujeres; velo que se extiende a través de la gestión de medidas portadoras de valores que, en cada presente, se ofrecen a la lucha de los liderazgos actuales.

Perfil de la mujer mexicana

En México, al 2010, había 53.2 millones de mujeres, de las cuales 40.5 millones trabajaban, lo que representa el 73% (INEGI, 2010); éstas realizaban algún tipo de trabajo junto con las labores domésticas. De la población que trabaja 1.3 millones cuentan con educación superior y un 4% había recibido educación técnica para el trabajo, lo que significa que solamente el 5.3% podía tener la posibilidad de acceder a un trabajo profesional con mejores salarios y prestaciones, contra 94.7% que se desenvuelve en tareas de poca escolaridad, baja remuneración y, casi siempre, sin prestaciones.

La gestoría de sí mismas. La mujer en el siglo XXI

Cada generación va construyendo un perfil y fundando una trayectoria en base a las utopías o ideales que socialmente van emergiendo como intereses y representaciones válidos para conjuntos de personas que van incorporándose paulatinamente a referencias que postulan plataformas ideológicas o mecanismos de realización personal; la mujer mexicana contemporánea, entre 25 y 35 años de edad que trabaja, es la que se ubica en la “cuarta mujer” y a la que nos referimos en este apartado, que es la que marca la diferencia sobre otros grupos que ya están, de alguna manera, estudiados; y esta cuarta mujer, es inédita. La estructura de valores nos ofrece la oportunidad de establecer un esquema en el análisis para tratar de entender las motivaciones de la voluntad de la mujer mexicana en la etapa más productiva socialmente considerada.

Los valores y su integración

La libertad

Este es un valor considerado como esencial y base de los demás valores. El concepto que se maneja de libertad es el que abarca todos los niveles de autonomía posible y la no injerencia de las autoridades familiares en su formación y desempeño laboral. Este grupo se formó a través de las instituciones educativas del país, desde todas las perspectivas económicas y comparten niveles de enseñanza superior importantes; son las beneficiarias de los procesos de normalización de los derechos de la mujer y promotoras de una gestoría diferente a los grupos de la “tercera mujer”.

Este grupo se ha formado en la idea de que no tiene por qué aceptar alguna imposición en su forma de vestir, de divertirse, pensar, actuar y creer; se maneja como una mujer con plenos derechos desde la infancia; su crecimiento estuvo mediado por *derechos* como los humanos, de la mujer, y a una vida sin violencia.

Con instituciones defensoras a nivel global y dentro de un marco jurídico consolidado que promueve los diversos niveles de autonomía individual dentro de la familia y apenas ha estado experimentando en el mercado laboral, los diferentes estratos en la que estos derechos empiezan a tener operación.

La dignidad y la identidad

Las mujeres dentro del mercado laboral encuentran su realización a todos sus ideales y utopías, cuando entran a un proceso de ajustes entre sus propósitos y la realidad, que ofrecen las economías locales, regionales, nacionales e internacionales. En esta dinámica de ajustes tienen que desplegar, o se ven compelidas, a administrar otros valores para poder mantener niveles aceptables de libertad, y dentro de estos valores está la dignidad que se asocia al concepto de *límites*, en los que pueden hacer, o no, concesiones a sus niveles personales de libertad. ¿Cuál es el ejercicio que permite maniobrar los contenidos de la dignidad que, como sabemos, es la que permite establecer la identidad? Para efectos prácticos se reduce a *un convenio*, acuerdo de voluntades e intercambio de intereses que son los que marcan las barreras y las dimensiones que el consenso de intereses permiten en cada circunstancia. Es una negociación permanente, constante y diversa con la pareja, con el patrón, con los compañeros, con la familia y consigo misma, de ahí que sea un valor expansivo, es decir, se adapta o se amolda a las circunstancias dentro de límites de elasticidad.

La salvaguarda de la seguridad y la capacidad de planear

Esta mujer nacida bajo el signo de las crisis económicas, financieras, políticas y sociales tanto nacionales como internacionales de los años 1976, 1982, 1986, 1987, 1989, 1994, 1995, 2000 y 2008 (Cortés, 2010) la hacen de una piel sensible a la incertidumbre (Morín, 1999), de ahí que se plantean en contraposición una vida dentro de parámetros de certeza; es decir, tienen una necesidad existencial de poder planear un futuro, por lo menos a mediano plazo.

Lo que las convierte en mujeres muy pegadas a la tierra, pudiendo ser una limitante en sus personalidades; sin embargo, en esta generación se ha vuelto un disparador más para la inconformidad permanente.

Es importante considerar que la “segunda mujer” se preocupaba por asegurar una vejez gloriosa para sus padres, “la cuarta mujer” no se preocupa en eso en lo más mínimo; en parte porque sus padres son todavía jóvenes y el espectro de una vejez lastimosa todavía no existe, aunado a que éstos ya cuentan con seguridad social.

Las relaciones de pareja

Para las tres primeras mujeres, las relaciones de pareja fueron fundamentales en sus vidas, para “la cuarta mujer”, éstas no necesariamente terminan en matrimonio, de ahí la presencia de modalidades de parejas, que no son matrimonios formales: unión libre, cíclica, eventual, amigos con derechos, amigos de única vez, etc.; no crean compromisos de mediano y largo plazo, y rechazan la formalización de sus relaciones.

La relación con “el otro”, es una **relación de distancia** que en las otras mujeres era de cercanía, de necesidad, de complementariedad y, en la relación con “la otra”, es de competitividad, de fuerza, y de poder; la sororidad quedó atrás, no es un planteamiento de política correcta y, en su lugar, se ha edificado una estructura cuyos elementos están cimentados en el egoísmo estratégico: “no puedo interesarme en mi hermana, cualquiera que esta sea, sin antes haber resuelto yo misma mi problema y, a partir de este momento, estoy en competencia para alcanzar mis metas lo antes posible, al menor costo”. Esta estructura delinea con precisión la personalidad típica de la “cuarta mujer”; que el “yo” es muy similar en muchos aspectos al “yo” masculino tradicional que no responde a nadie ni a nada; pero hay una diferencia fundamental que consiste en que rechaza, cuando logra los primeros niveles de empoderamiento, los rasgos de masculinización de su yo, presentando una feminidad distinta a la masculinización de la tercera mujer; esto se manifiesta como respeto a sí misma, a los demás, y de los demás; se vuelve una exigencia el ser reconocida.

En este esquema se diferencia de los “dinkis” y de “la mujer alfa”; la cuarta mujer son grupos no interpretados por la mercadotecnia; son tan libertarias que cambian radicalmente y de manera frecuente sus modalidades de consumo; sin embargo, es una población que puede asumir, a la distancia, ciertos parecidos y coincidencias, pero no claudica en su visión de largo plazo, de independencia y libertad.

La alteración en los protocolos de las etapas de las relaciones de pareja

Esta generación ha perdido el esquema que guiaba en forma mecánica, las maneras de relacionarse, desde la búsqueda del “otro”, o la “otra”, hasta su culminación y en los diversos pasos que normalmente **había que dar** como “los cuatrocientos golpes” que había que recibir.

Los primeros contactos son en forma directa, en la mayoría de los casos, sin ningún preámbulo; la iniciativa hoy es más femenina, el hombre se reserva, pero más por temor al rechazo y, la frecuencia de relaciones, puede ir desde lo fortuito hasta la convivencia permanente; de estos eventos o citas frecuentes no parte ningún derecho adquirido para alguno o para los dos. Establecen una plataforma de relaciones donde el compromiso generalmente está ausente y, a veces, queda como un ideal “suspendido en el aire”. Cuando aparecen los hijos, se establece un cambio que afirma las características fundamentales de los valores que habían hecho una forma de ser de esta generación. En primer término, un pequeño grupo, regresa a la condición de “tercera mujer” pero la gran mayoría, lo ve como un elemento de afirmación del modelo (libertad, no sumisión, no dependencia, realización personal, dignidad, etc.). Una vez asumido con mayor fuerza el modelo, estas mujeres, dan la impresión que entran a una etapa de consolidación de sus valores personales. Tener hijos, que no dependan de un padre, se vuelve un orgullo; deja de ser un estigma, como lo fue a las tres mujeres que le antecedieron.

Los lazos de amor son respetados, pero no asumidos. El amor es un fantasma que ronda las relaciones pragmáticas que, en muchas situaciones, es sustituida por “objetos suplentes”: mascotas, consumismo, redes sociales, culto a la belleza (hábitos corporales, metrosexualidad, físicoculturismo, cirugía estética, entre otros); son relaciones interesadas en las que se sustenta la honestidad y la comunicación; honestidad es igualdad a un mundo sin mentiras, como exigencia primaria, donde no hay cabida para o el engaño.

Cualquier interferencia con este sentido de honestidad y comunicación, no hay “perdón ni olvido”, es motivo de ruptura. La recurrencia a sistemas restauradores es materia de elaboración de profesionales y se rechaza los consejos familiares o a las supersticiones.

Capacidad de reinventarse

La “cuarta mujer” ha desarrollado la inteligencia emocional, ha llevado cursos de asertividad, PNL, liderazgo, etc., o, en otras palabras, es una profesional de saberse resiliante (Rutter, 1987; Grotberg, 1998). Otras generaciones de mujeres eran cautivas de las ciudadelas masculinas (Lipovetsky, 1999), en las que se encerraban bajo estereotipos, a veces flexibles, a veces constrictivos, en los que intercambiaban los lenguajes y se sobrellevaba una cierta esclavitud bajo patrones éticos promovidos desde fuera de la intencionalidad femenina. La “cuarta mujer” no tiene necesidad de luchar contra las nuevas masculinidades, simplemente se reinventa plásticamente, bajo patrones de superación de los propios paradigmas masculinos. Las tácticas más comunes en el proceso de reinventarse a sí mismas está en un penelopismo (Cortázar, 2013), que se ejerce desde la adaptabilidad a condiciones favorecedoras y el dismantelamiento de aquellas que son desfavorables. En este camino no siguen la estrategia de Buttler (2006), en *deshacer el género*, sino lo construyen al mismo tiempo que lo deshacen y plantean una forma de vida que no va contra ciertas bases fundadoras de la diferencia sexual.

El solipsismo parece un recurso moral que funda una ética personalista, como resguardo de los valores operativos de su individualidad sobre los que puede reinventarse o restaurarse de los efectos de la confrontación cotidiana y edificar las instituciones sociales que las haga circular con naturalidad.

La política feminista no es una lucha central para “la cuarta mujer”; esta generación no es militante, no le interesa ningún tipo de militancia. Respecto de los feminismos saben guardar distancia, sin compromiso; ante propuestas concretas de grupos feministas corresponden de una manera tibia o de franco rechazo; son mujeres muy bien informadas y participan en congresos feministas, pero el compromiso político no es su máxima virtud; su quehacer político está en otro lado: en la práctica de aprovechar las oportunidades y ventajas de las estructuras actuales productos de la normalización que promueven las instituciones que defienden oficialmente los derechos de la mujer.

El ocio y la cuarta mujer

Como se ha venido mencionando, las mujeres de esta generación están preocupadas en qué ocupan su tiempo libre, y esto es, una presión en viajes nacionales e internacionales en los cuales visitan lugares de alto interés cultural y deportivo, cultivan el gusto por deportes extremos y de aventura, así también aprovechan este tiempo para socializar, visitar restaurantes, bares, cafés, etc. Se puede afirmar que dentro de los esquemas de control y prudencia, la relación con el ocio y los valores, están enmarcados dentro de lo posible y lo que permite una elasticidad presupuestaria normal. Son muy cuidadosas de no rebasar sus ingresos; su capacidad de endeudamiento es muy limitada por lo que es muy difícil encontrar líneas de despilfarro o de *irracionalidad en el consumo*. El ocio está ligado a los beneficios de la formación y del desarrollo personal.

Globalidad y perspectivas

Esta generación se ha formado en las crisis provocadas por los grandes movimientos socio-económico-políticos que conocemos como **globalidad**, donde las acciones provocan diferentes catástrofes en los lugares menos esperados como parte de un “efecto mariposa” (Lorenz, 1963) y que se presentan dentro de economías, internas y externas, dependientes de monopolios o deformaciones que hacen vulnerables las ganancias, los empleos y la seguridad pública, que han provocado en esta generación un perfil de reinención y resiliación permanente.

Es una generación altamente competitiva y su ambición principal es la estabilidad: cuanto más tarde la estabilidad más esfuerzo realiza por aprovechar las oportunidades del caos; su *ethos* o *égida* es la *previsión*, la *planeación*, la *predictibilidad*, la *interpretación de los signos del cambio*, etc., todo esto conforma una *ética básica*, en la que tejen y destejen, permanentemente sus valores. Son típicamente grandes administradoras de valores; como categorías que norman sus conductas y que las mantienen *vivas e inteligentes*.

Es una generación que usa la voz en público como en privado. La voz pública no es un terreno tabú; ha crecido en planos donde no se requiere el silencio como recurso sagrado de lo femenino. Participa sin temores en la política como provocación y rompiendo esquemas que simulaban, en otra época, la participación de la mujer en el ámbito de poder; ahora es una intervención directa en franco rechazo a la manipulación y enajenación del ser femenino tradicional. El espacio público es también el de su voz, cancelando 2,500 años (polis griega) de silencio, sin discurso, sin lenguaje propio, (Beard, 2014) etc. La voz de esta generación es el sonido de la libertad-identidad.

La perspectiva que se convierte en prospección y proyección, para estas mujeres, representan líneas que se van eslabonando unas con otras, aun cuando desean planear, es raro encontrar quiénes lo hagan a largo plazo, por lo que a cada momento de búsqueda proyectan cuando mucho a mediano plazo y se regresan a nuevas prospecciones. Lo que les proporciona una atención permanente a lo que hacen aquí y ahora; son buenas empleadas, emprendedoras con mucha imaginación y creatividad, y muy atentas a su estado de cuenta bancaria; prácticamente no hacen nada que no pueda ser reflejada en términos monetarios.

Conclusiones

El estudio de las mujeres no puede hacerse tan genéricamente, porque se pierde la mujer concreta al convertirse en una abstracción trascendental. Es conveniente metodológicamente referirse a aquellos conjuntos que pueden diferenciarse lo más posible, para constituir diversas posturas e interpretaciones sobre la vida que estructura y define las características, comportamientos, etc., que hacen un grupo social determinado.

No obstante, la imposibilidad de poder abarcar todas las circunstancias, se ha hecho un esfuerzo por configurar un espacio donde se pueda abordar la posición ética del grupo más representativo de las mujeres en México y establecer los nexos epistémicos que se emplean a través de valores culturales y, de estructuras de la conducta, que nos ayudan a ver y, eventualmente, a manejar ciertos criterios que nos permitan hacer juicios sobre el *areté* que predomina en las generaciones de jóvenes mexicanas, esto es, la línea ética que manifiesta la subjetividad particular de este grupo de mexicanas.

El análisis sociológico sobre la mujer realizado por Lipovestky, nos sirve como un referente, porque dentro del discurso encontramos elementos en los cuales se facilita el entender la evolución de las maneras de pensar y de hacer de las mujeres, pero de acuerdo a esta perspectiva, creemos que el estado evolutivo de la mujer actual ya está desplazado a una “cuarta mujer” y se trata de que este desplazamiento está bajo control semántico y en el que se pueden hacer conclusiones de mayor fondo.

La gestión del valor es el hacer del ser, el arte espacial y dinámico en la que las mexicanas, de este grupo, aclaran su conducta y sus semánticas.

Referencias

Beard, M. (2004). “La voz pública de las mujeres”. *Letras libres*. México, D.F. Abril 2014, año XVI. Traducido al español y tomado de *London Review of Books*. S/f.

Buttler, J (2006). *Deshacer el género*. Ed. Paidós. Barcelona

Cortazar, J. (2013). *Rayuela*. Edit. Alfaguara. México

Cortés, F (2010). *Medio siglo de desigualdad en el ingreso en México*. *Rev. Economía-UNAM* No. 29 abril del 2010.

Morin, Edgar (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO. Paris

Lipovestky, Gilles (1999). *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Editorial Anagrama. Barcelona, España

Lorenz, E. (1963). “Deterministic nonperiodic flow”. *Revista Journal of Atmospheric Sciences*. Vol. 20: 130-141. Boston, MA.

Rutter, M. (1987). “La capacidad de recuperación psico-social y los mecanismos de protección”. *American Journal of Orthopsychiatry*, 57, 316-333.

Grotberg, E. (1998). *El proyecto resiliencia internacional*. Consultado el 1 de febrero de 2014, disponible en <http://resilient.uiuc.edu/library/grotb98a.html>.

Capítulo III

La “diferencia” en la teoría social

Mulierismo y teoría social. Crítica a la teoría social desde el mulierismo

Presentación

La teoría social contemporánea ha sufrido en las últimas décadas una transformación significativa, pero no revolucionaria; es decir, el impacto provocado por la actividad intelectual, jurídica y política de las mujeres a partir de la segunda mitad del siglo XX, ha movido ciertos esquemas de la dominación masculina y ha obtenido logros que han puesto, si no en crisis, sí en entredicho las verdades manejadas por la teoría social. Este nuevo espacio intelectual pretende establecer los fundamentos de la transformación de las mujeres en tanto objetos (objeto del deseo, objeto-fetiché-mercancía, etc.) que van a una conversión total del **objeto hacia el sujeto**; esto es, un nuevo planteamiento de plenitud de condiciones frente al pleno y sistémico de las masculinidades; ya son más de medio siglo de constantes confrontaciones entre estos plenos para ocupar el sistema, como un espacio compartido y complementario.

Es preciso visualizar la crisis actual de la teoría social como una crisis metodológica que tienda a incorporar categorías específicas de esta plenitud complementaria, para poder entender los nuevos estatutos de la actividad social y, en consecuencia, redefinir el porvenir mismo de la teoría como referente epistemológico de las apreciaciones específicas de los diversos objetos de estudio que hacen las especialidades sociológicas.

Introducción

Las ciencias sociales del siglo XXI, se dice que están en crisis; en parte porque los objetos de estudio se han hecho tan complejos que solo con la especialización y los enfoques diversos se han podido abordar; pero generalmente lo hacen desde la descripción, dejando de lado la epistemología que explique los fundamentos teóricos con los que se puede abordar tanto la simplicidad y la reducción como lo complejo; así también metodológicamente, la explicación estructural. La crítica más fuerte orientada hacia las ciencias sociales parte de las tesis feministas y, últimamente, desde el mulierismo, que abarca todas las posibilidades de la acción social de la mujer.

La convergencia y el paralelismo de la crítica feminista y mulierista a las bases teóricas de la teoría social, mantienen líneas de operación metodológica, tanto cualitativas como cuantitativas; aquí emplearíamos las cualitativas en la reflexión analítica de la circunstancia histórica, para alertar e inducir los enfoques teóricos con los que la crisis puede ser tratada y, de esta manera, robustecer las investigaciones que se realizan en el mundo contemporáneo.

Las cuestiones que generan las acciones del “mundo femenino”, han dejado de ser provenientes del mundo sombra que solía ver, en contraste luminoso, todas las acciones sociales de la humanidad; sin embargo, todavía podemos observar brechas muy grandes entre los diferentes desarrollos de los países y donde las ciencias sociales tienen que cubrir, desde una explicación discursiva, la promoción de los cambios que desplazan los niveles de transparencia de los grandes grupos como son las mujeres, y hagan diseñar las nuevas perspectivas; por lo que es importante que esta crisis de las ciencias sociales se resuelva superando los rezagos epistémicos que aducen los estudios sociológicos.

Ante los cambios que han sufrido las ciencias sociales frente a los ataques feministas de los últimos cuarenta años de desempeño intelectual de grupos muy importantes en los países desarrollados, es necesario analizar en qué situación observamos la efectividad del mulierismo y el feminismo, como una confluencia histórica que está mostrando un nuevo paradigma estructural dentro de las ciencias sociales que, primero, se convierte en crítica, y luego, en transformaciones de ajustes y cambios, etc., probablemente nos muestren otros referentes de las relaciones hombre-mujer que se están configurando bajo combinaciones que definirán las futuras construcciones epistémicas de las nuevas sociedades.

La teoría social es una representación sistémica de las relaciones entre personas; no es un conjunto de conceptos fijos que describan verdades científicas eternas; sino como toda ciencia, se va transformando conforme los fenómenos sociales se modifican o desaparecen. Cuando se habla de crisis en la teoría social se refiere al resquebrajamiento de los modelos que han perdido sus referentes que los hacían sustentables, y al conocimiento que se tenía de la realidad social; de tal forma que la teoría social tiene que abandonar sus esquemas hipotéticos y niveles de certidumbre, para poderse renovar y responder a las nuevas perspectivas de la sociedad contemporánea.

Las grandes teorizaciones sobre estructuras sociales, clases, estratos, roles, status, etc., dejan de ser conceptos funcionales y han aparecidos nuevas “axiologías” y discursos sobre lo social que pueden, incluso ser teorizaciones pero no UNA TEORÍA; y no sabemos si tienen alguna importancia el carecer de los instrumentos de la teoría clásica o de las nuevas, que sólo sustituían partes de la teoría clásica. La crisis es una coyuntura que no ha podido explicar las nuevas globalizaciones del mundo y que pulverizan las realidades más allá de los regionalismos y de las estructuras de mercados emergentes, latentes, sombras, o de otros tipos, pero que resulta difícil reducirlas a un estructuralismo teórico que dé cuenta de la multidiversidad de los fenómenos sociales actuales. A la circunstancia de la pérdida del método sociológico (Dosse, 1997) por categorías sueltas que dispersan el conocimiento social, hay que agregarle la crítica del género, para reubicar, una vez recorrida la brecha abierta por los feminismos, las posturas de lo social pertinente a la diferenciación de géneros y el uso del discurso científico que instale las perspectivas de los nuevos contenidos además de la irrupción de la mujer como sujeto visible y fuertemente combativo, que justifica la “guerra de los sexos por otros medios”.

Caracterizar a la teoría social como una teoría sexista, androcéntrica y discriminatoria ha sido blanco recurrente de las críticas que forman parte de la crisis de las ciencias sociales; pero, no se han creado nuevas teorías que edifiquen nuevas arquitecturas sobre el conocimiento que incluya el paradigma de la diversidad sexual antes que los sistemas sociales se manipulen como unidades transparentes. Para encontrar lo femenino resulta muy largo y tedioso porque nos encontramos con una red de posiciones, pero no encontramos a la “mujer”; es decir, tiene más éxito (ONU, Beigin, Belem de Do Pará, etc.) un nuevo mulierismo que la creación de una cuarta ola feminista. Es en este óptimo movimiento donde podemos encontrar las respuestas al desarrollo de una teoría social más vinculante con las teorías del desenvolvimiento, la equidad y la igualdad de la mujer.

Las nuevas globalidades que extendieron los problemas económicos, han formado grandes corrientes de migración a nivel planetario configurando un nomadismo permanente que ha destruido los límites de toda índole: políticos, geográficos, étnicos, culturales etc., y esto trae consigo “el olvido” de la condición femenina. Esos fenómenos, pese al avance teórico, se mantienen en una base social atrasada que lo constituyen las víctimas extremas de la pobreza, que requieren más atención que los detalles de las apreciaciones teóricas de las mujeres blancas y clasemedieras.

La extinción de la teoría social

La mayoría de los trabajos publicados en occidente han entrado en una carrera que va desapareciendo los vectores y categorías de las “reglas del método” y han desembocado en una crisis científicista que deja a los investigadores sin los referentes teóricos que definían la pertinencia de lo social. Al mismo tiempo, las mujeres irrumpen en el ámbito epistemológico cargando una serie de críticas para ser incluidas como sujetos de plenos derechos y ser tratadas como bases en los fundamentos de las teorías sociales y no como “objetos de estudio” solamente; esto es, son portadoras de la diferencia, de la igualdad, de la equidad y de una constante apreciación por parte de los procesos de invisibilidad, sometimiento y explotación por parte del género masculino a través de la historia. Estas mujeres que asumen su madurez, de los 70’s al siglo XXI, son las descubridoras del cuerpo femenino como el centro del goce y el placer, en el marco proporcionado por el **estado de bienestar** y el desarrollo del capitalismo que mantenía **modelos estabilizadores** que habían conjurado las grandes crisis del capitalismo y les ofrecieron las condiciones socio-económico-políticas para que estas generaciones de mujeres entraran a las universidades y tecnológicos, por la puerta grande, y tuvieran acceso a los niveles de reflexión y comprensión del mundo, así como de su propia condición histórica (Rosales, 2015). Pero, ¿qué ha sido de estas mujeres inventoras de tres olas de feminismo y de 30 o 40 años de luchas civiles? Las encontramos cuidando nietos y ancianos, después de una realización profesional que les ha permitido seguir sosteniendo a sus hijos que han regresado de nuevo a ser dependientes del apoyo materno y están inmersas en un proceso de recuperación de viejos estándares de la vida cotidiana, para apoyar a las nuevas generaciones de jóvenes víctimas de la hiper-globalización y del mundo digital.

La recomposición económica ha acarreado una serie de trastornos en las organizaciones sociales de tal forma que lo que eran instituciones clave en la estructura de la sociedad o han desaparecido o se han transformado en micro constructos que ya no concuerdan con lo observado en la teoría social de finales del siglo XX; por ejemplo, la diferenciación “sociología rural” y “sociología urbana” que marcó todos los estudios sociológicos de los años 50 a los 80 ha dejado de tener la importancia para la teoría social de género.

Los estudios de género, aun cuando en muchos aspectos obedecen a un primitivismo teórico son la fuerza del nuevo paradigma que tiende a imponerse por sobre las pequeñas aportaciones que pueden hacerse a través de destacadas personalidades y la mella que ha provocado en la epistemología, que se consideraba como única y que se ha relativizado en la masculinidad, hacen virar las perspectivas hacia dos grupos (masculinidades y feminismos) muy importantes bajo este patrocinio de la perspectiva de género (Wittig, 2005).

Los movimientos que se han generado en los últimos quince años, permiten advertir que los procesos de extinción de la teoría social obedecen al abandono de metodologías y a una explosión de discursos sociológicos como si se tratase de una nueva ensayística frente a las investigaciones de largo aliento que marcaron todavía las teorías neoclásicas, por lo que los feminismos no tienen el respaldo de nuevas referencias de la teoría social sino de otras especialidades como las *teorías del sujeto*, que han sido más fructíferas en las búsquedas referenciales feministas; esto ha derivado en la lejanía de los estudios de género respecto de la teoría social.

Los feminismos recategorizan los valores metodológicos de la teoría social pero no siguen los caminos trillados de la **sociología**. ¿Cuál fue el camino por el que transitaron la gran mayoría de los estudios sobre la mujer? La filosofía y el psicoanálisis (Irigaray, 1974) abrieron sus puertas sobre la coyuntura que ofrecían las teorías del sujeto bajo métodos típicos de la reconstrucción de los procesos de *hermenéusis*, decimonónicos y las nuevas advertencias de un análisis de la *psique* que brindaban una plataforma más inmediata sobre la afirmación de la diferencia de la mujer y sobre cualesquiera de los estudios hechos desde la construcción social de las ideas y de los sentimientos; esto es, si vemos la convergencia de las aportaciones de estas “nuevas ciencias” que van trillando una serie de conceptos y de desarrollos pragmáticos que no llegan a conformar sistemas de cientificidad que se vuelvan referentes definitivos y, en consecuencia, traen en el aire una serie de fenómenos mal tratados (y en ocasiones maltratados) configurando aportaciones que, a lo largo de setenta años, aun no constituyen teorías que trabajen bajo rigores metodológicos de aceptación profesional adecuado a las demandas de los problemas que plantea el surgimiento de las problemáticas de la mujer.

La actual crisis de la teoría social, es pues, una crisis de método; y ante la multiplicidad de metodologías *ad hoc*, los estudios de género siguen en esta misma postura que no arrojan, ni unos ni otros, un espacio teórico de supuestos científicos que encajen en una teoría, sino en teorizaciones.

Por consiguiente, la investigación epistemológica, se puede ver como fundamental para que esas posturas no se conviertan en imposturas o delirios, más o menos, interesantes.

Feminismo versus mulierismo

Las tres generaciones de feminismos (las olas) se consolidan en las aportaciones, en lo general, del trabajo intelectual de mujeres que fueron jóvenes en los setentas y que empezaron a morir en la primera decena del siglo XXI, por lo que podemos considerar ese esfuerzo como el correspondiente a una generación de intelectuales entregadas a definir una serie de cuestionamientos a la masculinidad y a la cultura patriarcal del sistema capitalista y que ahora ha tenido una amplia resonancia en el siglo XXI, por lo que ha dado paso a una multiplicidad de movimientos que condicionan la manifestación de la presencia de la mujer bajo criterios de convergencia de la cultura posmoderna creando un océano político-educativo-cultural-religioso, que representa un mulierismo de frente amplio y que obedecen más a imperativos cortoplacistas y mantienen, para el futuro, estrategias coyunturales que no pueden formar parte de un sistema estratégico, por lo disímulo de las concepciones teóricas e intereses regionales que entran en contradicción programática dentro de las nuevas globalidades. El mulierismo es una nueva respuesta a la condición de la mujer del siglo XXI.

En los últimos años (a partir del 2008), estamos ante una nueva perspectiva social, donde el proceso del trabajo, esencialmente manual, sufrió una transformación desde el *maquinismo* que presenta una nueva imagen a través de la robotización de la *industrialización* contemporánea que, prácticamente, tiende a eliminar lo más posible la condición de la fuerza productiva del cuerpo humano y ha hecho crecer por medio de las tecnologías light la incorporación de la mujer en condiciones de igualdad laboral; esto es, la extinción paulatina del trabajo manual ha propiciado una supremacía del trabajo intelectual sobre el manual, lo que iguala las diferencias operativas del cuerpo productivo. Desplazamientos más, o desplazamientos menos, fue creando el ambiente necesario para un deslizamiento permanente de los centros laborales, lo que ha generado la formación de corrientes nómadas de trabajadores de una región a otra, y entre esas, la mano de obra femenina llevó la peor parte, considerando como base de la extrema pobreza de los desplazados de las nuevas globalidades; de tal forma que, las nuevas ideologías que en congresos u otras plataformas internacionales encontramos, generalmente, posicionamientos muy diversos en donde está ausente la autocrítica de los nuevos feminismos y, el mulierismo, representa una mayor fortaleza, en defensa de las perspectivas de la condición femenina.

El mulierismo es la única respuesta, que a través de las organizaciones mundiales, puede ofrecer un apoyo, de toda índole, a las problemáticas que, en particular, sufren las mujeres y, especialmente, las de los continentes que presentan rezagos ancestrales. La falta de continuidad entre la generación combativa y “revolucionaria” de las tres olas, no ha tenido sucesoras, del mismo nivel y peso, dentro de las propuestas intelectuales.

Es decir, hay una especie de abandono epistemológico de la comprensión de los fenómenos de la problemática femenina y el activismo internacional sólo ofrece medidas paliativas, y algunas, compensatorias, de los extremos de discriminación, violencia, explotación y exclusión en que la mayoría de las mujeres tercermundistas, víctimas de las crisis y guerras de la última década, son la cara que muestra una de las facetas que el mulierismo militante maneja como estandarte (Maffesoli, 2000).

Dentro de la vorágine de las crisis recurrentes y contradicciones de los desarrollos desiguales de las globalidades, la deconstrucción y construcción del género es un remanso en el que se puede seguir discutiendo, desde las individualidades, las teorías sociales, pero son intraducibles hacia condiciones de mayor prioridad (Gayle, 1975), es más importante resolver el problema del hambre que las construcciones académicas que se exponen a un alto costo en los Congresos y Conferencias Internacionales; son más importantes y efectivas las cruzadas contra el hambre que fincan sus procesos con las mujeres como protagonistas que la asistencia a las plataformas de discusión sobre la mujer. Esto no quiere decir que sean inútiles o que deban desaparecer; el trabajo intelectual también es muy importante pero debe establecer los vasos comunicantes de vinculación con las realidades y, esto, sólo es posible mediante las fortalezas del mulierismo.

Con esto queremos decir que es relevante el mulierismo que es acompañado por una teoría feminista pertinente y con metas programáticas de realización y no un extremismo enclaustrado en “torres de marfil”. Las nuevas generaciones de feministas tienen que enfrentar los imperativos de una escenografía de la mujer bajo condiciones de extrema dificultad y sobrevivencia.

Los parámetros de una teoría “Z” del mulierismo

Ante la abrumadora pesadez de la miseria en la que se debaten las feminidades, el mulierismo funciona bajo el signo de la convergencia; es decir, la multiplicidad de posiciones tienden a ser manejadas teóricamente como un jaloneo teórico entre los posibles extremos de teorías que trabajan sobre minucias, o radicalismos e intransigencias, cuando hay que tomar acciones para resolver problemas inmediatos muy complejos y de solución urgente, y a su vez, hacer planteamientos de largo alcance que cambien las condiciones generales de la ubicación de las mujeres en contextos culturales que normalizan la explotación, la violencia y la discriminación.

Los campos en los que se desenvuelve el mulierismo

Desde hace más de medio siglo (Benstok, 1988), las mujeres en su conjunto, se han organizado en frentes que se enfocan hacia horizontes lo más concreto posible para obtener resultados que las condiciones históricas del momento ofrecen; esto es, el mulierismo es fundamentalmente una visión pragmática de los problemas cruciales del desarrollo de la mujer.

Podremos caracterizar el mulierismo como de acción inmediata, puntual, precisa, concreta, asertiva, oportuna y pertinente, lo que ha abierto una infinitud de campos de acción de acuerdo a las culturas, la geografía y las condiciones particulares donde surgen las problemáticas más álgidas que afectan, en principio, al mayor número de personas, sin descuidar acciones concretas a favor de las minorías.

Campos de acción

Derecho: acción legislativa, sufragismo y procuración de los derechos humanos.

Política: coparticipación con organizaciones que están abiertas o que están a la escucha de la problemática de las mujeres, organización de instituciones que empoderan a la mujer y participación activa en instancias políticas y de gobierno, locales, regionales, nacionales e internacionales.

Economía: tradicionalmente se ha dividido en dos áreas una pública y una privada. La pública son los negocios fuera del hogar, y la privada, es la doméstica, es la administración de la casa y del patrimonio familiar. La primera reservada a los hombres y la segunda a las mujeres, y es hasta el siglo XX donde encontramos, cada vez más, una mayor inclusión de las capacidades femeninas para administrar cualquier espacio económico, sea público o privado.

Social: para la consideración de los actos del mulierismo como una agrupación abierta y una manera de pensar y de concebir el mundo, desde la visión femenina, lo social, es el espacio más ancho que ha tenido a través de la historia las acciones de cualquier denominación, donde las mujeres han sostenido un activismo profundo y constante, y ahora, las llamadas redes sociales del mundo digital son canales de interrelación donde son mayoría, y presentan una nueva oportunidad de empoderamiento de las futuras generaciones de mujeres.

Cultura: participación en todas las actividades sin restricción ideológica en la teoría y la acción en igualdad de competencias con el resto de la sociedad. Este espacio es el que ha ofrecido menos resistencia a la expresión y las libertades de las mujeres, especialmente porque en la educación básica, ha habido, desde siempre, un predominio femenino, así como en la conducta religiosa de cualquier orientación.

Desafíos del mulierismo

El mulierismo, siendo un movimiento eminentemente práctico, no se ha fijado, como tarea esencial, trabajar la teoría social para poder establecer programas de acción; curiosamente se dice “que no hay acción revolucionaria sin una teoría revolucionaria” con lo cual se destaca la importancia de la teoría en la acción pero, en el caso de mulierismo la teorización viene después de las acciones y, en consecuencia, las mujeres explican que es más importante hacer las cosas y después explicarlas; están más orientadas a la obtención de resultados sin tener previamente una planeación técnicamente impecable y por tanto hay un malentendido entre la teoría social y el mulierismo; esto es, se carece de estudios teóricos que den cuenta de la multidiversidad de las acciones y, por otro lado, dan la impresión de que no se requiere; entonces se vuelve indispensable un reencuentro de los estudios y la investigación sobre este “diálogo de sordos” para consolidar las perspectivas y los horizontes del activismo, y la conciencia sobre sí mismas, de las mujeres (Haraway, 1984). Las tareas teóricas para el mulierismo son desafíos que tienen que responder en los próximos años a los imperativos de la complejidad de la mundialización y las restricciones de la conducta humana, en general, que traen las crisis del desarrollo del capital sobre el trabajo.

Conclusiones

Resulta incuestionable que las mujeres, en los últimos cincuenta años, han obtenido logros importantes en el empoderamiento de su condición y han presentado un gran número de acciones que las posicionan como lo más relevante del desarrollo humano de las sociedades contemporáneas; sin embargo, esta compleja red de acciones, presentan una debilidad estructural, que de no ser resuelta o modificada con las fortalezas del avance obtenido, pueden tener retrocesos en lugares donde ahora se encuentran las plataformas más sólidas de la reivindicaciones femeninas; es decir, el activismo sin la teoría, puede resultar obtusa a largo plazo y volver contraproducentes los logros alcanzados.

La teoría social tiene una tarea pendiente con el mulierismo, el de encuadrar el activismo que ha caracterizado las luchas de las mujeres en formalidades epistemológicas que orienten y resignifiquen el pensamiento y los programas prácticos del accionar de las organizaciones de mujeres; abrir los espacios que la investigación teórica proporciona de suyo y que encontraría, en más de la mitad de la población, las demandas del conocimiento y la reflexión. Para esto, la teoría social, tiene que reinventarse no sólo para superar sus propias contradicciones, sino responder a los requerimientos que las acciones, pequeñas o grandes, solicitan las mujeres de acción, y de aquellas que la explotación y enajenación les impide una participación mayor por conformar un destino diferente.

El mulierismo es visto a través de la sociedad del conocimiento y de la información como una oportunidad para ensamblar las posiciones diversas que se manifiestan en nuestro tiempo y es ocasión propicia para el reencuentro con la teoría social que le dé los instrumentos para el diseño de una era más consolidada dentro de la diversidad de posiciones y, sobre todo, que encuadre teóricamente las acciones tan pulverizadas en las diferentes regiones de la mundialización; esto es, que un acto de mujeres no se vea como algo aislado o desconectado de las realidades de otras regiones y que estas mujeres que luchan por reivindicaciones de corto plazo, y reducidas a objetivos inmediatos, tengan nuevas perspectivas de carácter más amplio y encuentren la teoría explicativa, y no solamente descriptiva, de la lucha que han emprendido desde hace siglos.

Referencias

Benstok, Shari. (1988). *The private self. Theory and practice of woman's autobiographical selves*. Ed. The University of North Carolina Press. Chapel Hill.

Gayle, Rubyn. (1975). The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex, en *Rayna Reiter, ed., Toward Anthropology of Women*, New York, *Monthly Review Press* (1975). El tráfico de mujeres: Notas sobre la economía política del sexo, *Nueva Antropología*, Vol. VIII, N°30, México 1986.

Haraway, Donna. (1984). Class, race, sex, scientific objects of knowledge: a socialist feminist perspective on the social construction of productive knowledge and some political consequences, En *Women in Scientific and Engineering Professions* compilado por Violet Haas and Carolyn Perucci (1984, 212-229).

Irigaray, Luce. (1974). *Speculum. De l'autre femme*. (Éditions de Minuit). Paris, France.

Wittig, Monique. (2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.

Dosse Francois. (1997). *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*. Paris. La Decouverte/poche.

Rosales Nava, Rosa María. (2015). *El club de las mujeres alegres. Una generación que cambio el mundo*. Barcelona, Icaria Editorial

Maffesoli, M. (2000). *L'instant éternel. Le retour du tragique dans les sociétés postmodernes*. Paris, Denoël

Cuerpo, tramoya y libertad

Introducción

Un replanteamiento de la corporeidad como la representación vinculante de la identidad del sujeto, es una investigación de interés múltiple; tenemos que precisar ciertas estrategias de aproximación hacia el cuerpo propio y al de los demás; en parte porque es el espacio intransferible de “estar en el mundo” como una operación espacial dentro de la red de micro-poderes de la sociedad, donde adquiere la funcionalidad articuladora del discurso social en que se lee como metáfora o como discurso particular, y en el que se disuelve el sistema de comunicación de una sociedad determinada. Ver el cuerpo como operativo de una retórica, es plantearse una teoría totalizante y comprensiva del accionar de la individualidad, y ver la colectividad dentro de una sociología del individuo, bajo parámetros de la cultura, la lengua y la historia.

La definición de funciones que nombran las relaciones del sujeto con los otros sujetos, son la estructura que resulta de la transformación de sujetos en personajes y esta transformación se desplaza dentro del marco de escenografías que requieren de andamiajes, tramoyas, decorados, iluminación y ambientación del discurso dominante o del estado. Finalmente, en el trasiego de personas y personajes, el cuerpo se va haciendo cada vez más “imperceptible” y sólo se encuentra en la tragedia existencial, a través del hambre, el sueño y la sed; las transformaciones que rompen todo el equilibrio y armonía del cuerpo se reducen al dolor y la enfermedad, que determinan el esquema del tratamiento social hacia una homeostasis como lo físicamente correcto; esto es, una política pública del cuerpo, donde el estado en tanto institución de lo social total, se convierte en garantía de la sustentabilidad del cuerpo, como entidad jurídica y, de ahí, a la expresión como *firma*; representación que extrae toda *physis* posible y, esta última, sólo se plasma como *acta*.

Este trabajo es una aportación en el abordaje de la constructividad del sujeto a partir de las condicionantes más importantes de la presencia del cuerpo, como el *capital* intrínseco del sujeto y su sombra.

Cuerpo, soporte de sobrevivencia y metafísica

Es importante señalar que el cuerpo humano, además de una máquina extraordinaria, es un soporte para la sobrevivencia, en sí misma, de la especie; es decir, el diseño del trabajo o del esfuerzo de ésta máquina está orientada a multiplicarse y, en esta operación, pierde la mayoría de su energía que sólo percibimos fenomenológicamente a través de la cultura y las estructuras de la historia que envuelven la presencia del cuerpo, como actuante real o simbólico (Elias, 1991). Sin embargo, el cuerpo de la especie humana sólo encuentra la multidimensionalidad cuando es capaz de entenderse como el que representa la conciencia de la naturaleza en su conjunto.

El cuerpo desde la consigna de la cultura se prolonga, se extiende a partir del saber práctico, es decir, con la tecnología que es la que realiza las operaciones de intervención del cuerpo y el mundo. No basta saber, es necesario aplicar lo que se sabe; mientras no se construya este puente entre el saber y el aplicar, no se adquiere la habilidad para transformar y definir el sentido humano a la naturaleza; en otras palabras, es un círculo que comienza con el saber y regresa al saber, una vez que es aplicado, y podemos empezar desde la tecnología hacia el saber o el saber hacia la tecnología como un proceso dinámico, cíclico permanente, que la historia universal de las ideas nos revela como esa formación de los signos que le dan sentido y valor al esfuerzo del homo sapiens. Es a través de esta dinámica circular en la que podemos ir montando las semánticas que definen las dos perspectivas originarias de la especie: la masculina y la femenina. En este remolino se van estableciendo las categorías tanto de constitución como de trasmisión (Craig, 1957), como vasos comunicantes y como vasos separados, lo que genera representaciones que le dan identidad y establecen las tipologías y clasificaciones que nos permiten hacer diferencias y convergencias, y hacer los juegos que relacionan las correspondencias o diferencias, hasta conformar el sistemas de signos, es decir, los lenguajes y, con esto, desvincular los signos del cuerpo; representación pura, comprendida en una metafísica operativa y funcional.

Hasta aquí nuestra visión del cuerpo y de su desplazamiento, hasta convertirse en sola representación; es la evolución del trabajo del cuerpo y de su conciencia que, mediante estas figuras escenográficas de la episteme (observación, percepción, abstracción y conceptualización) logra armar las máquinas culturales que le permiten transformarse de cuerpo físico a cuerpo teórico. Es en este momento en que se producen las separaciones del cuerpo físico y se transfiguran en un cuerpo teórico, donde aparecen las figuras eidéticas y se introduce el discurso metafísico, como la referencia teórica que totaliza el saber y que, por supuesto, el cuerpo físico, después de esta modificación es un significante, sin la *physis*, que lo acompañaba en el origen de las perspectivas, y que ahora está convertido en el generador de las *disforias* entre perspectivas.

Uno de los parámetros que definen los niveles de coparticipación de la cultura y el cuerpo, está en la perspectiva de la teatralidad del mundo (Innes, 1992) que define un espacio de observación de los elementos de toda clase que intervienen, primero, como escenario, y luego, como utilería de las obras que representa cotidianamente el sujeto.

En ocasiones aceptamos que el sujeto se desenvuelva en tramoyas familiares; sin embargo, el sujeto es trabajado constantemente por el montaje de sus deseos que diseñan las utopías provenientes de la metafísica de su ambiente cultural y que le proporcionan los términos de su discursividad.

Los *opus* que sucesivamente monta el sujeto, se hacen con base en la serie infinita de utopías en las que se proyecta la corporeidad como la convergencia de un acopio de elementos que se dan a ver como espectáculo, entre sí mismo y el otro.

La máscara y el vaciamiento del sujeto

La cultura se entiende como este asignar fines a la naturaleza y esta asignación comienza desde que aparece el sujeto en el mundo, es decir, al nacimiento del bebé se determina todo un programa de vida a partir de la sexualidad manifiesta, este proceso plantea el surgimiento del primer paradigma vital y es captado por la cultura familiar como una introducción al sistema de significaciones a los que pertenece el sistema social donde fue arrojado, y es como comienza el proceso de ir definiendo lo que serán las grandes máquinas constructivas de la proyección del sujeto (Helbo, 1989). Los elementos constitutivos de los mecanismos que se van articulando para definir magnos complejos semánticos, integran el panorama de las acciones en las que el sujeto es un actuante que asimila el funcionamiento de estas máquinas a partir del espectáculo en que el cuerpo tiene un rol central para el sujeto, al ir incorporando tanto la acción personal como las acciones de la visión de lo social que lo identifica como un personaje, al que le asignan las diferentes rutinas o mecanismos personales de inscripción en el contexto tanto familiar como de su comunidad más inmediata; entre otros, la apropiación de la lengua materna y los efectos en cadena que tiene el desplazamiento corporal dentro de las escenografías asignadas al grupo social al que pertenece. Las enormes máquinas las percibimos como rituales en los que modificamos los micromecanismos del desplazamiento del cuerpo; es decir, son los ritos los que nos hacen observar las representaciones en las que participamos cotidianamente. El género, es este complejo de rituales que están vinculados directamente a la sexualidad, pero de una manera autónoma, esto es, es la cultura en la que los rituales han convertido la sexualidad, en estratos de significación y, el sexo, es una conducta o comportamiento de los personajes en los que se identifica el sujeto; para que esta conducta pueda plantearse como una realidad existencial es necesario que las categorías de valor y significación transformen la realidad constitutiva del sujeto en un rostro falso, que es la máscara de la teatralidad de la vida cotidiana, de tal forma que, se convierte en el personaje del día, o del momento, en que interactúa con el otro, donde hay una *kénosis* de que el cuerpo es representación y personaje, es decir, es signo e intercambio de la valorativa que supone la comunicación y la interrelación social. En estas circunstancias las micromáquinas participan de los grandes sistemas mecánicos de las culturas en las que se guardan las utopías personales, de generación en generación, y se ponen en valor los discursos de los diferentes lenguajes que conforman “las nubes” en las que se asimilan los discursos que le dan voz y calidez al extrañamiento que ha sufrido el cuerpo y se expresa como abstracción, por lo que es necesario volver espectáculo lo que antes era un simple “estar en el mundo”, en la obra grandiosa del sí mismo.

Una manera de apreciar mejor estos procesos, es orientarnos en tanto sujetos a través del espectáculo, es decir, en tanto actores o danzantes que cubrimos el espacio en el que habitamos bajo el principio de representar o bajo la proyección de sí mismos, como pantalla, o los desplazamientos gestuales de la danza cotidiana en el que marcamos nuestros pasos que transportan los signos de la vida interior y la vida social, como la representación total de una épica subjetivista.

Esta épica está compuesta, desde los poemas homéricos, por la mezcla funcional y articulada de la objetividad de la acción con la divina intervención de los dioses que representan la permanencia de la interpretación de la continuidad de la conciencia; de tal forma se comprende que la acción del hombre es un trabajo de las dos perspectivas que van desde el intimismo hacia el objetivismo, y viceversa; por lo que, las estrategias de la conducta, son el espacio de la moralidad; esto es, una confluencia del cruzamiento de la individualidad con lo social. La arquitectura que sostiene la constitución del sujeto se vacía de contenidos para fortalecer la función de la máscara, pero este rostro de cartón se convierte en coraza y protege la huída del sujeto, convirtiendo el escape en una nueva realidad.

Cuando hablamos de teatralidad (Lash, 1979) lo que hacemos es convertir el espacio abierto en un espacio cerrado y la función consiste en delimitar las posibilidades que ofrece una cultura en una muestra de un grupo muy pequeño de variables para la observar la evolución del individuo. Separar al individuo de la colectividad es un propósito de laboratorio cuyos intereses son analizar algunos elementos que lo hacen particular, pero sólo en la enfermedad podemos encontrar este rasgo de lo esencial de la conciencia humana; dicho de otra manera, al separar al individuo de lo social le quitamos los elementos de la conectividad de la que proviene la vitalidad de su conciencia y esto sólo se da dentro de un síndrome y no obedece a parámetros de normalidad. La “enfermedad” es modificar la perspectiva de lo normal y trasladarla a un teatro de la crueldad, el sufrimiento y el terror; esto quiere decir, que si hacemos progresivo esta reducción de las variables representativas del sujeto, nos vamos a encontrar con los diferentes niveles del dolor que significa el trabajo del cuerpo (recordar que *tráballo* es un garrote de tortura) y que no es posible desvincular este dolor, con la profundidad o los alcances del horizonte de la subjetividad. En este esquema las terapias tienden a deconstruir los elementos que entorpecen la normalidad pero, en las psicoterapias se pretende ir más allá, para provocar en el sujeto una crítica de su propia anormalidad y supere, en apoyo a las terapias, sus malestares futuros; en este trayecto lo que ocurre con el cuerpo es una transformación de la gestualidad en la que encierra o encuadra sus síntomas. La intencionalidad que es la plataforma en la que el sujeto lanza sus proyecciones objetales y van estructurando una teoría de los objetos y de las relaciones que mantiene con ellos, de tal forma, que toda voluntad ejercida por el sujeto frente a los objetos del mundo son el espacio tridimensional que representa la ubicación del sujeto en el espacio del poder que legitima las relaciones de dominación y de apropiación de lo *otro*.

La deconstrucción terapéutica es desmantelar la maquinaria “hermenéutica del sujeto”. El cuerpo es una base de sustentación y soporte pero no es un determinante absoluto del sujeto, porque no mantiene una sola posición sino que hay un desplazamiento constante en ese espacio donde interpreta el mundo y así mismo.

En la coreografía de la vida cotidiana enlazamos las posturas del cuerpo con la asociación discursiva de la cultura dominante, de tal forma, que el sujeto interactúa ya sea como personaje o como “técnico” de las representaciones de los demás, en donde puede ocultarse y sólo sostener la máscara del otro y, de ahí que la función de los líderes que jalonean los movimientos económico-sociales, constituyan los rostros de sus comunidades; representaciones de la funcionalidad que encierra la relación entre el rostro y la máscara.

Hay que destacar que ésta distancia que hay entre el rostro y la máscara, consiste en un enigma de la representación y donde la *physis* mantiene su gimnasia como la *khora* que se transforma en impulsos inconscientes que enmarcan su presencia negada en el enigma, esto es, el sujeto entre los desplazamientos del cuerpo o coreografías planteadas por los rituales que configuran los diversos lenguajes por los que el cuerpo habla en los términos proxémicos que sustentan los *pragmata* del habla y constituyen las correspondencias de los códigos entre la mística del símbolo con los lexemas que proporcionan los intercambios de la actuación. En esta distancia no hay vacíos semánticos, en parte, porque la máscara por sí misma completa las lógicas del sujeto y sus relaciones entre sí.

Espectáculo y subjetividad

El orden de las cosas y las personas

Históricamente la subjetividad se considera una particular forma de representación del mundo, como consciencia de la especie; es decir, la podemos ubicar a través de la confección de las pinturas rupestres datadas *circa* 40,000 años. Estas obras son elementos arqueológicos que hacen posible poner en escena los objetos que representan parcialidades o totalidades del mundo; es decir, abstraer, especular sobre el orden que establecen las relaciones entre los objetos y las personas, como el *kosmos* donde está ubicado el caminar de la humanidad.

El mundo es un orden, y las jerarquías de todos los objetos y todas las personas, radican y distribuyen el poder que se establece a través de las relaciones y de las estructuras de correspondencia entre unos y otros; la humanidad tiene una forma jerárquica de ver el mundo, producto de la evolución de la especie, esto es una lógica relacional entre cada uno de los elementos que pueblan la tierra y, la conciencia de ello, significa poder establecer los diferentes universos en los que la cultura se relaciona para el dominio y manejo de estas propiedades de la tierra; esto quiere decir que, la primera consciencia, corresponde al establecimiento y descubrimiento de estos poderes que tiene la humanidad sobre el resto de los seres y las cosas. El conocer de este potencial (Touraine, 1984) representa la primera revolución intelectual de la especie y constituye las primeras grandes civilizaciones que han conformado las diferentes arquitecturas intelectuales para interpretar la existencia humana.

Cuando vemos el movimiento de las grandes corrientes civilizatorias observamos que no es posible separar el cuerpo de la unidad-sujeto y en realidad sólo vemos la unión de esas dos categorías, entonces el registro de los trabajos del individuo, lo singular, se convierte en múltiple, en tanto parte de una civilización que a través de ver el mundo como un espectáculo, pasan permanentemente las imágenes de todas las individualidades englobadas en conceptos polisémicos donde se invisibiliza al cuerpo, y queda el nombre o la referencia en abstracto de toda corporeidad; es lo eidético lo que sustituye toda posibilidad física y a su referente como sujeto individual (Vernant, 1992); a diferencia de la sociología interaccionista que entiende al proceso de generalización como la convención de los diferentes registros individuales en resúmenes del sujeto, los que van conformando las estructuras de la cultura de un grupo social y, no al revés, que sean las interacciones solas o por sí solas las que virtualmente van constituyendo la sociedad.

El orden jerárquico de las cosas y de las personas, históricamente, ha correspondido a una proyección del cuerpo (Goffman, 1973), y así, en el surgimiento del estado se plasma la distribución de las jerarquías del cuerpo humano. Lo que entendemos como persona jurídica es la ficción que encarna los cuerpos de todas las personas de un estado, y por lo tanto, los escenarios en los que la puesta en escena de las personas en su vida cotidiana se desenvuelven como actores que representan un rol o papel en la escena, ya sea cotidiana, privada o pública.

El poder y su espejo

La escenografía requiere de andamiajes que tramoyen las diferentes representaciones y conformen el espectáculo del poder que se refleja en su espejo que es el derecho, y con esto, se atrapa toda referencia lógica no sólo a la actuación sino a la sola presencia, al sólo estar aquí y que puede ser la moral, hábitos, costumbres o rituales en general, que constituyen instituciones o la relación entre el cuerpo propio singular con el cuerpo colectivo de lo público. De esta estructura de poder surgen los rituales que transparentan las cargas de fuerza en las relaciones físicas, pero que una metafísica transversalizada por el lenguaje, hace posible echar andar la hermenéutica del sujeto y de su comportamiento. En la era digital es relativamente fácil entender este vivir en el espejo cuando incorporamos la virtualidad a la vida cotidiana, donde desaparece el cuerpo por completo y nos quedamos en la ficción funcional del *login* y el *password* de la representación que golpea al imaginario desde una plataforma de la cual el sujeto no tiene ningún dominio sobre ella, por lo que el discurso informático se transforma en una nueva metafísica que explica estas representaciones del cuerpo virtual y hace operacional todas las tramoyas que dan cuenta de las nuevas *exis* y diseñan la presente formalidad de la interacción social contemporánea.

La acción y el aplauso

El desplazamiento permanente del cuerpo genera una expresión que es codificada en las coreografías rituales de las relaciones sociales estructurales que prefiguran el espacio de la realización plena del individuo como el esquema en donde se pueden ubicar las utopías personales que definen la intencionalidad del sujeto, los impedimentos y obstáculos para su realización.

El jugar con las posibilidades y oportunidades forman una propuesta de la vida del sujeto que sólo es visible a través de la identidad, es decir, la identidad es un truco, es una maquinación que permite amalgamar los intereses del individuo y conformar grupos de conveniencia, y establecer las interacciones e intercambios sociales que edifican, a través de las instituciones, las instancias de convergencia de los intereses políticos, económicos, sociales y culturales (Castoriades, 1975). Es el diagrama de donde pueden manejarse las identidades y, en consecuencia, es el premio o el castigo que el poder señala como lo correcto y, esto, a su vez, delimitan las aspiraciones en las que el sujeto puede invertir sus deseos y una economía libidinal.

El reconocimiento de lo que hacemos, o dejamos de hacer, es parte de la espectacularidad de la puesta en escena tanto de la exterioridad como la interioridad (persona, personaje, actor, etc.) y el juzgar las diferentes actuaciones como buenas o malas para el egocentrismo necesario a una perspectiva yoica que puede ser vacía o puede ser plena, constructiva, positiva, etc., pero está regida por una necesidad imperiosa como el reconocimiento y el apego al aplauso; esto es, hacer visible y, hasta escandalosamente, la correspondencia entre lo correcto, el bien y la acción. Es tan fuerte la necesidad de este reconocimiento que puede delinear lo que llamamos personalidad con lo que el sujeto-actor-personaje-ritual-escenografía-tramoya-ambiente-iluminación-etc., muestra, exhibe, proyecta hacia el público en imágenes de su propia corporeidad transfigurada en el diálogo mudo entre la escenificación y el impacto en el imaginario del espectador, que retorna a los actores mediante el aplauso y la aceptación de esta fantasía.

Conclusiones

La relación cuerpo-teatralidad no es un simple vector, sino un complejo sistémico que muestra la arquitectura de la existencia de la humanidad. Hablar de la teatralidad en particular, es introducirnos en el tramoyismo necesario a la implantación de la gestualidad del ser humano, lo que le da la presencia sobre la tierra y registra sus huellas en tanto sujeto. Nos señala la “eterna juventud” de la historia y la permanente motricidad de los atractores simbólicos de los intercambios sociales de la lengua, por lo que cada sujeto en su utopía-vocacional, establece una diégesis correspondiente al andamiaje general del establecimiento de las microestructuras de la *axis* y establece las estrategias praxiológicas que delimitan un sistema de cultura personal particular.

La vida es un espectáculo diégetico en el que el sujeto se da a ver como el soporte de trasmisión y multiplicación de mensajes que agregan los elementos denotativos y connotativos de todo signo, por lo que los escenogramas que plantea cualquier marco referencial nos da la impresión de “realidad”, pero es un enigma que corresponde al mismo lexema máscara-rostro, que permanece en suspenso mientras el sujeto no deconstruye su propia individualidad.

No basta analizar la estructura significativa del sujeto, incluyendo las diferentes transformaciones que sufre a través de los intercambios y transferencias dentro de una estructura social, histórica y lingüística determinada, sino es importante destacar, que los histogramas, nos indican las diferentes posiciones posibles y estrategias que podremos ir montando como resolución de las constantes visiones que espectacularizan las diversas instancias del “eterno retorno” de la vida cotidiana.

Hasta ahora, lo descriptivo de la teatralidad, como toda la cultura en general, lo hemos estado planteando en términos masculinos, pero es necesario, cuando hablamos del cuerpo, hacer la diferencia específica del cuerpo de la mujer como un genograma que hay que descifrar desde todos los ángulos de vista. Primeramente tenemos que abordar el cuerpo femenino como un referente que ha sufrido una *kénosis* respecto del referente masculino y, como consecuencia, la estructuración de su rostro, que en el hombre es un rostro falso, en la mujer resulta el único verdadero y, la máscara, su persona, obtiene todo el peso de la significación como la “única verdad”.

Y de esta manera, la corporeidad femenina, queda en “suspenso” para manejar, básicamente, la hyper-representación desde la cual se construye el género femenino como cuerpo virtual que se acomoda más al deseo del hombre; virtualidad, es la que atrapa los elementos que la convierten en la “hembra capturada y prisionera” de la tramoya en la que el teatro masculino muestra la espectacularidad de la mujer. Teatralidad de la mujer, teatralidad del cuerpo femenino, constructo de la subordinación, sumisión y violencia con la que el género masculino desarrolla la egología de su dictadura y en la que mantiene los supuestos simbólicos de su propia enajenación.

Referencias

Castoriades, C. (1975). *L'institution imaginaire de la société*. Le Seuil. Paris.

Craig, E. G. (1957). *Del arte del teatro*. Paris, Hachette

Elias, N. (1991). *La société des individus*. Paris, Fayard.

Innes, C. (1992). *Hacia un teatro pobre*. Ed. Siglo XXI. México, D.F.

Helbo, A. (1989). *Teoría del espectáculo*. Ed. Galerna. Buenos Aires, Argentina

Goffman, E. (1973). *La mise en scène de la vie quotidienne*. Ed. MInuit. Paris.

Lash, C. (1979). *The culture of nerviosism*. Norton Company. New York.

Vernant, J.P. (1992). *Hommeetsujet*. L'Harmattan, Paris.

Touraine, A. (1984). *Le retour del l'acteur*. Fayard, Paris

Integración del sujeto. Pobreza y libertad

Introducción

La pobreza es una estructura compleja resultado de macroestructuras económico-sociales, históricamente desarrolladas, difíciles de desarticular, como para poder circunscribir los problemas únicos que la atañen, como exclusividad, a ella misma. No obstante lo anterior, podemos abordar el núcleo de la cuestión como el sujeto, individuo, diferente, específico, que constituye la identidad del ser y el centro que integra todas las variables de sentido a las que se articula lo social, político, económico, cultural...

La pobreza se considera un obstáculo fundamental para el ejercicio de las libertades que otorgan la naturaleza y lo original de lo social; porque las relaciones de dependencia y dominación que van relacionando los valores de una civilización van condicionando, a su vez, la originalidad del ser.

Las libertades son el espacio que el sujeto requiere para su desarrollo, por lo que la escasez de bienes y servicios necesarios para la vida del sujeto, siempre acotarán los sentidos de su evolución, conformando una acción ética acorde al espacio del ejercicio de la libertad, cualquiera que ésta sea. Los límites del espacio de la libertad son los paradigmas que constituyen un estado moral.

Cuando hablamos de pobreza, estamos haciendo comparaciones entre paradigmas de los estados morales que definen los modelos de referencia, para determinar un manejo eficiente de valores que podamos administrar, ya sea hacia un cambio de modelo o en el desarrollo al interior del mismo. La propuesta sería, una función de la importancia que tienen los procesos educativos en la integralidad del sujeto, frente a los retos de los estrechos márgenes que deja la pobreza en los países latinoamericanos.

Tradicionalmente se considera como un círculo que se va estrechando conforme el sujeto va perdiendo los elementos que lo hacen libre, es decir: la autoestima y su relación con su medio ambiente social, económico, humano, etc., pero se ha dejado de lado la reestructuración interior del sujeto que, mediante un proceso educativo adecuado y un programa de largo aliento, se puede dotar de las herramientas que lo integren a sí mismo, como el factor esencial de reconversión de las acciones que van a revertir los procesos depresivos y autoclaudicantes; promover las estrategias de desarrollo que crean las nuevas oportunidades de liberación o de recuperación del potencial de desarrollo. Una educación diseñada para la libertad, para el desarrollo, para una conciencia universal o global, requiere de incidir sobre los procesos constructivos que definan un sujeto para ser libre, abierto al aprovechamiento de la escasez y la oportunidad (Bauman, 1999).

Los modelos de desarrollo están vinculados a los procesos de integración del sujeto de una forma estructural, condición *sine qua non* para establecer las plataformas que destraben los elementos que desencadenen las acciones de la pobreza, y potencien los factores virtuosos del desarrollo. Las luchas políticas o institucionales tenderían a obtener el derecho a ser libres.

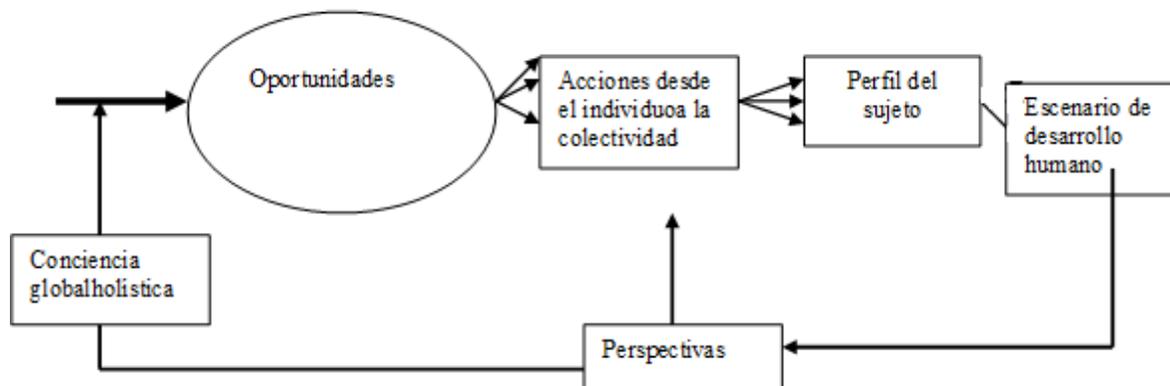
La equidad, la solidaridad, el respeto, la dignidad, la responsabilidad, el trabajo, el entretenimiento, la educación, las oportunidades...; son algunos de los valores, o referencias, que constituirían fundamentos de propuestas que los pedagogos podrían desarrollar, y presentar como modelos educativos que liberen los procesos de integración del sujeto.

Los mecanismos morales de la superación de la pobreza

La moral es una construcción compleja que se hace a lo largo de la historia de la civilización o la cultura, por lo que, cuando se habla de mecanismos nos referimos a los reflejos de una economía libidinal, ejercida en soportes simbólicos que le dan sentido a las acciones del sujeto, por lo que, si la situación en la que se encuentra el sujeto la podemos considerar como pobreza, la forma de desarticular estos mecanismos equivalen a una “gran terapia”, en la que se ponen en la conciencia del sujeto los elementos virtuosos y los elementos viciosos como una contabilidad de la subjetividad operativa para establecer vectores de racionalidad y de intercambio. Con toda esta información podemos establecer las estrategias que correspondan a los modelos educativos y poder transmitir las enseñanzas que hagan, del sujeto pobre, un sujeto desde “menos pobre”, a rico. Toda pedagogía por naturaleza es optimista, pero no ingenua; esto es relevante, porque se pensaría, como tal vez le sucedió a los seguidores de Freire con la “liberación revolucionaria”, que acabaría con los niveles de pobreza y de una conciencia sometida; el planteamiento nuestro va en otro sentido, pero no contrario. La integración del sujeto como elemento fundacional de las acciones desde la subjetividad hacia la objetividad que lo hacen comprometerse consigo mismo abordando el espacio moral de la responsabilidad.

A la correlación entre un proceso de liberación general a la “Freire” y la integración del sujeto para mover sus niveles de pobreza, habrían a esta última propuesta, que agregarle los contextos contemporáneos de una globalidad, en donde subsisten estructuras hegemónicas del capital que impedirían una acción generalizada de destrucción de los paradigmas del capitalismo tradicional, esto es: las tasas de acumulación del capital, los sistemas de distribución inequitativos y la regionalización del poder político.

Si atendemos las cifras del BID en el sentido del incremento de los niveles de pobreza y de pobreza extremas, del 33.5% y 20% respectivamente a datos del 2008, es decir, antes de la actual crisis mundial, pensaríamos hacia dónde se mueven los problemas más álgidos de la humanidad; sólo una reestructuración global de las relaciones de producción podrían cambiar la perspectiva... pero al interior de estos cambios estaría el sentido del hombre y su espacio de libertad ideal para su supervivencia.

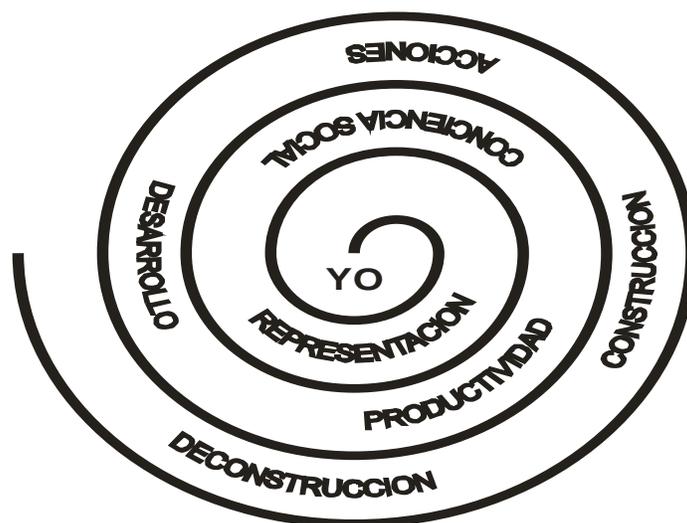


La presente propuesta se centra en que la estructuración del “yo” es la que dinamiza las acciones del sujeto y es a este egoísmo al que habría que ofrecerle las alternativas de desarrollo en planos de pertinencia holística que diseñaran los nuevos espacios que ofertarían los recursos disponible del planeta, donde las estructuras de poder tuvieran la flexibilidad de un “modelo de todos ganan”.

Lo anterior, se podría considerar como idealista; sin embargo, el diseño de esta escenografía nos plantearía una perspectiva lo suficientemente amplia para insertar los modelos educativos, algunos ya conocidos como el martiniano, basado en la liberación del sujeto por la cultura y la conciencia histórica, el rosseauano de la liberación por la educación liberal, el de Montessori por el desarrollo educativo en base en los niveles de conciencia del niño en un espacio de plena libertad, el de Iván Illich de evitar los muros de las escuelas y someter al niño al espacio general de la sociedad con todas sus contradicciones, el freireano que evita los muros, pero en vez de someterlo a la sociedad en general, se le ubica en zonas más sensibles a los problemas enajenantes de la sociedad para desmontar las estructuras de denominación y revertir su acción hacia palancas de rompimiento y construcción de una unidad social distinta; y así, todos aquellos modelos que Naciones Unidas ha venido experimentando en América latina, África y Asia.

¿De qué depende una línea de pertinencia para el diseño de los nuevos modelos dentro de la globalidad y la posmodernidad? (Touraine, 2011)

Fundamentalmente en asumir el egoísmo como la base en la que se construye el realismo del sujeto, y por este hecho, nos desprendemos de los prejuicios que son la base en la que se ha construido toda la pedagogía anterior. Si quisiéramos anunciar, de entrada, cual es la originalidad de esta propuesta, sería un modelo de realismo pedagógico para la formación de sujetos contruidos desde sí mismos y en perspectiva de su liberación permanente.



Trayectoria de la constructividad

El “sí mismo” constituye un espacio moral central en el que las acciones del sujeto se van articulando por las necesidades de supervivencia, integradas a su vez en el interés personal y manifestado en el deseo del objeto; esto es, el núcleo del “Yo” se va abriendo en un proceso cíclico en donde el deseo del objeto se muestra como representación del mundo y la referencia al “sí mismo” como conciencia social, destacando aquellas que corresponden a la productividad (oferta y demanda), desarrollo, crecimiento proyección del sujeto y operatividad como subjetividad en las acciones de permanencia constructiva y deconstructiva.

Los mecanismos de la pobreza

La servidumbre y la autoclaudicación provienen del choque entre la constructividad y la deconstructividad en la que el sí mismo del sujeto pierde la manipulación del sentido y este es encontrado sólo en las estructuras de poder social y económico que se le imponen desde fuera y va provocando la red de eventos viciosos. Si planteamos la moral como el espacio donde se puede analizar el sentido de la pérdida de libertad, por parte del sí mismo.

Entonces, estamos ante la posibilidad de torcer la trayectoria hacia un proceso virtuoso al invertir el proceso que llevó a la autoclaudicación, construyendo mediante otra bases como la dignidad y la vergüenza; la vergüenza es el principio que salva la libertad originaria del sujeto mediante la comparación de valores paradójicos o contradictorios y seleccionando los elementos que hacen más fuerte la subjetividad que la objetividad, incluso hasta la renuncia al objeto del deseo por la esperanza de una oportunidad distinta y mejor, o equivalente, haciendo de una claudicación una rebeldía.

Esta rebelión que significa la pérdida del objeto del deseo, sustitutiva de la frustración por la esperanza de otra oportunidad, donde el sujeto robustece su integralidad.

La constitución del espacio como la instancia donde la intersubjetividad opera los valores como categorías, en los que se agrupan las acciones y actitudes del sujeto, determinan los diferentes estratos y roles donde se conectan, desde la interioridad, los diversos objetivos que dividen la personalidad entre lo deseable y lo posible; esto último corresponde a las estructuras de la objetividad, que circunscriben a las individualidades estableciéndose una dialéctica entre el deseo del objeto, el objeto y el proceso de integración sintética entre subjetividad y objetividad (Ferrari, 2001).

Al hablar de categorías sociales como roles, estratos, clases sociales etc., es hablar de grandes espacios morales, que tienen sus propias categorías o valores, que permiten el intercambio vía el símbolo o vía el lenguaje de estas categorías, esto es, el deseo del objeto, encuentra los caminos de la realización personal y la formación de la economía del sujeto (economía libidinal, economía del esfuerzo, oferta y demanda amorosa, economía de lo trascendente, etc.), estos intercambios constituyen dos perspectivas dada la definición que hicimos anteriormente (espacio sintético entre sujeto del deseo y objeto), las categorías autotéticas, es decir hacia la construcción del yo y la heterotética que es la relación del yo con el exterior (alteralidad) (De Fiance, 1996).

Hasta aquí hemos planteado las estrategias desde la positividad y el optimismo pedagógico, sin embargo, dentro de los mecanismos de la pobreza los más difíciles de romper son los autoclaudicantes y los procesos culturales enajenantes: ¿Es posible que el sujeto en construcción pueda sin mayores recursos destruir el umbral que los separa de la libertad y lo enclaustra en la obscuridad de la enajenación?, o dicho de otra manera: ¿Cómo romper desde fuera, o desde dentro el síndrome de la autoclaudicación, y generar las fuerzas que transformen la condición del autosometimiento?

La vergüenza y la dignidad son dos valores, que una vez sembrados en cualquier principio de conciencia por parte del sujeto, por sí mismos, generan la base primaria de un comportamiento no claudicante, y sobre esta base es posible diseñar estrategias pedagógicas que desenvuelvan un proceso de reestructuración del sujeto; así también, hacer coincidir elementos institucionales, de parte de la sociedad.

Para edificar intervenciones del estado o de la iniciativa privada en programas tendientes a modificar el estatus de pobreza en que se encuentran los sujetos, como es el caso de Bangladesh (Los microcréditos otorgados a grupos de mujeres que en forma solidaria asumen la obligación de cubrir los créditos en caso de fallas de algunos de sus miembros).

Las macroestructuras (capitalismo) por supuesto que generan nodos difíciles de desarticular en tanto sistema pero, al interior, no son espacios homogéneos e impenetrables, sino que existe una permeabilidad para subsistemas que no obedecen a los determinantes generales del sistema y es aquí, en estos espacios, que no obedecen, de una manera estricta, los autocontroles homeostáticos, donde se puede iniciar los procesos de ruptura con los círculos de la pobreza. Instituciones de créditos como las cajas populares, cooperativas, despachos altruistas, beneficencia pública, etc., demuestran la factibilidad de definir redes paralelas e interactivas con los sistemas de alta rentabilidad (García, 2007).

Conclusión

La ética del desarrollo, es un campo de reflexión práctica que nos aproxima al quehacer pedagógico crítico, orientado a la enseñanza de los adultos y a los trabajos de reconversión general de los procesos de las educaciones nacionales; esto es, una educación para la construcción de sujetos, dueños de sí mismos y de su destino. La ética del desarrollo es una palanca de la liberación y la construcción de la subjetividad no claudicante, y promotora de la redefinición crítica de la educación nacional. Revertir los procesos autoclaudicantes de procrastinación que las mayorías experimentan al enfrentarse a factores que la pobreza induce, en cascada, al interior de la personalidad del sujeto que lucha por liberarse, pero que las estructuras sistémicas lo regresan, tarde o temprano, a la condición de pobre hasta vencerlo y derrotarlo, es la tarea existencial más importante que puede emprender un sujeto.

El modelo aquí propuesto pretende desmontar los subconjuntos de mecanismos de procrastinación más recurrentes y ofrecer otros que fortalezcan la seguridad, la autoestima, la vergüenza y la dignidad.

Bauman, Zigmunt (1999). *Modernidad Líquida*. FCE, Buenos Aires.

Cuesta, R. (2007). *Escaparse de las prisiones interiores: la ética como proceso de liberación*. Xulon Press Incorporated, New York.

Ferrari, J.R. (2001). "Procastination as self-regulation failure of performance: effects of cognitive load, self-awareness and time limits on workingbest under pressure". *EuropeanJournal of personality*. 15(1), 391-406.

Touraine, Alain(2011). *Después de la crisis*. Paidós Madrid

García Viveros, M y Salas Mercado Karina (2007) *Hacia un milenio sin hambre*. Coordinadores. F.C.E. México, D.F.

De Finance, Joseph (1966). *Ensayo sobre el obrar humano*. Gredos. Madrid

Freire, Paulo (1969). *La educación como práctica de la libertad*. Tierra Nueva. Montevideo.

Capítulo IV

Particularidad y universalidad de lo femenino

Transversalidad del poder femenino

Presentación

La instauración del sujeto femenino, bajo principios de irrupción en el contexto de las masculinidades, implica definir los límites que el sistema patriarcal ocultaba hasta la segunda mitad del siglo XX, como es la verticalidad de la estructura de la de dominación, que invisibilizaba el soporte horizontal que funcionaba como una infraestructura y que, ahora dentro de la posmodernidad, se vuelve absolutamente visible y hasta “natural” como el “descubrimiento de América”; esto es, una normalización que se había vivido como algo “antinatural”. Esta nueva condición es la transversalidad del poder femenino, que consiste en la toma de decisiones compartidas y consensuadas antes que impositivas y dictatoriales, típicas del poder masculino. ¿Por qué fue posible esta transición? Fueron los imperativos de la profunda crisis de la posmodernidad los que hacen que las posiciones *alphas* no resuelvan ningún problema y, en cambio, las horizontales o transversales ofrezcan las actitudes correctas para dar paso a nuevos enfoques de la dirección no solamente de las instituciones sino hasta los niveles de micropoderes de la vida cotidiana, lo que abrió la irrupción masiva de mujeres a puestos de dirección y a una etapa de empoderamiento más operante que las anteriores etapas del desarrollo de las feminidades.

Esta nueva plataforma de estructuras de poder divide al mundo en regiones que se convierten en polos de desarrollo desiguales pero bajo el mismo perfil, es decir, no es suficiente ya *países desarrollados*, *países subdesarrollados*, sino regiones policéntricas con iguales capacidades de maniobra en todos los niveles políticos, y las mujeres incursionan con fuerza en todos los centros de poder mundial, haciéndose de posiciones dentro de las instituciones más importantes de la política mundial y de capacidades que desplazan categorías cuasi-sagradas de los hombres como el ejército. ¿De dónde viene esta capacidad o vocación de las mujeres por la transversalidad? Contemporáneamente proviene de la educación y a consecuencia de qué es lo que estudian, esto es, de las ventajas y fortalezas que ofrece la currícula de los estudios universitarios y politécnicos. Por otra parte, el desarrollo de las ciencias sociales no ha permitido consignar dentro de parámetros de cientificidad de las tradiciones sociológicas los estudios de género considerándolos, como una subespecialidad y no como parte de un nuevo paradigma que revise las ideologías de las masculinidades y las inserte en un plano sistémico de lo social.

Introducción

La mujer en la toma de decisiones y puestos de responsabilidad, dentro de las estructuras de una civilización patriarcal, es una dimensión destacada que presenta una nueva imagen de las relaciones sociales.

La posmodernidad, sometida a nuevas crisis profundas, parece ofrecer la oportunidad histórica de mayor emergencia de lo femenino; de ahí la necesidad de establecer las teorizaciones pertinentes que respalden las acciones epistémicas discutibles, para el establecimiento de horizontes intelectuales del liderazgo femenino y la formulación estratégica del empoderamiento en los procesos de consolidación y desarrollo de nuevas oportunidades.

La implantación del sujeto femenino en los espacios directivos del poder, marcan una nueva forma de dominación y manejo de los nervios de las decisiones; esto es, una *morphosis* que se caracteriza por la transversalidad y la cooperación sinérgica democrática. La falta de teorizaciones sobre las bases epistémicas de este liderazgo nos permite abordar supuestos inéditos, que nos ofrecen muchas posibilidades de investigación.

El esquema de la “larga marcha” de la feminidad empoderada, así sea en poca escala, ha venido creciendo sin retrocesos y ampliando su frente de acción en medio de los fenómenos de la globalidad y la crisis general. ¿Nuevas oportunidades? ¿Qué teorías sustentan la conciencia revelada en las acciones asumidas por quiénes escalan las jerarquías del poder mundial?

Las propuestas aquí presentadas plantean algunas ideas que pueden ser claves para la discusión y comprensión del liderazgo femenino.

La necesidad de trascender vía el ejercicio laboral y la asunción al poder

La modernidad trajo consigo dentro de la perspectiva de género, la posibilidad de alcanzar las aspiraciones de una igualdad total de oportunidades, tanto en el desarrollo personal como en el ámbito social. La recuperación de la condición femenina como sujetos encuentra, en la modernidad, una plataforma de posibilidades que podrían permitir “romper con un complejo de fenómenos opresivos” (Suri, 2008).

Las luchas por el reconocimiento de las aptitudes de la mujer frente a las del hombre, es una línea recurrente de las acciones de los feminismos modernos y esto ha traído una constante y acelerada asunción de puestos dentro de la escala laboral y social de la que podemos destacar la velocidad y corto plazo de la ocupación de altos puestos directivos y de dominio por parte de las mujeres.

Parecería que entramos a un predominio de sistema flexible, con límites fáciles de trasgredir, que ofrece sobreponerse a las contradicciones de una etapa de transición tan grande y complicado como marco social económico y político que puede trastornar al modernismo y el rompimiento de los esquemas de poder; facilitando el ejercicio de las estrategias feministas más importantes para un proceso de empoderamiento en todas las regiones donde las mujeres tienen acceso a los medios para un ejercicio específico del mando en microestructuras de poder o en estructuras generales de gobierno.

También se puede observar una feminización creciente en las áreas de los “cuadros medios” de las instituciones más importantes del poder mundial; es fácil encontrar a mujeres, cuyos perfiles señalan nuevas orientaciones que desarrollan otras formas de operación de estructuras complejas y constituyen posiciones y teorizaciones sobre liderazgo no considerados en los sistemas de toma de decisiones, tanto así que se puede configurar un cambio de paradigma en cuanto a marcos conceptuales; que vienen, desde la masculinidad, pero reeditadas hacia estructuras de mando que son propiamente femeninas; aun cuando no se tienen teorías formales, la ciencia de la dirección ha virado 360° grados, de tal manera que podemos hablar de un “renacimiento”, puesto que la perspectiva de género viene a modificar los conceptos fundadores de la dirección; ahora podemos identificar una manera distinta y radical de gobernar, diferente a la que, hasta ahora, habían ejercido los hombres.

La nueva teoría femenina de liderazgo tipificado en Cd. Cabo UGRC/ABANTU en 1998 nos delinea el perfil de las características o “virtudes” del liderazgo femenino: “habilidades de construcción de la paz, fortaleza, paciencia, buena gestión, compromiso, distribución equitativa de recursos, transparencia, unidad en los diferentes niveles, formalidad, buen gobierno, entre otros”. A esto podemos agregar los estudios de Mercadé (2007) y de Rosener (1990) que coinciden en concluir que *dirigir en femenino* “es hacerlo de forma directa, con argumentaciones, diálogos, siempre en equipo, teniendo en cuenta a las personas y transmitiendo las propias ganas e ilusiones”. Las dificultades para este modelo de dirección son la poca literatura teórica o estudios de más profundidad sobre el liderazgo femenino, de ahí el interés cada vez más acuciante de tener referencias epistemológicas sobre la especificidad del gobierno femenino.

En el liderazgo está implícito el poder, que de acuerdo a Foucault (2005) “es una relación social que se ejerce a partir de innumerable puntos en juego de relaciones móviles no igualitarias que cuenta con diversos dispositivos, que crea representaciones de él, que se reproduce y que siempre genera resistencia hacia él”. Podríamos agregar con Turner (1988) que dentro de las construcciones simbólicas del imaginario femenino les permita a las mujeres “jugar” desde la potencialidad de su estadio liminar.

Las perspectivas feministas configuran espacios cerrados y abiertos en una interrelación transgresora de los límites como: público-privado, sagrado-profano, objetivo-subjetivo, sensible-racional entre otros; que inducen a resimbolizar procesos culturales repetitivos secularmente y, en esta redefinición, ubicar la especificidad femenina, incluso cayendo en situaciones de nuevas dependencias o el sin-sentido de la propia existencia y no ver más allá de un presente situacional; esto es, se carece aún de la elaboración de un poder no opresor que se genere desde la creatividad (Suri, 2008); crear un liderazgo implica estar en la línea de pugnar por un poder que no tiranice las relaciones sociales.

Las dimensiones de la lucha por el poder femenino se articulan en dos engranes que soportan el activismo de las mujeres; es decir, una redefinición de sí mismas, y, al mismo tiempo, que provoquen sistemas sinérgicos, que revelen una creatividad en el diseño de nuevas formas horizontales de poder.

Es deseable que en la construcción, en cuanto sujeto específicamente femenino, que no solamente es producto, sino también productor en las relaciones de dominación del poder masculino, en este transitar de productor-producto y producto-productor se establece un camino de tránsito de categorías de integración social y una transformación personal del sujeto femenino; esto es, si manejáramos las categorías de Turner (1997) de ubicaciones transicionales liminoides de las sociedades contemporáneas parecería relativamente fácil explicar las transiciones que el sujeto femenino puede transitar; sin embargo, creemos que la situación es más compleja, porque el fenómeno del empoderamiento es proceso estructural y el sentido de lo liminoide son posiciones de arranque donde inicialmente se ubica el sujeto para escalar niveles de poder; aunque se pudiera hablar de microestructuras de poder a la manera focoulteana pero, tanto de esta última como la anterior, no nos resuelven el problema de la constructividad; es decir, necesitaríamos una guía de las transformaciones simbólicas o de resignificación de las oposiciones de género y las secuelas que esos paradigmas producen a lo largo de las carreras profesionales de las mujeres que han alcanzado puestos cimeros en jerarquías del poder social.

La reivindicación de la mujer y el liderazgo

Cómo parte de las estrategias de la lucha por los derechos a la igualdad y la equidad, se desarrollan, implícitamente y bajo condiciones de invisibilidad, los valores como la autoestima, el reconocimiento y la necesidad de superación personal. El ambiente cultural en el que se desarrollan las mujeres que consiste en sembrar semánticas de discriminación original en las que las mujeres tienen que luchar, en primera instancia, contra sus propios prejuicios de impotencia y luego construir sobre la destrucción de esos arquetipos; los niveles de superación se vuelven, generalmente, más difíciles en vías de la construcción como sujetos de la mujer y así sortear los laberintos de la victimización.

Históricamente las mujeres líderes condenadas y estigmatizadas, proyectaban una idea de la feminidad masculinizada y, frecuentemente, poco femeninas; planteaban dificultades que las mujeres tenían que romper, como las barreras discriminatorias de las instituciones sociales que impedían la manifestación de liderazgos propiamente femeninos, o se transfiguraban en una especie de androides monstruosos en los que sólo agregaban valor al poder masculino. En las últimas décadas, a nivel planetario, hemos visto el surgimiento de una nueva visión del poder, provocado por la influencia cada vez mayor de las mujeres en la toma de decisiones. La acumulación de ventajas adquiridas en la lucha por el poder en la que las mujeres han establecido líneas de empoderamiento y aprovechamiento de nichos, hacen que en la actualidad se pueda indicar que hay diferencias muy grandes en la forma de ejercer el poder y, que por eso, seguramente traerá nuevas perspectivas, no solamente de la irrupción de las mujeres en el gobierno mundial, sino en los cambios cualitativos de la organización social. En este sentido, podríamos agregar las palabras de Segerman-Peck, (1991) de que las mujeres tienen que romper las barreras y obstáculos derivados de los prejuicios psicológicos y organizativos.

Dentro de los parámetros del desarrollo de los recursos humanos y la cultura organizacional, el liderazgo femenino es visto como una simple tendencia a la superación personal; es en realidad una línea de empoderamiento en la que las mujeres se sujetan a escalas de rendimiento acumulativo en el enriquecimiento de recursos propios para poder conformar perfiles en los que los niveles de responsabilidad crecen tanto en cantidad como en diversidad de ocupaciones que, en contrapartida, el hombre, ya no tiene necesidad de abordar para tener acceso a espacios de poder; esto es, el poder femenino consiste en hacer heterogéneo la diversidad de oportunidades y de demandas del mercado laboral, lo que en un principio bajo su anterior posición de dominadas, les daba cierto confort y, ahora, ante esta perspectiva de superación permanente y máxima responsabilidad, las multiplica en sus haberes y saberes. El talento femenino como las aptitudes genéricas para el diseño de carreras profesionales y del ejercicio del poder dentro de las administraciones públicas y privadas, se pueden considerar un capital que es cada vez más aprovechado por las estructuras de poder de las sociedades contemporáneas. La famosa lucha de los sexos y de la competitividad entre géneros se ha venido resolviendo en una mejor distribución de responsabilidades donde la guerra por el talento mejor aplicado en los liderazgos, priva sobre las costumbres discriminatorias, pero la lucha continua por la calidad y la mejora continuas.

La transformación del ser femenino, el ejercicio del poder

El espacio de victimización de la mujer dejaba muy pocas oportunidades para la superación personal de las mujeres, y sigue siendo el lastre y principal obstáculo en los liderazgos femeninos.

El principal enemigo que se presenta en las carreras de las mujeres son sus propios atavismos, y la poca resistencia que ofrecen el confort o la comodidad en roles de menor importancia dentro de los esquemas de poder; dicho en otras palabras, no obstante el avance de la mujer, en lo que respecta al liderazgo, todavía existen limitaciones ancestrales que siguen limitando a la mujer y que la controlan hasta en sus mínimos deseos.

El cuadro estratégico de una carrera profesional de una líder, se establece a partir de una posición de clase, que le ofrece los retos a vencer desde el principio y que funda sus recursos en una línea de administración o de gestión de sus propósitos de superación; en seguida, el aprovechamiento de oportunidades que ella, su familia y el medio le ofrecen; después, la búsqueda de oportunidades en donde aplique su experiencia académica laboral dentro de un proceso de capitalización de las ofertas del mercado profesional.

En forma paralela, el talento de liderazgo incluye la necesidad de administrar la sexualidad, especialmente la reproductiva, y tiene que ser compatible con la línea del deseo de trascender. La incompatibilidad entre estas dos líneas, o la mala administración, pueden provocar que, vía sus efectos colaterales (hijos con problemas, familias disfuncionales) se conviertan en el reproche esencial de la pareja o de las familias de la protagonista. La acumulación de reproches pueden incluso provocar el fracaso de una u otra línea. Mientras esto sucede ¿qué le sucede a la “mentalidad” de la protagonista? Bien, hay varias hipótesis que se pueden trabajar en función de la eficacia de los liderazgos femeninos:

i) la función del carisma o las personalidades; ii) la asertividad que puede ofrecer como protagonista; iii) el desarrollo de habilidades organizativas más horizontales, iv) ser más atenta a fenómenos que la personalidad masculina generalmente desatiende (gusto por el detalle, la amabilidad, la estética, la facilidad de comunicación) v) concepto más diversificado de éxito y iv) el autoconcepto de realización personal.

La interioridad de la protagonista se perfila como esta unidad en donde convergen estas dos líneas mencionadas arriba y, en consecuencia, imprimen el tipo de liderazgo que ejercen tanto en la vida personal como en lo profesional o laboral.

De acuerdo con Rosener (1999) las mujeres buscan intercambiar sus intereses individuales por los del grupo, con el fin de lograr un objetivo más amplio. Así también reconocen a las relaciones interpersonales como base del éxito y no en los puestos jerárquicos. Hasta ahora ha sido así por el vacío como sujeto femenino y por el llenado del imaginario masculino, como fantasma del “otro como sí misma”...

Si tomamos en cuenta estos fenómenos, como un referente, podríamos abundar sobre las habilidades específicas de la mujer sobre el liderazgo. Es obvio que la mujer va a proyectar su interioridad sobre su desempeño, no sólo como persona sino como líder y por tanto, en sus habilidades para ser, pensar o hacer.

En consecuencia, podemos decir que la habilidad central sería la tendencia a considerar los problemas como retos de carácter horizontal y transversal y eso lo hace muy particular. ¿Será siempre así? ¿Será una situación meramente circunstancial, histórica de aquí y ahora?

La administración transversal, se vuelve más competitiva en época de crisis que en épocas de auge, entonces no es casual que se feminicen más los liderazgos de las empresas y de las instituciones públicas puesto que la globalización ha traído gran inestabilidad y cambios profundos en todos los países.

La mujer líder, la perspectiva de los nuevos liderazgos

La mujer ancestral, para transformarse, tiene que construirse; puesto que hay una lógica transformacional que transita desde las tradiciones hacia las innovaciones, convertidas en retos, en aspiraciones y trascendencias.

La diversidad de luchas presentes en diferentes niveles sociales, políticos, económicos podría conducirnos a considerar que se trata de diferentes feminismos cuando, en rigor, es una tipología más orgánica; donde no habría más que dos conjuntos y que serían los generados hacia el interior de la mujer, y el otro, hacia su reconocimiento social. Serían los paradigmas originarios de las perspectivas y de líneas de investigación, que edifiquen las propuestas que definan las tareas de las mujeres de éxito.

En el primer espacio está ubicado en la egología que habría que desarrollar para integrar la diferencia, la especificidad, los enfoques, los imaginarios de la mentalidad femenina, etc., para establecer una psicología asimétrica de lo femenino y, eventualmente, la antropología de la diferencia.

Estos constructos y atractores teóricos no están hechos, habría que hacerlos y, a lo largo de la producción epistemológica, irlos defendiendo de contaminaciones ideológicas, en ocasiones tóxicas, para el establecimiento de teorizaciones sustentables en lo filosófico y en lo científico.

En el segundo espacio, el reconocimiento es esencial para configurar una moral estrictamente feminista, donde ubicaríamos el talento del liderazgo de la mujer; es decir, la tradición de lucha que va de la reivindicación de los derechos hasta la asunción de puestos directivos en los centros de poder mundial y, en concreto, en el gobierno de las regiones o países. La participación global en el liderazgo apenas representa la quinta parte de la distribución del poder (Simón, 2008) que proviene de un crecimiento de la participación de la mujer en los últimos cuarenta años.

Cualquier otra separación categorial para tipificar el feminismo pensamos que podría conducir más a confusión de los planos que a una variedad más estructural de los diversos activismos y movimientos que, a través de los años, se han venido dando en las diversas circunstancias y que han ofrecido oportunidades para destacar el esfuerzo de las mujeres. El pluralismo de tendencias e ideologías que marcan la posmodernidad revelan la búsqueda en la que están inmersos los feminismos de vanguardia y los debates de la actualidad, en los que uno de los espacios que más preocupan a las mujeres es el de la orientación de nuevos liderazgos que capitalicen las oportunidades, que la apertura y la flexibilidad del modelo patriarcal, puede ofrecer para la obtención estratégica de espacios femeninos en la conducción de los intereses humanitarios y de empoderamiento.

Obviamente la relación interna de este paradigma es una dialexis circular, en la que no hay un principio y un final y, por lo tanto, se puede abordar cualquier sustentación, incluyendo las tradiciones.

Si el liderazgo femenino se ha caracterizado como una transversalidad, en nuestro caso, no es un planteamiento tradicional sobre la perspectiva no razonable (razón = masculinidad) sino desde una dominancia no destructiva del otro, es decir una dominancia cooperativa, integradora de los talentos del otro, el trabajo en equipo, construcción de sinergias colectivas, etc., hacia un modelo en la sororidad (Beauvoir 1999) y la fraternidad.

Si quisiéramos hacer una apología del liderazgo femenino frente al liderazgo masculino se podría hacer desde lo virtuoso de la democracia, el trabajo en la paz, una educación para integración social y de una ciudadanía responsable, patrocinado por los liderazgos que históricamente han asumido las mujeres.

Pero nuestra intención no es apologética sino fundadora de una perspectiva de liderazgo ontológico que se enfrenta al valor de otros liderazgos, con contradicciones y proposiciones; se incorporarían también las dificultades y obstáculos, especialmente los transparentes como el “suelo pegajoso” y “el techo de cristal” (Eagly y Carli, 2001).

Esta propuesta es radicalmente diferente al esencialismo feminista que plantea como una condición fundadora lo esencialmente femenino para de ahí lanzarse a una construcción de la diferencia; la propuesta es en el sentido de hacer operativo el paradigma de las diferencias y no radicalizar la extremidad polar que desvincula artificialmente la funcionalidad de los opuestos.

La mujer líder está montada en el funcionalismo de las organizaciones y es el espacio donde se construye la institución, sea familiar, empresarial, el estado, etc., por lo tanto el liderazgo es parte del activismo profesional en primer término y, en seguida, responde a los imperativos de su condición específica que viene de la corporeidad, en tanto identidad existencial y situacional, (la mujer para ser líder tiene que representar una función completa; no hay líderes sin función).

Liderazgo es dirigir, dominar) el dimensionamiento circunstancial de las estrategias que establezca en su lucha por su ascenso dentro de los árboles jerárquicos en los que se estructura el poder marcan, en cierta manera, los liderazgos posibles para las mujeres; el talento para la dirigencia, para la administración de recursos, la racionalidad o la emotividad de la inteligencia, la prudencia para el establecimiento de carreras sostenibles y transmisibles generacionalmente.

Conclusión

Mientras no se construya una epistemología de la interioridad, una egología que instrumente las decisiones integradoras y constructivas de la personalidad básica de la feminidad, así como el desarrollo del talento directivo, no se podrían configurar las condiciones intelectuales para los liderazgos sostenibles de las mujeres. La transversalidad circunstancial no ofrece una ontogénesis del carácter.

La historia de las luchas por las reivindicaciones es una “larga marcha” que va desde la indignación al empoderamiento. Esta marcha se ve como una “travesía del desierto”, esto es, una constante lucha de humillaciones y sometimientos, donde el *acoso sexual* es la “línea general” de trasmisión del poder masculino al poder femenino. El marco general en el que se desarrollan los perfiles de modelos asumidos por generaciones de mujeres que han hecho una inversión elocuente de la libido, puede jactarse de una creciente capitalización del trabajo que va desde las más humildes actitudes feministas hasta los liderazgos espectaculares de países tan importantes como la Gran Bretaña, Alemania, Chile y Argentina.

Los procesos de capitalización del trabajo social y político de las mujeres se disponen en función del poder que, desde cualquier perspectiva personal o colectiva, se han emprendido para constituir éxitos que son referentes de la acción, y del potencial constructivo de las instancias que han definido el aliento de las élites feministas de los organismos e instituciones creadas, ya sea por la sociedad o desde el estado mismo.

Los procesos complejos en los que se ha tejido el liderazgo específicamente femenino, que lo han caracterizado como una diferencia orgánica en la historia de las decisiones, no logran, a pesar de la importancia que han adquirido, sobre todo en los últimos veinticinco años, favorecido por la posmodernidad y los cambios estructurales de la globalización; alcanzar un estatus relevante que pueden constituir una teoría de la dirección con las características académicas para ser difundida y manipulada como discurso teórico-práctico en la administración no constituye un corpus epistémico lo que se ha escrito últimamente, sino atisbos para una teoría, muy valiosos y estimulantes, pero había que insistir más en los códigos, suficientes para referir a un conjunto de principios y categorías que facilitarían la comprensión de la naturaleza del poder femenino.

En estos contextos la “lideranza” es un nuevo demiurgo dentro de la complejidad de las crisis provocadas por la globalidad; adiós a la posmodernidad como crítica de lo racional-irracional de la modernidad. Parecería que estamos abordando el retorno a una vida matriarcal o a una matría, en donde lo masculino se infantiliza y se constituyen los hogares, antes recintos del “patriarca”, en “guarderías” donde se protegen los intereses de los nuevos poderes. Por supuesto, es una circunstancia producto de la crisis general, donde el empleo masculino se ha restringido a números demasiados pequeños, y esto se ha convertido en una nueva oportunidad para las nuevas generaciones de mujeres que tienen, incluso, mejores niveles académicos y profesionales que los hombres y que aceptan menores sueldos por sus servicios, situación que ha permitido el avance de modelos de liderazgo de tipo horizontal que se adaptan mejor a los imperativos, tan cambiantes y tan frecuentes de las variables de los sistemas socioeconómicos, afirmando la perspectiva de nuevos procesos de movilidad en las jerarquías de mandos dentro de las instituciones.

El espectro de las jerarquías de mandos y sus consecuencias en la organización de la sociedad en su conjunto, obedece a los lineamientos de una organicidad en todos los ámbitos de la vida profesional; aun cuando parecería una utopía pensar en que la “historia pueda repetirse”, por lo menos en este estadio de la humanidad, se asemeja a ciertas categorías del poder, que fueron los sueños de muchas guerras emprendidas por las mujeres dentro de lo que se llamó “la guerra de los sexos”.

Los procesos de integración de los talentos femeninos a situaciones de construcción de una teoría femenina de la administración del poder, está aún en ciernes y, por ahora, no hay propuestas que se hayan presentado en ningún medio conocido (foros, congresos, textos, revistas, libros, etc.) en los que se defina sistémicamente los pormenores de una teorización del poder femenino; lo que existe son estadísticas del crecimiento de los espacios ocupados por mujeres pero no constituyen elementos intelectuales en los que se pueda basar el pensamiento de las nuevas generaciones de feministas por el empoderamiento de la equidad y el desarrollo de las perspectivas de género. Los hitos muy honorables, dignos e importantes en la elaboración de teorizaciones significativas, aún esperan los elementos que puedan edificar un corpus estrictamente femenino desde la comprensión ontológica como diferencia y como génesis de la otredad, en tanto valor en sí mismo; egológicamente se plantearía como una plataforma que deconstruyera los arquetipos que invisibilizan la mujer como sujeto.

Mientras tanto, suena el clamor de que los liderazgos femeninos tengan una teoría, no solamente de la transversalidad del poder, sino de la posibilidad de flexibilizar tanto vertical, horizontal o circular, la fuerza de la toma de decisiones; es decir, todo este proceso de feminización de los liderazgos suscita toda clase de fantasmas pero, solo podrá consolidarse, así sea en términos realistas, si se construye una teoría de lo femenino que se sostenga epistemológicamente e incorpore los propósitos de equidad o igualdad entre los sexos.

Referencias

- Bolos, Silvia (coord.). (2008) *Mujeres y Espacio Público: construcción y ejercicio de la ciudadanía*. Universidad Iberoamericana. México
- Eaglym A.H. & Carli, (2007). *Trough the labyrinth. The truth about how women become leader*. Boston. HarvardBusinessSchoolPress.
- Foucault, Michael. (2009). “Las mallas del poder” disponible en <http://www.ramwan.net/restrepo/poder/foucault-mallasdelpoder.pdf> recuperado el 15 de diciembre 2011.
- Segerman-Peck, L.M. (1991). *Networking and mentoring. A woman’s guide*.
Londres: JudyPiatkusLtd; en Cristina de la Rosa Cubo, et al (2010) *Innovación educativa e Historia de las relaciones de género*.
- Simón Rodríguez, María Elena. (2008). “*Hijas de la igualdad, herederas de injusticias*”. Ed. Narcea. España.
- Suri Salvatierra, Karime. (2008). “Transgresoras: mujeres liminares hacia la re-creación del poder” en Rosener, Judy. (1990) *Ways Women Lead. Harvard Business Review*.
- Mercadé Anna (2007). *Dirigir en Femenino*. Ediciones Gestión
- Tunmer, Victor W. (1988). *El proceso ritual*. Taurus, Madrid
- Tunmer, Victor W. (1997). *La selva de los símbolos*. Siglo XXI, México
- Lagarde, M. (1993). *Identidad Genérica y Feminismo*. Ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. México, D.F.
- De Bouvoir Simone. (1999). *El segundo sexo*. Alianza Editorial, México.

Las Ciencias Sociales y los estudios de género

Introducción

La crítica a las ciencias sociales desde la feminidad es una nueva perspectiva, tanto en la incidencia que tiene en el género, cómo en los mecanismos de trasgresión y avance en las relaciones sociales entre los sexos.

La primera evidencia de crear teorizaciones laicas sobre la mujer se encuentra en la Ilustración a través de las universidades y Centros de Estudios Sociales, y surgen en un intento por desvincularla de las dependencias religiosas y definir una versión científica sobre las mujeres, en tanto “grupo social”. Esta aproximación teórica sólo reflejaba el comportamiento masculino, por lo que al considerar a la mujer como grupo social, se **incorporaba** a la naciente sociología como un **objeto más y no como sujetos**. Esta situación no se revierte hasta finales del siglo XX, a partir de las luchas feministas cuando las mujeres transitaron de objeto-sociales a sujetos-sociales, surgiendo con ello un nuevo enfoque donde la discriminación, implícita en los epistemas es levantada de una vez y para siempre (Irigaray, 1979; Cixous, 1976). Las teorías clásicas que sólo encajan en el mundo masculino y la legitimidad social, se basan en la subordinación de la mujer (esposa, madre, hija, etc.), que se asimila a las posiciones de clase, roles y estratos del jefe de familia, estas categorías empiezan a declinar y, con ello, la nueva sociología revela una descomposición teórica que es necesario meditar y replantear.

Se empieza construir un nuevo “concepto” que coordina los feminismos que se han sucedido en los últimos cuarenta años. Concepto formado a partir del surgimiento de los estudios epistemológicos que sustentan la científicidad de la postura crítica y la construcción de teorías sociológicas donde se incluye el universo de la mujer.

En este contexto las mujeres sólo plantearon reivindicaciones de carácter jurídico-político (Beijing, 1995), al no tener una teoría propia, se convierten en críticas de las teorías existentes y su práctica, es una lucha judicial con algunos replanteamientos sociológicos particulares.

Así también, el marco histórico pasó del modernismo al posmodernismo, debido a procesos de globalización política y económica, así como al nacimiento de hegemonías políticas emergentes que rompieron los regionalismos que definían la arquitectura de la modernidad durante cinco siglos y se empezó a configurar la mundialización digital que está rediseñando otros paradigmas que modifican cualquier estructura preexistente, y que aún no conocemos sus alcances.

El desarrollo de la teoría social y su crisis en el siglo XXI

Terminamos el siglo XX e iniciamos el nuevo siglo con las ciencias sociales en crisis debido a la debilidad metodológica; esto es, se carece de fundamentos filosóficos actualizados, que reubiquen los epistemas que establecían perspectivas y desarrollos explicativos de lo social; esta crisis da la impresión de que hay que volver a los estudios primarios, así como reubicar su estructura para poder hacer planteamientos contemporáneos; tampoco incluye la nueva perspectiva digital y, por lo tanto, no ofrece un soporte axiomático, ni material, cuya relevancia, así sea transitoria, resulte incuestionable como principio de certidumbre científica. Otra cuestión fundamental que presenta y de acuerdo a Maffesoli (2004), hay quienes plantean el surgimiento de una *sociología de lo individual* como el objeto esencial de lo social, esto es, desde el individualismo replantear la sociabilidad y con esto englobar a la mujer como otro individuo; entonces, en una sola propuesta reivindicar la posición de la mujer como individuo, y al hombre, como “otro individuo”, planteamiento que corresponde a una función de “objetos” y lo que está en cuestión es dar cuenta de las relaciones entre “sujetos” por lo que no se ha adentrado casi nada en lo que a *Theoría* se refiere. Iniciamos el siglo XXI carente de herramientas que permitan generar una ofensiva reconstructiva y dismanteladora de los criterios historicistas, y que tenga eficacia frente a la universalidad del sistema patriarcal.

El feminismo modernista recategorizó los valores metodológicos en los que se había sustentado la teoría social al explicar en un eje central la determinación, o mejor dicho, el apotegma que lo femenino no es lo mismo que lo masculino y que ninguno de los dos ejes en, sí mismos, son universales; había que reconsiderar una nueva sociología que diera cuenta de la diferencia y, entonces, es cuando debió haberse hecho trabajos femeninos y diferenciados; en la posmodernidad este criterio se supera al replantear la edificación del nuevo paradigma que ya incluye esta crítica de la diferencia y supera aquella en que establece los perfiles de los sujetos femeninos, plenos de derechos, ciudadanas y competidoras, al mismo nivel que los sujetos masculinos. ¿Pero qué hay después de esta situación, respecto de una nueva ciencia social? No hay nada, no conocemos de planteamientos amplios y serios sobre investigaciones que cambien radicalmente los supuestos epistemológicos de una nueva ciencia social, o sea, los nuevos autores trabajan con viejos instrumentos de investigación (Gayle, 1975).

El fantasma del retroceso

Contar con una conciencia feminista, o de lo femenino, ha sido un largo proceso de más de tres siglos, y en el devenir histórico se ha visto amenazado con las tendencias de considerar la categoría de género como sinónimo de feminismo, lo que complica entender los diferentes aspectos que abarcan, y es necesario diferenciarlos con categorizaciones más precisas, donde las ciencias sociales aporten material epistémico importante.

Esta diferenciación es una problemática típica de las ciencias sociales; pero, lo más importante está en el enfoque en la que la problemática es absorbida por las adquisiciones científicas del pensamiento social y, su profundidad, es capaz hasta de romper los paradigmas que sustentan las propias ciencias sociales.

No es extraño que las críticas hechas a las ciencias sociales desde el feminismo (sobre todo desde la teoría del poder político) y también desde el género (a partir de lo científico-cultural) aborden cuestionamientos de forma y de fondo al corpus de las ciencias sociales; en otras palabras, los niveles de comprensión entre lo que hace el feminismo y lo que hace el género frente a las ciencias sociales, es bombardear desde dos ángulos las “verdades” en las que se han sustentados los parámetros de la historia de las ciencias sociales, con el afán de edificar una estructura en donde la mujer aparezca en su plenitud, como sujetos y como portadoras del desarrollo de la humanidad. El primero se centra en la idea de que lo femenino, o el género femenino, son situaciones de sujetos y no de objetos y, por lo tanto, son relaciones complejas entre los sujetos, es decir, los investigados y los que investigan; el segundo ángulo es, rescatar la influencia que tiene el ámbito histórico o el “estado del arte” de las teorías que investigan o que transversalizan los parámetros sexistas, machistas o patriarcalismos arcaicos o contemporáneos.

La plataforma general en la que los feminismos y los estudios de género convergen en nodos de una red distinta a la de las redes del conocimiento social, le permite navegar en una disforia permanente entre la imagen de sí mismas y la verdad de su condición como sujetos, es un campo de crítica permanente a los axiomas que predominan en la cultura social y que envuelve el espacio en el que pueden discutirse los avances del pensamiento.

De las perspectivas femeninas hasta el feminismo como movimiento, existe una multiplicidad de praxis de cuerpos femeninos sociales que han ido sembrando una cultura de enfrentamiento político-educativo-cultural-religioso, etc., que enmarca los triunfos o conquistas que se han obtenido a través de Naciones Unidas, Conferencias Internacionales, Congresos, y que ofrecen un margen de movilidad y de transparencia sobre las relaciones reales de los sistemas de poder mundiales y donde las ciencias sociales no pueden pasar abiertamente las barreras que impone la academia ante el poder político. Desde esta plataforma y en el “campo de guerra” en que se desenvuelve la confrontación feminismo-género versus ciencias sociales, el avance de los derechos de las mujeres y las propuestas teóricas, muchas de las veces, se quedan atrás de lo que significa para la vida práctica de las mujeres y, en consecuencia, los feminismos y los estudios de género, son jalonados por una vida política más congruente con la realidad que deja de lado las utopías teóricas que tardan un tiempo en llegar a un mismo nivel real de pertinencia.

Las ciencias sociales y la necesidad del rompimiento del paradigma patriarcalista

En el amplio recorrido de las ciencias sociales, ninguna corriente se ha ocupado de desarticular los arquetipos del patriarcalismo y de los supuestos científicos que lo sustentan, por lo que sigue siendo una tarea pendiente de las ciencias sociales. Una autocrítica de los fundamentos y de la psicogénesis que debe plantearse como base de la diferenciación físico-intelectual de los sujetos; no basta con los planteamientos de la filosofía social, sino que es necesario bajarlo a una crítica metodológica de las ciencias sociales; esto es, revolucionar tecnológicamente las medidas tanto de enfoque como de desarrollo de los estudios sociales. A este encuentro habría que agregar los propósitos de una filosofía integracionista que defina los criterios de apreciación tanto epistémicos como sus referentes sociales históricos.

Las ciencias sociales están instaladas en una “zona de confort” que, desde su fundación, se mantienen en una retórica masculina, falocéntrica, egocéntrica, etc., del que es necesario desplazarla, hacia una comprensión de lo femenino, “medusa”, “serpiente”, etc., e iniciar procesos de acercamiento epistemológico entre estas dos grandes vertientes para deshacer la retórica unívoca de las ciencias sociales y poder incorporar el discurso, así sea tenue, de los feminismos y de la investigación que las mujeres han iniciado desde la crítica general a la construcción del género.

El cuerpo femenino construido a partir del cuerpo masculino

Las reivindicaciones realizadas por intelectuales mujeres en los últimos 40 años es una historia de la voz que ha puesto de manifiesto las tonalidades de un esfuerzo en manifestar las diferencias dentro de la retórica masculina y tratar de construir una perspectiva feminista que explique y transforme su inclusión en el texto de la ciencia; sin embargo, esta voz se ha convertido en voces y en un proceso de distorsión de intereses de grupúsculos, que han debilitado su ataque frontal al patriarcalismo imperante en el discurso, y en la tendencia de la científicidad social, de tal manera, que no se tiene ahora sino un frente muy amplio de propuestas demasiado pequeñas para poder abordar la totalidad de los fundamentos de la teoría social masculina.

Es necesario regresar a un movimiento más amplio feminista que incorpore voces de mujeres que han avanzado enormemente en sus conquistas y que resulta políticamente más combativo y, estratégicamente hablando, más eficaz frente a tácticas demasiado cerradas de los grupúsculos. Frente a este planteamiento, las ciencias sociales, se abrirían incorporando las propuestas que, en una estratificación lógica podrían abordarse para cambiar los paradigmas en las que se sustentan cada una de las ciencias sociales, según los campos de interés y objetos de estudio diversos.

Sería reconfortante que los movimientos feministas redireccionaran el paso para enderezar estrategias que pudieran cambiar nuestra visión del mundo, por lo menos en una visión de medio siglo y que pudiéramos observar los movimientos necesarios para que las ciencias sociales pervivieran en su interés por profundizar el conocimiento de las características de las sociedades, grupos, y del individuo, en tanto sujeto que toma las decisiones de su propio e intransferible porvenir.

La crítica a las ciencias sociales desde el feminismo se sustenta en las siguientes dimensiones: i) crítica al patriarcalismo, ii) dismantelamiento de la heterosexualidad como norma, y la iii) reivindicación de derechos. En este horizonte se ha mantenido en los últimos 40 años; los resultados han sido positivos para las tres vertientes pero falta un camino por recorrer; es decir, no se tiene una nueva epistemología que incorpore la crítica hacia los prejuicios que fundamenta la teoría social clásica; en este sentido, cabe señalar que la crítica al patriarcalismo se ha quedado en la superficialidad de la descripción de los poderes de dominación a través de las redes sociales que forman las sociedades contemporáneas, que normalizan las estructuras de poder subyacentes en la dominación masculino-femenino y, es evidente la necesidad de cambiar la del “saber” que hasta ahora invisibiliza el “saber femenino”, conjuntamente con el saber masculino que lo avasalla.

Los esfuerzos de Haraway (1984) y De Lauretis (1984), entre otras, en criticar a las ciencias sociales, por no mencionar el trabajo de las mujeres científicas, es muy importante, pero la continuidad en este espacio de investigación y de crítica se ha ido debilitando en los últimos años; es necesario retomarlo, replantearlo y desarrollarlo bajo criterios más radicales que tomen en cuenta el avance mismo de las relaciones de producción en un mundo globalizado y, hasta cierto punto, una libertad mayor para el acceso a la **sociedad de la información**; que pueda robustecer relaciones de dominación diferente a las sociedades de la **guerra fría**. Es inexplicable que una nueva conciencia de clase en las luchas sociales se aplanara, de tal forma que la invisibilidad de la mujer se presentara en el silencio, como una **inexistencia de las relaciones sexuales** bajo un nuevo contrato sexual, y donde la explotación en las relaciones de poder, desaparecieran; por lo que resulta inaceptable que las feministas y los estudios de género no retomen el camino crítico que destaque la existencia de estas relaciones que hacen, de la mujer actual, un ser en transición a ocupar espacios sociales de un nuevo empoderamiento, por lo menos en ciertos sectores de las clases medias blancas; esto es, abrir un campo de investigación no tocado por un eje central de la teoría marxista de las ciencias sociales. Así como esta propuesta hay muchas otras en donde la teoría de género ha abierto, después de una nueva constitución de la conciencia femenina, pero observamos que hay un debilitamiento en la peculiaridad de la construcción y movilidad de los elementos arquitectónicos de la subjetividad femenina; es decir, se forman conceptos pero no una teoría general de la conciencia de la mujer. Los ejemplos que proporcionan los estudios de género representan sólo modelos hechos a través de los parámetros de la investigación, pero no se trasladan a un cuerpo teórico que determine qué cosa es la mujer, como género, más allá de la generalización: “un constructo social”.

La construcción de la conciencia femenina (Educación, pedagogías, técnicas y protocolos)

Las ciencias sociales tienen infinitos “objetos sociales” en qué ocuparse, pero es su responsabilidad atender también la integración de las críticas por los “olvidos” que plantea la perspectiva de género. La constructividad de la conciencia femenina no es solamente desde el cuerpo (tampoco, sin él), sino de los constructos sociales mismos, implicaría incorporar a la mujer en la historia; porque la invisibilidad implica la nulificación, no sólo de los sujetos particulares, sino de la MUJER; dicho de otra manera, es a partir de la construcción de la negación de la presencia de las mujeres y de una teoría negativa de la construcción. De paso, el género trasladaría las apreciaciones de la diferencia hacia el reconocimiento de la identidad con lo que, de una construcción social, se convierte en una ontología de la mujer, que desarma los misterios que ha rodeado la conciencia femenina (Kent, 1947 y Benstock 1988).

La educación es un espacio privilegiado para la construcción de la identidad y el establecimiento de perspectivas individuales que se definen a partir de teorías pedagógicas aplicadas y asumidas a través de las técnicas didácticas que se incorporan a relaciones subjetivas de contenidos culturales, por lo que es en la educación básica donde se siembra el futuro de las conciencias.

Esta circunstancia nos hace pensar en que en la educación encontraríamos el canal de los contenidos que cambien la reproducción de los modelos patriarcalistas, esto es, pensar en que son las mismas mujeres encargadas de la enseñanza de las nuevas generaciones las que, en su cotidianidad profesional, sean los instrumentos de la ruptura epistémica de los constructos del sistema patriarcal, que condiciona la interacción y que modela los atractores que mantienen al sistema dentro de un funcionalismo masculino, y que tendría que evolucionar con educación, llámese nacional o de cualquier otra índole, para que sea un acompañamiento en los propósitos de mover la conciencia femenina rumbo a una remodelación de sujetos femeninos. El feminismo se encuentra en una encrucijada donde se tienen que intercambiar los instrumentos necesarios que permitan trasladar la axiología de las luchas feministas hacia una pragmática que ubique a la mujer actual en una línea de conciencia histórica distinta a las mujeres de otras épocas.

Conclusiones

La crítica que hacen las mujeres a todo el sistema patriarcal, no está enfocada a descontrolar la dinámica de los sistemas patriarcales, sino simplemente que esas dinámicas les den un espacio de poder generar una identidad propia. Hay que enderezar una crítica a lo que no trata de cambiarlas; a las circunstancias donde los estados y las organizaciones de mercados, que no son capaces de absorber las disfunciones que generan los cambios de tecnologías por mano de obra.

Los “aprendices de brujos” de la economía actual generaron financieramente grandes ganancias a base de generar serios problemas sociales, y las ventajas regionales que existían entre el desarrollo desigual de las capacidades productivas, esperan, que por sí solas las fuerzas del capitalismo reequilibren la situación de pobreza generalizada en la que están inmersos los mercados del mundo.

La crisis de las ciencias sociales como parte del sistema capitalista tiene que modificar el paradigma hombre-mujer para poder desplazar los problemas pobreza-riqueza y dar apertura a una ciencia social feminizada. Se entiende que la crítica que hacen los estudios de género a las ciencias sociales en general, es destruir la relación hombre-mujer como sistema de dominación y, desde hace cuarenta años, se ha establecido un espacio de crítica permanente sobre los elementos que implican una relación paradigmática entre los dos elementos básicos de la especie humana.

En este sentido el denunciar al positivismo como fundador de la teoría social, que cosifica al sujeto femenino, en una referencia oculta y mediante mecanismos de abstracción, la invisibiliza y la absorbe, de tal forma que nulifica la presencia y la acción de la mujer como interventora permanente de lo social. Las mujeres no pueden permitir que en el hundimiento de la teoría social positivista, se hundan también sus éxitos, que pueden definir a la teoría social como una sociología prejuiciosa y androcéntrica por lo que se requiere una sociología crítica e igualitaria.

Referencias

Benstock, S. (1988). "The private self". Theory and practice of woman's autobiographical selves. Ed. The University of North Carolina Press. Chapel Hill.

Cixous, H. (1995). "La joven nacida", *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, Barcelona, Anthropos. Edición original en francés de 1975.

De Lauretis, T. (1984). *Alicia ya no*, Madrid, Cátedra, 1992, trad. cast. Silvia Iglesias Recuero (original en inglés de 1984).

Gayle, R. (1975). "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", en Rayna Reiter, ed., *Toward an Anthropology of Women*, New York, Monthly Review Press (1975). "El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo", *Nueva antropología*, Vol. VIII, N°30, México 1986.

Haraway, D. (1984). "Class, race, sex, scientific objects of knowledge: a socialist-feminist perspective on the social construction of productive knowledge and some political consequences", in Violet Haas and Carolyn Perucci (1984).

Irigaray, L. (1974). *Speculum. De l'autre femme*. (Éditions de Minuit). Paris, France.

Kent, V. (1947). *Cuatro años en París 1940-1944*. Ed. Sur. Buenos Aires, Argentina.

Maffesoli, M. (2004). *El nomadismo-vagabundeos-iniciáticos*. Colegio de Sociólogos. Perú Org... *El nomadismo-vagabundeos-iniciáticos*. 1ª Edición en Francés 1997 y 1ª. Edición en Español 2004. 1ª Reimpresión, 2005.

ONU. (1995). *Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer*. Beijing, China Disponible en <http://www.un.org/spanish/conferences/Beijing>.

Capítulo V

Espacio y digitalización de lo femenino

Urbanismo en el quiebre del paradigma de lamodernidad

Presentación

El protagonismo de la mujer contemporánea va rompiendo ciertas estructuras que se consideraban monolíticas, porque el espacio urbano era concebido desde la perspectiva masculina pero, ahora con las formas en las que la mujer va tejiendo su propia identidad, va modificando esas estructuras masculinas para convertirlas en su propio dimensionamiento de su imaginario, tanto en su percepción ciudadana como de su individualidad. El nuevo espacio urbano de estas nuevas ciudades proyectan una nueva participación de la corporeidad femenina y lo fijan en nuevos pasajes de tránsito de la evolutiva simbólica de la cultura femenina, con valores, prospectivas, y utopías que proyectan una fuerza que tiende al rediseño de los espacios masculinizantes en oportunidades de transformación y reubicación de la monumentalidad en la que las viejas ciudades tienden, ya sea a ser eliminadas o en proceso de reasignación semántica, para conformar femineidades dentro de una ciudadanía que, no obstante la verticalidad de muchas, se consolide el empoderamiento de las adquisiciones femeninas en el espacio familiar que pasa del manejo de interiores hacia el manejo de la exterioridad, como un continuo entre interior/exterior y la coherencia entre los diferentes espacios tanto de ciudades como del concepto de habitáculo familiar.

Las nuevas virtualidades en el espacio urbano plantean una feminización en cuanto a la tendencia de ubicar más *centros comerciales* en vez de *plazas renacentistas*, esto es, encerrar lo femenino como el *centro comercial* por excelencia (Yo soy totalmente Palacio).

Introducción

La ciudad contemporánea se ha convertido en el centro privilegiado del interés de la humanidad, toda vez que en ella se ha fincado la utopía de una vida mejor. Sin embargo, las ciudades han crecido a costa del deterioro de las condiciones sociales y ambientales; Lo que conlleva a que, si no se planea el crecimiento urbanístico, se corre el riesgo de convertir este movimiento en ghettos altamente problemáticos; de ahí que se hayan desarrollado las construcciones habitacionales en células amuralladas o grupos pequeños de habitaciones enrejadas y sin conexión entre ellas; redes caóticas de subciudades al interior de estas grandes urbes, creando contradicciones e incongruencias que destruyen una cultura que viene desde el Renacimiento, conminando al hombre moderno a espacios demasiado estrechos o ciudades aéreas, donde se pierde la visión del mundo y se destruye la integralidad del sujeto.

La ciudad de la posmodernidad, debe resolver la tendencia de ciudades pluricelulares que han convertido al hombre, del límite de la modernidad, en un “niño eterno”, cuyo desenvolvimiento ha sido en “ciudades guarderías” y lo han convertido en el pasto de los movimientos de masas y del consumo de la virtualidad, despersonalizándolo y mutilando su conciencia antropológica; impregnando todos los paradigmas de género, de conciencia política, ética e histórica.

Importancia actual de la ciudad

La ciudad, hoy más que nunca, se ha convertido en el centro de interés de la humanidad, pues en ella finca la esperanza de una vida de calidad. Así se muestra con los altos índices de migración que se han presentado en la últimos 60 años: en el mundo más de la mitad de la población humana vive en zonas urbanas y se espera que, para el 2030, el 75% de la población viva en grandes ciudades (UNFPA, 2007).

La ciudad es la imagen del mundo del sujeto

El campesino migra a la ciudad huyendo de la miseria del campo y por tener la posibilidad de mejorar sus niveles de vida; sin embargo, al crecer las ciudades sin ninguna planeación, se provocan cinturones de miseria enormes y complejos; de ahí que, para no cancelar un futuro promisorio del hombre actual y de las mismas ciudades, se tomen medidas, aquí y ahora, sobre cada uno de los aspectos de la vida posmoderna. El diseño del espacio y del papel de la naturaleza al interior de los artificios constructivos, se espera coadyuven a una integración de la personalidad al servicio del hombre mismo. Los gobiernos deben estar conscientes de que la urbanización es un hecho inevitable y lo que se debe hacer es tomar medidas pertinentes para hacer de esa circunstancia un evento positivo. Se debe planear con anticipación todos los aspectos:

a) Económico: creación de centros de trabajo con nuevos empleos; b) Social: seguridad médica, escuelas, centros recreativos etc. c) Infraestructura: creación de fraccionamientos, agua potable, drenaje, alcantarillado, avenidas, medios comunicación; dentro de una visión a futuro deseable y así evitar los graves problemas que tienen las grandes ciudades, como la ciudad de México y la destrucción del medio ambiente general; así puede llegar el día, en que los vehículos particulares no puedan transitar en la semana y la violencia cotidiana sea cada vez más brutal. En lo general, las ciudades han crecido a costa del deterioro de las condiciones sociales y ambientales; de ahí el interés de hacer consciencia en la ciudadanía de la importancia que tiene la planeación urbanística de las nuevas ciudades. Si no se planea el crecimiento urbanístico, se corre el riesgo de que, este movimiento, se convierta en ghettos altamente problemáticos; en este momento el desarrollo de las construcciones habitacionales se tienen que hacer en células amuralladas o grupos pequeños de habitaciones enrejadas y sin conexión entre ellas, haciéndose redes caóticas de subciudades al interior de estas grandes urbes, creando contradicciones e incongruencias que destruyen una cultura que viene desde el Renacimiento.

Conminando al hombre moderno a espacios demasiado estrechos y al surgimiento de ciudades “aéreas” o “verticales” producto de la rentabilidad del suelo que destruyen la tradicional “vinculación edípica con la madre tierra”.

Su anterior “seguridad” e “identidad” se transforma en una relación con lo “virtual, ideal, abstracto” y, como consecuencia, lo condenan a “flotar” en hiperrealidades frente al “desastre o caos” de la sociedad histórica, real. ¿Esquizofrenia, “pirurismo” “yupismo”, moda pasajera, capitalismo en transición, etc.? donde se pierde la visión del mundo y se destruye la integralidad del sujeto.

El delimitar la imagen de la ciudad que tienen los ciudadanos constituye el punto de partida para la planificación del futuro, una vez que se le puedan incorporar las necesidades, deseos, sueños, etc. de la representación simbólica de sus habitantes, toda vez que “la imagen urbana es la suma de creencias, ideas e impresiones que una persona tiene de una ciudad u organización” (Kotler, Ph.; Haider, D.; Rein, I., 1992), de ahí que la historia de la polis, es la historia de las civilizaciones. En el Renacimiento las imágenes de la ciudad eran el orgullo de sus habitantes y sus gobernantes, lo que permitió planificar nuevas infraestructuras y gestionar una nueva maquinaria urbana.

Repensar la ciudad es una necesidad de nuestro tiempo, para evitar lo caótico de las tendencias del desarrollo actual; porque el hombre es producto de su vinculación con su espacio y el espacio es una construcción de su imaginario.

Una vez edificado el espacio se convierte en experiencia del ciudadano. La esencia de la ciudad la construyen los diversos materiales, entre ellos la representación, los símbolos, la memoria, los deseos y fantasías. Por lo que al diseñar cualesquiera de los emplazamientos urbanos estamos conformando un perfil de ciudadano y las implicaciones programáticas que puede tener para los especialistas, es verdaderamente enorme. Lo que determina que la creación de nuevas ciudades se empiece por definir el perfil del hombre del futuro.

El diseño de las ciudades producto de la escuela de Bauhaus y Le Corbusier entre otros, han quedado en la experiencia de lo que restó el siglo XX y esos diseños normativos han llegado a su obsolescencia; es necesario crear nuevos modelos acordes a estas nuevas realidades. El diseño anterior estaba basado en migraciones mínimas y las tendencias actuales son macromigraciones, de ahí que la presión sobre la velocidad de crear infraestructuras urbanísticas es mayor y más costosa. En este sentido ya Aldo Rossi en 1966 entendía *a la ciudad* como el “lugar de la complejidad, de la memoria urbana, de tantos elementos irreductibles e irracionales”.

En su libro *Las ciudades del deseo*, André Antolini e Yves-Henry Bonello (1994) conciben a la ciudad como “el lugar de las prácticas rituales, de la tensión y del muticulturalismo”, lo urbano como recinto de la ley y la transgresión, son presentados como alternativa para que la ciudad siga vigente. Las ciudades de la posmodernidad son ciudades de la fuga, ¿de la “evasión” de la realidad?

La misión de la ciudad es establecer un uente entre el pasado y el futuro, ya no puede existir futuro sin memoria del pasado (Véase WinWenders, Hans Kollhoff, *Una ciutat. Una conversa*). De ahí que una de las misiones clave del arte en la metrópolis ha de ser la de colaborar a desvelar estos vestigios, recuerdos y fuerzas. El mecanismo que nutre las ciudades no es estrictamente racional sino que se apoya en una coherencia dinámica hecha de tensiones, pugnas y pactos entre agentes y operadores heterogéneos.

Asimismo, es relevante la función trasgresora y la innovación de los sistemas de vida dentro de las perspectivas del derecho y el arte, entendiendo al derecho como lo permitido en el consenso de la colectividad y mecanismos de evolución.

La ciudad se vuelve en un lugar de comunicación, de información, de socialización e itinerarios lúdicos. De ahí la importancia por construir espacios públicos que permitan, entre otras cosas, la democratización de la sociedad, pues cada vez que un lugar público se privatiza, es la colectividad la que pierde y ve mermado su derecho a participar de la ciudad (El concepto del "derecho a la ciudad" nace del pensamiento social de 1968 y es fundamentado por Henri Lefebvre en su libro *El derecho a la ciudad*). Este "derecho a la ciudad" se debe ampliar con la exigencia del derecho a la memoria, a la belleza y a los lugares para expresión de la comunidad. Aquí radica el lugar metropolitano del arte. Esto fue válido hasta los años sesenta; después de los setenta a la fecha, la tendencia, ha sido exactamente contraria; se han creado subciudades internas en espacios étnicos o tribales privados donde estas “reservaciones” constituyen espacios ya no de marginalidad sino espacios de libertad interior para estas tribus, de ahí los barrios chinos, mexicanos, gays, árabes, etc.

¿Cuál es la imagen, el perfil del hombre y la mujer contemporáneos?

Desarrollar el espacio es desarrollar la conciencia del ciudadano: Los urbanistas deben de pensar en ello antes de poner un ladrillo. Las ciudades plenas de contradicciones insolubles y la globalización mundial como contexto son marcos relevantes de la circunstancia a vencer con espacios de expansión suficiente para el desarrollo de una conciencia libre y comprometida con su tiempo histórico. Las relaciones de género, la reproducción, ¿nuevas perspectivas ciudadinas?

Estos retos son el incentivo necesario para implantar nuevos paradigmas de participación hacia una cultura ecologista y democrática, una vuelta a un racionalismo con valores como la dignidad y el amor.

¿Vamos a hacia la pérdida total del hombre? ¿En que se convertirá?

Las utopías generadas por la literatura de la ciencia ficción durante el siglo XX nos señalaron los límites en que ciudades ultra racionalistas podrían conducir a la casi exterminación del hombre como sujeto y nos advirtieron de los procesos extremos de las tecnologías y el manejo de un poder político antihumanitas por lo que no podríamos imaginar nuevos espacios sin considerar la alternativa de la destrucción del hombre, si perdiéramos la distancia marcada por la razón. “El mundo de mi realización, de mis expectativas, soy yo mismo”

La educación y las instituciones formadoras de mano de obra calificada tienen que ser acordes a los conceptos que maneja la ciudad, eso le proporciona una vocación, un espacio urbano, un destino.

El espacio es generador de proyectos individuales de vida. La conciencia ciudadana es el pensamiento del ciudadano y reflejo de la organización de la ciudad y su interacción con la estructuración del sujeto. Para el ciudadano, ciudad y sujeto, es lo mismo.

La forma de hacer objetiva esta relación es vía las instituciones educativas.

La realización del hombre-ciudadano es el manejo de las estructuras productivas de la ciudad y la vinculación con el sujeto. La humanidad necesita vivir en un ambiente configurado por límites, puertas, puentes, caminos y vacíos. Desea lugares de relación como plazas, mercados, centros comerciales, escuelas, así como espacios mixtos como estadios, canchas deportivas, clubes, salas de baile y discotecas: espacios sacros, como las iglesias; símbolos del poder, el gobierno, las entidades bancarias y los museos. Las puertas se han convertido en estaciones, puertos, aeropuertos e intercambiadores. La escuela ha sucedido a la iglesia como foco estructurador del barrio y como centro de transmisión de pautas de vida social. El museo y el centro de arte se han convertido en los máximos focos de transmisión de civilidad, urbanidad y gusto. El espacio de los espectáculos deportivos especialmente el campo de fútbol constituye una recreación mítica del verde espacio rural en el interior del perímetro urbano, tal como en la Edad Media o el renacimiento los claustros en los monasterios y cartujas. (Montaner, 1992)

El conjunto de la ciudad es el mercado (hoy los grandes centros comerciales o mall) donde el ciudadano encuentra todo lo necesario para su subsistencia física y mental. Encuentra trabajo, donde consumir, donde relacionarse, donde reproducirse, donde trascender... Existe una estrecha relación con el modelo político, cultural, laboral, social... Ser ciudadano exige estar de acuerdo con unos hábitos de comportamiento consumista; formar parte de la masa de individuos que hacen de la individualización el símbolo de su autonomía (Anduaga, 2002).

Hoy vivir en sociedad implica vivir en la ciudad, pero ello no quiere decir que exista una verdadera interpelación social; sin embargo, vivir en sociedad, "hacer sociedad" no tiene el mismo sentido que en la modernidad. La posmodernidad ha conseguido que el individuo, para sentirse seguro, no tenga que depender de las ataduras culturales; ha liberado al hombre-mujer de su dependencia cultural pero, ¿lo ha hecho más libre? ¿solamente ha cambiado su centro de gravedad? Hoy el ciudadano tiene como referencia, o modelo, para la interpelación de ente abstracto, la "democracia" los "derechos humanos" "la seguridad social" el "trabajo", la "solidaridad" etc. En este sentido el urbanismo debe crear las tendencias al nuevo diseño y fomentar la inversión en infraestructura, equipamiento y comunicación que permita a la ciudad sustentar el nuevo funcionamiento y desarrollo de una nueva ciudadanía.

La ciudad es imagen, subjetividad, representación

La ciudad, la subjetividad y la representación del sujeto, funcionan como una matriz generadora de las poéticas de la ciudad donde el ciudadano es un catalizador. Sin embargo, hay que considerar que hoy el individuo se aísla para protegerse; ya no toma parte en la construcción social; se le ha hecho creer que su capacidad autónoma reside en la facultad de evadirse, de decir "no" a los problemas sociales; hoy el mensaje es: "Sé tú, sé capaz de decir no a los diferentes requerimientos de la participación", o algo por el estilo, mientras se potencia la solidaridad para con entidades abstractas se insta a la pluralidad de las ideas. Lo que se vende como pluralidad de ideas es la imagen de un conjunto de individuos aislados, individualizados, que se conectan con el mundo a través de las nuevas tecnologías informáticas.

La subjetividad se concibe como un acelerador de los procesos generadores de la productividad intelectual de los ciudadanos.

La conciencia ciudadana es cómo el habitante de las ciudades ha percibido e integrado, en su subjetividad, todos los elementos abstraídos de la realidad circundante.

La identidad del ciudadano es su proyecto de vida, de su desarrollo y de su educación.

Los ciudadanos, del límite de la modernidad, sienten que se han cancelado las perspectivas del futuro; que el fin de la historia y de sí mismos está próximo. Visión apocalíptica que no podemos desconfigurarla de la noche a la mañana y ofrecer nuevos horizontes. El urbanismo de la postmodernidad, por lo menos, debería de plantearnos cómo romper estas ciudades multicelulares y, a lo mejor, por diseñar un nuevo Renacimiento.

El espacio urbano es un artificio y no una maldición de la naturaleza; es el que crea una conciencia antropológica y retícula la realidad bajo parámetros de racionalidad y calidad de vida. Las ciudades actuales deben cambiar sus esquemas de rentabilidad territorial para facilitar la coherencia de los referentes habitacionales, a riesgo de convertir a los ciudadanos del futuro en viajeros permanentes de un imaginario puramente virtual, como subproducto de la información almacenada en las redes de servidores, cables y señales satelitales; reducido a confinamientos temáticos de parques, edificios altísimos y grandes mercados de víveres; sumidos en el proceso de envejecimiento bajo dimensiones de laboratorio, y siendo masa crítica en los límites de la supervivencia física y mental. ¿Nuevos totalitarismos o nuevas democracias?, ¿nuevas barbaries, nuevas civilizaciones?

Referencias

Anduaga, Jaime (2002). *Eurociudad e identidad afectada*. (Texto preparado para las Jornadas sobre la Eurociudad Baiona-Donostia en Irun, Hondarribia y Endaia en mayo del 2002) disponible en <http://www.sindominio.net/ahtez/?q=es/node/51>

Antolini, André e Yves-Henry Bonello (1994). Las ciudades del deseo. En libro "La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX". Ed. Gustavo Gili S.A., Barcelona.

Bauhaus y Le Corbusier (2003). *Arquitectura racionalista*. Disponible en: <http://www.proyectoobra.com/racionalismo.asp> localizado 10 de junio de 2008.
<http://www.bauhaus.de/english/bauhaus1919/architektur/index.htm>

Kotler, Ph.; Haider, D.; Rein, I. (1992). *Mercadotecnia de localidades*, México.

Lefebvre, Henri (1968). *El derecho a la ciudad*. Ed. Península. España

Montaner, Josep María. (1992). "Idea, imagen y símbolo de la ciudad". *Del libro "La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX" (Ed. Gustavo Gili S.A., Barcelona 1992)* disponible en <http://www.revistacontratiempo.com.ar/montaner.htm>

Rossi, Aldo (1979). *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gil. Barcelona.

Wenders, Wins& Hans Kollhoff (1992). *Una ciutat. Una conversa*. En libro "La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX". Ed. Gustavo Gili S.A., Barcelona.

